DOSSIER

# NAM

## TESTIMONIOS

# HEROES

## EL VIETNAM DE JOHN PILGER

LOS REPORTAJES DE UN PERIODISTA RADICAL SOBRE LA GUERRA Y SUS CONSECUENCIAS

18

H.SANABRIA
DGSJ

PLANETA-AGOSTINI

# *Introducción del Editor*

"La guerra, para mí, tiene dos caras: La sangrienta degradación por un lado, la comedia negra por otro. ¿Cómo podría ser de otra manera cuando en un campo de batalla asiático, se lanzan desde el cielo "muñecas donut" para calmar a las irritadas tropas con juegos de salón y "Yo, espía", cuando las tropas de combate son enviadas a la selva para conquistar "corazones y mentes", con 5.000 cepillos de dientes envueltos para regalo y globos de colores; cuando se adereza a un helicóptero con un equipo de alta fidelidad y grabaciones fantasmales para espantar al enemigo; y cuando llueven cientos de miles de dólares chamuscados sobre los que esperaban para ser evacuados en el último día de la guerra más larga de este siglo?"

En los muchos años en los que ha informado desde zonas en guerra de todos los rincones del mundo, el periodista John Pilger se ha mostrado decididamente comprometido a atacar y exponer no tan sólo la "sangrienta degradación" y la "comedia negra" inherentes a la guerra, sino también sus objetivos políticos y maquinaciones, con frecuencia ocultos, que han llevado a tal situación. Además de cuestionar los objetivos norteamericanos en Vietnam, la cínica explotación de la imagen de los huérfanos durante la caída de Saigón, el despreciativo tratamiento a los veteranos de la guerra o el uso real de la ayuda norteamericana como encubrimiento de una agresión, el autor no teme decir nombres ni hacer preguntas incómodas

El compromiso y la sinceridad, sin embargo, no son nada sin la capacidad de expresarlos. El afilado uso de la ironía de Pilger y su sentido del ridículo demuestran que es uno de los mejores especialistas en su campo. Como decía a su respecto el ganador del Booker Prize, Salman Rushdie: "La fuerza del Pilger reside en su gusto para encontrar la imagen, el instante que lo revela todo. Es un fotógrafo que utiliza las palabras en lugar de la cámara". Después de leer *Héroes. El Vietnam de John Pilger*, sabrá por qué.

DOSSIER NAM TESTIMONIOS

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 18 - Héroes. El Vietnam de John Pilger

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1º - Tel. (93) 209 80 22 08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

**DOSSIER NAM-TESTIMONIOS** es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona
ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Mayo 1989

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS**. Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

# HEROES

## EL VIETNAM DE JOHN PILGER

*Los chicos de Beallsville* 2

*Capítulo 1* 5
**El país de los sueños**

*Capítulo 2* 24
**El último día**

*Capítulo 3* 46
**El precio**

# LOS CHICOS DE BEALLSVILLE

Beallsville, Ohio. Junio de 1970. Los primeros calores del verano soplaban a través del corazón de los Estados Unidos, en donde ha dormido la ciudad de Beallsville entre magnolias y olmos durante siglos, desde los tiempos en los que George Washington cultivaba allí sus tierras. Su población es de aproximadamente 700 personas, que viven entre sus escarpadas cuestas en pequeñas hondonadas sobre las que flotan las partículas de carbón, el "polvo de la oscuridad", como un alma elocuente escribió sobre un monumento conmemorativo próximo a la puerta del pozo principal de la mina de Ogilby-Norton.

La ciudad tiene dos principales fuentes de ingresos: las minas y la fábrica de aluminio de Hannibal, donde el trabajo duro es realizado por pobres y sucios agricultores. Durante los años 60 y principio de los 70, la fábrica se expandió para fabricar municiones para la guerra de Vietnam. En 1970, el 40 por ciento de las familias del condado de Monroe, que tiene a Beallsville como centro, subsistía por debajo del índice oficial de pobreza de 3.000 dólares anuales.

Detrás del depósito de chatarra está la escuela superior, desde donde menos del tres por ciento de los alumnos accede a la Universidad; el resto está destinado a las minas, las industrias de servicios de Cincinnati o el paro. En 1970 una buena parte eran reclutados por el Ejército, y cuando los 17 jóvenes de la "clase superior de 1970" recibieron sus diplomas, desfilaron ritualmente a través del campo de fútbol y luego colina arriba, al lugar en que se encontraban muchos de los alumnos de los cursos superiores del 65, 66, 67 y 68. en el cementerio.

Tanto Jack Pittman como Bob Lucas, Charlie Schnegg. Rick Rucker o Duane Greenlee habían nacido y crecido allí. Todos ellos murieron en lugares cuyos nombres sus padres no podrán nunca pronunciar. En el punto álgido de la guerra de Vietnam, la proporción nacional de norteamericanos muertos en la guerra era de uno por cada 6 000; en Beallsville era de uno por cada noventa habitantes.

"Casi hemos perdido ya esta maldita guerra —dijo el alcalde, Ben Gramlich—. No estoy en contra, pero nos vamos a quedar sin chicos que enviar".

La especial dureza con la que la guerra llegó a Beallsville hace de esta pequeña comunidad un microcosmos de la profunda confusión en la que se sumieron los Estados Unidos durante la guerra. En un lugar en el que era una herejía cuestionar el deber para con Dios y la Patria, el miedo parecía estar en todas partes; el patriotismo había sido reemplazado por la sospecha de que sus hijos habían muerto por una causa que no era la de nadie.

Cuando Bob Lucas fue trasladado a su ciudad natal en el verano de 1969 y todo el mundo llenó las calles para su funeral —todo el mundo excepto su padre, que tuvo un ataque al corazón aquel mismo día—, Keith Harper se levantó y dijo: "Ya es más que suficiente. La forma en que están diezmando a nuestros chicos no es correcta." Como enterrador de Beallsville, Keith Harper había enterrado a los cinco chicos, y al día siguiente del entierro de Bob Lucas llamó al tesorero del condado, Ray Starkey, y le dijo: "Ray, tienes que hacer algo", tras lo cual Starkey llamó al congresista Clarence E. Miller, quien le dijo que intentaría apartar un poco a los chicos de la zona de guerra para salvar vidas. Sin embargo, la influencia del congresista Miller en Washington no consiguió resultados positivos.

"Simplemente me di cuenta de que era una tasa desmesurada para un lugar tan pequeño —recuerda el enterrador—. En Woodsfield, la sede del condado, la mayor parte de los chicos iban a la Universidad y conseguían prórrogas para incorporarse al Ejército, mientras que nuestros chicos eran demasiado pobres para ingresar en ella."

Entre 1965 y 1970 fueron reclutados en Beallsville 35 jóvenes, la mayor parte de los cuales fueron a Vietnam y resultaron heridos o muertos. En el momento de la muerte de Bob Lucas, no quedaban más. Jack Pittman, de 19 años, fue el primero en morir Era un hijo único que vivía con sus padres en una casa de dos plantas que se inclinaba por el viento sobre su huerto de melocotoneros. Earl Pittman trabajaba en el turno de noche de la factoría de aluminio. "Tenía que hacerlo —dice—, el precio de los melocotones no había subido en veinte años."

Tras la muerte de Jack, en julio de 1966, su madre dejó su habitación como estaba, y los dos raramente subían a la planta superior. "Allí guardamos sus trofeos —dice Maegene Pittman—, era capitán de los equipos de fútbol y de baloncesto de la escuela superior de Beallsville. Siempre tenía bajo sus alas un pequeño equipo de octavo grado para enseñarles a jugar a baloncesto. Era un buen cristiano y un buen muchacho." Me leyó una carta que Jack le escribió desde Vietnam: "Hoy me han dado una ametralladora y una pistola. No estoy seguro de qué es lo que debo hacer, mamá ¡Sólo soy el encargado de la radio...!"

Aquella noche cayó en una emboscada y le dispararon en la cabeza.

"La primera noticia que tuvimos fue un telegrama diciendo que había sido herido gravemente —dice su madre—; luego, nada más durante una semana Earl y yo casi nos volvimos locos, y en un momento dado dije: 'Voy a llamar a Washington' Bien, el hombre que me contestó al teléfono en el Pentágono no lo comprendía. Me dijo: 'Escuche, señora, lo que le ha sucedido a su hijo es una cosa que está pasando cada día. No puedo seguir la pista de cada chico que hieren allí ' Le dije: 'Escúcheme, si estuviera a este lado de la línea, en esta casa, no lo consideraría un suceso de cada día. Es *nuestro* chico."

"Y bien, lo siguiente que supimos fue cuando un sargento del Ejército vino y nos dijo que Jack había muerto en un hospital militar en San Francisco. Me dijo: 'Lo siento, pero así es la gue-

IZQUIERDA: *John Pilger.* ARRIBA: *Betty y Kenneth Rucker, con las condecoraciones concedidas a su hijo Rick*

rra' Y creo que me quedé allí de pie llorando y gritándole. 'Dios mío, es su guerra, no la nuestra!' "

Maegene Pittman nunca había oído hablar de Vietnam cuando llamaron a Jack. "Pensé que era algún sitio próximo a Panamá; algo realmente cercano y amenazador", dice. Los Pittman rechazaron un funeral militar. "No me parece correcto" —dijo su padre—. "Aquel uniforme me parecía una mortaja. Lo enterramos con su traje de graduación."

A un par de kilómetros viven Kenneth y Betty Rucker, cuyo hijo Rick, también de 19 años, murió el 30 de mayo de 1968. "El dependiente de la gasolinera, Bernie Decker, les llevó el telegrama", dice el Sr Rucker, un celador de la línea eléctrica. "Bernie tenía dos chicos allí y por su expresión supe de qué se trataba El telegrama decía que Rick había muerto a causa de un 'cohete de nuestro propio Ejército mientras limpiaba un búnker del Vietcong'."

"Verá —dice Betty Rucker—, yo ya sabía por las últimas cartas de mi chico que iba a morir."

*8 de mayo:* "Hola a todos. Lo que está pasando aquí es una auténtica mierda. No quería decíroslo, pero estoy mentalmente derrumbado. Mi amigo Frank fue deshecho por un mortero hace unos días cuando estaba justo a mi lado. Le faltaban 13 días para irse de aquí..."

*21 de mayo:* "Esta noche tenemos patrulla de emboscada. Uff! No te dejan en paz hasta que caes No he tenido un verdadero descanso desde que estoy aquí, donde sea que esté ese 'aquí'. Ya no tengo sangre, se la han llevado toda las sanguijuelas. Cubierto de llagas y barro..."

*29 de mayo:* "Algunos de nosotros estuvimos pensando en negarnos a salir esta noche, pero sólo conseguiríamos que nos enviaran a la cárcel. Demonios, ¿por qué estoy aquí? ¿Lo sabes tu? Me parece que todo lo que puedo hacer es seguir matando todos los viets que pueda esperando salir de aquí un día... Espero que obtengas un buen precio por mi coche."

Al día siguiente Rick caía en combate.

Los Rucker accedieron con cierta reluctancia a un funeral militar, lo que proporcionó un final brutal a su dura prueba. El oficial que fue enviado para organizarlo estuvo borracho la mayor parte del tiempo, y no se le pudo encontrar en el momento de dar las órdenes a la guardia de honor. "Adivino que debía haber hecho demasiados funerales", dice Betty Rucker con infinita generosidad.

En el funeral se encontraron con un joven soldado que había estado con Rick cuando murió. No existió ningún búnker del Vietcong, les dijo: "Un puñado de chicos estaban sentados en las letrinas cuando alguien, de alguna forma, los envió por los aires Sólo estaba haciendo sus necesidades —dice Kenneth Rucker—. nada más que eso."

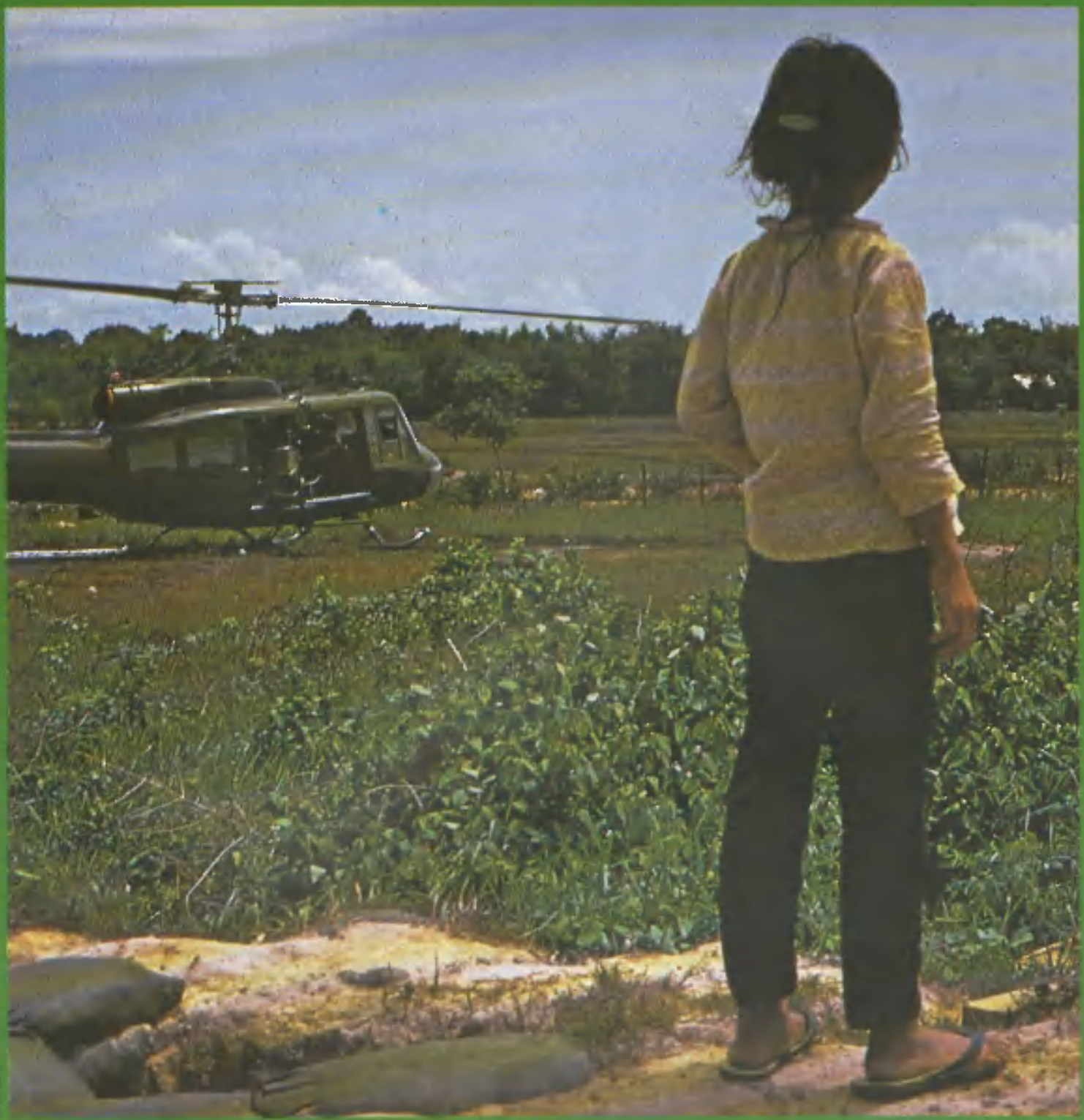
Desde que era pequeño, Duane Greenlee había querido ser un marine y su madre sabía que era la única salida a la pobreza que paralizaba a una familia de 11 personas. Duane se alistó en los Marines a los 18 años y todavía tenía 18 años cuando lo devolvieron a su casa en una caja marcada con grandes letras: "IRRECONOCIBLE" Y "ESTE LADO ARRIBA". Duane ya había sido herido antes de morir, y a causa de los vendajes no podía llevar casco. A pesar de ello fue enviado a luchar de nuevo, y un francotirador le acertó en la cabeza.

Mary Greenlee se cambió de casa cuando murió su hijo y ya era casi de noche cuando la encontré, trabajando en un bar a 12 millas de su antiguo hogar.

"El padre de Duane y yo nos separamos al cabo de poco tiempo de la muerte de nuestro hijo —me dijo—. Creo que no pudimos soportar lo que su pérdida nos produjo. Conocía a todos los chicos de Beallsville que murieron. Duane era amigo suyo. Quise ir a todos sus funerales, pero no pude hacerlo; me limité a quedarme lejos pensando en ellos como si fueran mis propios hijos.

"Duane realmente quería ir a la guerra, pero cuando estuvo allí no sabía por qué lo habían enviado. Allí no consiguió encontrarle sentido a nada de lo que estaba pasando. Estábamos muy orgullosos de él. Tengo un hijo de trece años y está impaciente por alistarse en los Marines. Eso quiere decir algo."

Quince años más tarde, en el décimo aniversario del final de la guerra de Vietnam, algunos de los habitantes de Beallsville hicieron una colecta para hacer un monumento conmemorativo con la forma de una enorme bandera norteamericana. Sólo consiguieron reunir 1.030 dólares, y la idea se esfumó.



ARRIBA: *Una chica vietnamita contempla el aterrizaje de un helicóptero norteamericano Huey, transportando tropas y municiones en un intento de conquistar corazones y mentes.*
DERECHA: *Una nueva generación de luchadores de la libertad desfila por las calles de Saigón*

*Capítulo 1*

# EL PAIS DE LOS SUEÑOS

## LA HISTORIA COMO ILUSIÓN

Cuando empecé a escribir esto, en 1985, a los diez años del fin de la guerra de Vietnam, oí los resultados de una encuesta en la cual gente de los Estados Unidos era preguntada acerca de qué era lo que podían recordar de la guerra. Más de un tercio no pudo decir a qué lado habían apoyado los Estados Unidos y algunos creían que los norvietnamitas habían sido "nuestros aliados". Aquello me recordó lo que un amigo mío, Bob Muller, un antiguo oficial de los Marines paralizado de cintura para abajo como resultado de la guerra, me contó. Como presidente de la asociación de veteranos de la guerra de Vietnam, Bob habla en campus universitarios en donde le preguntan rutinariamente "¿De qué lado luchaste?".

Esta "amnesia histórica" no es accidental; si algo demuestra es el insidioso poder de la propaganda dominante sobre la guerra de Vietnam. La constante en la línea propagandística del gobierno norteamericano fue que la guerra era esencialmente un conflicto de vietnamitas contra vietnamitas, en la que los norteamericanos se vieron envueltos, un error producido para mantener su honor. Este aserto fue compartido tanto por "halcones" como por "palomas", e impregnó toda la información dirigida a los "media" durante la guerra, además de haber sido el tema dominante de muchos enfoques retrospectivos realizados tras la guerra. Es una conclusión falsa e incluso diría que deshonesta. La guerra más larga de este siglo fue una guerra llevada a cabo por Norteamérica *contra* Vietnam, Norte y Sur. Fue un ataque a los ciudadanos vietnamitas, comunistas y no comunistas, llevando a cabo por fuerzas norteamericanas, una invasión de su país y sus vidas, del mismo modo que lo es la actual presencia de fuerzas soviéticas en Afganistán, y además, tampoco empezó por error. Por ello no es sorprendente que muchos norteamericanos estén hoy en día confundidos acerca de dónde estaban sus "aliados" durante la guerra, pues en realidad no tenían ninguno. Clientes sí, aliados no. La diferencia es tan crítica como lo es la diferencia entre "atacar" y "verse involucrados", pues ésa es la clara división entre la verdad y la propaganda.

La guerra de Vietnam fue la primera guerra televisada, retransmitida a millones de personas año tras año. Sin embargo, las noticias eran poco más que una parodia, contando muchas cosas pero explicando muy pocas. Así es como se han desvanecido hechos desagradables "olvidados", lo que hace preguntarse al que intenta recordarlos si las mentiras e ilusiones deben ser convertidas en historia, un proceso que está en estos momentos en curso.

★ ★ ★

En mi primer viaje a Hanoi quedé intrigado por las siguientes palabras que figuraban en una placa en el Museo de Historia y que me resultaron sumamente familiares: "Todos los hombres son creados iguales. Son dotados por su creador de ciertos derechos inalienables, entre los cuales están el derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad."

Fue con esas palabras con las que Ho Chi Minh proclamó la República Democrática de Vietnam el 2 de septiembre de 1945. De pie sobre una plataforma construida en madera frente al palacio del gobernador general francés y con la bandera de la nue-

ABAJO: *Tropas del Viet Minh celebran en 1954 su victoria sobre los franceses, que resultó en la división de Vietnam a lo largo del paralelo 17.*

ASSOCIATED PRESS

va república sobre él, Ho explicó la fuente de la que habían sido extraídas aquellas "inmortales palabras", como las describió Habían sido sacadas, como explicó a la multitud, ". . de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América de 1776. En su sentido más amplio, quiere decir que todas las personas del mundo han nacido iguales; todo el mundo tiene el derecho de vivir, de ser feliz y de ser libre"

Entre la multitud se encontraba un grupo de oficiales, enviados por el mayor Arquimedes. L. A. Patti, de la Oficina de Asuntos Estratégicos (OSS), la predecesora de la Agencia de Inteligencia Central (CIA). El trabajo del mayor Patti como "liaison officer" del gobierno de los EE UU. en Hanoi durante el verano de 1945 representó la primera implicación directa de los norteamericanos en Indochina. Patti sigue siendo uno de los testimonios cruciales como partícipe en el período de gestación de la guerra, guardián durante mucho tiempo de los secretos de este período inicial. Su libro *¿Por qué Vietnam? Preludio al Albatross de Norteamérica* no fue publicado hasta 1980, a pesar de que el manuscrito del mismo ya estaba listo en 1954. El macarthysmo estaba en su auge y fue amenazado con "acciones disciplinarias" si revelaba lo que había ocurrido durante el tiempo que estuvo en Vietnam.

Cuando nos encontramos en 1983, el mayor Patti me describió el extraordinario espíritu pro Estados Unidos que existía en todas partes en la época del nacimiento del Vietnam de Ho Chi Minh. "No veían a los Estados Unidos como un poder imperialista —dice—. Pensaban que éramos diferentes de los europeos y no deseaban en absoluto verse asociados con el comunismo internacional, ni con los chinos o rusos, sino que deseaban establecer lazos con los EE.UU. ¡Vaya oportunidad desperdiciada! Recuerdo cuando Ho Chi Minh me hizo llamar y me explicó que estaba haciendo el boceto de la declaración de independencia del Vietnam. Me preguntó si podía recordar como era el texto exactamente y me dijo: "La misma declaración resultará apropiada porque los norteamericanos y los vietnamitas creen en el mismo anticolonialismo". "Bueno, fue agradable, pero tuve el problema de que no lo recordaba palabra por palabra."

Las ironías se multiplicaron. También aquel día estuvo en Hanoi el comisionado francés de Indochina, Jean Sainteray, quien acusó a Patti y al gobierno de los Estados Unidos de "anticolonialismo infantil", y de apoyar "la toma por parte de los comunistas de Indochina". La amargura francesa resultaba comprensible; no solo habían sido humillados en su propia colonia como colaboracionistas de los japoneses, sino que además los norteamericanos, los liberadores de París, habían llegado no para ayudarlos a ellos, sino para apoyar a los nacionalistas vietnamitas, el Viet Minh, liderado por un comunista llamado Ho Chi Minh. Además el presidente Roosevelt había denigrado a Francia diciendo que habían "ordeñado" Vietnam durante 100 años. "Los ciudadanos de Indochina tienen derecho a algo mejor", había dicho el presidente, y los Estados Unidos apoyaban la "independencia y autodeterminación"

A Ho Chi Minh le gustaban los norteamericanos. Había dicho a su amigo Wilfried Burchett, el periodista australiano, que le gustaba "lo abiertos que son los norteamericanos, la forma en que hacen las cosas. No parecen (en 1945) ser prisioneros del pasado, no como los franceses" Quizá Ho tenía una razón personal para que le gustasen En junio de 1945 la revista *Life* publicó una fotografía al estilo de un retrato familiar de los miembros de un equipo norteamericano del OSS que se habían lanzado en paracaídas tras las líneas japonesas para llevar suministros al Viet Minh. En el centro estaba Ho Chi Minh; a su izquierda estaba un joven norteamericano sosteniendo un casco, Paul Hoagland, quien había encontrado al líder del Viet Minh gravemente enfermo y lo había cuidado con fármacos y quinina y, como el mismo Ho reconoció más tarde, había salvado su vida.

Ho Chi Minh era la antítesis de otros destacados líderes comunistas en un aspecto: quería que su pueblo se abriese a otras sociedades: comunistas, capitalistas y no alineados. Del mismo modo que Tito en Yugoslavia, sabía que era la única forma de que su pueblo pudiera sobrevivir como entidad nacional. Ho estaba tan ansioso por conseguir el apoyo norteamericano que dirigió 12 distintas comunicaciones al presidente Roosevelt, a su secretario de Estado Cordell Hull y al Comité de Asuntos Exteriores del Senado. El mayor Patti escribió al respecto que Ho "no solicitaba ayuda militar o económica, sino comprensión, apoyo moral y un puesto en el fórum de las democracias occidentales " Sin embargo, Estados Unidos no leyó su correo, pues, como informaron, el gobierno de la República Democrática del Vietnam no había sido reconocido por los Estados Unidos y sería "inadecuado" que el presidente o cualquier otra autoridad hiciera acuse de recibo de su correspondencia.

> "Tengo confianza en los Estados Unidos para que apoyen la independencia de Vietnam, antes que esperar ayuda proveniente de la URSS."

Ho Chi Minh veía la fuerza de los Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial como el contrapeso de China y llegó hasta el punto de proponer que Vietnam formase parte de una "Commonwealth norteamericana" en Asia con un *estatus* similar al de las Filipinas. El hecho de que las Filipinas fuesen "de facto" una colonia norteamericana aparentemente no le preocupaba. A menos que Vietnam sobreviviese a la sombra de la nación más populosa, la independencia nunca se conseguiría

En cuanto a sus relaciones con la Unión Soviética, Ho pasó 15 años en Moscú y se mostraba consciente de la poco convicente y altamente condicionada naturaleza de la "amistad" soviética Como dijo a Patti, "tengo confianza en los Estados Unidos para que apoyen la independencia de Vietnam, antes que esperar ayuda proveniente de la URSS."

Durante el verano de 1945 Ho Chi Minh hizo una conferencia de prensa cada mañana a las 10 en punto en su despacho de Hanoi, aunque él hacía muchas de las preguntas, dirigiéndolas a un joven norteamericano, Ed Hoyt, corresponsal de United Press. "¿Cuándo van a hacer algo los Estados Unidos referente a las promesas del Sr. Roosevelt?", preguntaba. Ed Hoyt informó del entusiasmo de Ho por alinearse junto a los Estados Unidos, para descubrir más tarde que uno de los empleados en la oficina de transmisiones de United Press en Chungking era agente de la policía secreta de Chiang Kai-Chek y alteraba sus informes a conveniencia de la política exterior china. De modo que los ruegos del Tío Ho al Tío Sam solicitando ayuda nunca salieron de Asia, como se lamentaba más tarde Hoyt, con una ligera exageración: "Tanto por el periodismo como por la Historia".

## CAPÍTULO 1 EL PAÍS DE LOS SUEÑOS

En septiembre de 1945 Vietnam era un país de divisiones artificiales. impuestas por extranjeros. Los franceses habían dividido Vietnam en tres partes, todas ellas subdivisiones de su colonia de Indochina. Los aliados las dividieron en dos mandos militares con cuarteles generales en China y el Sudesde de Asia. El 4 de septiembre de 1945, el general de División Douglas Gracey, un oficial colonial inglés, entró en Saigón con la 20.ª División India, consiguiendo la rendición de los japoneses. Inmediatamente los rearmó y les ordenó doblegar al Viet Minh, que prácticamente había formado una administración en el Sur. Del mismo modo que en el Viet Minh del Norte, era un movimiento popular de católicos, budistas, pequeños comerciantes, comunistas y agricultores que veían a Ho Chi Minh como "el padre de la Nación."

En enero de 1947, los "colonos" franceses volvían a tener fuerza en Saigón, gracias en su mayor parte a Gracey. Ho Chi Minh todavía esperaba una alianza con Washington y apeló de nuevo al presidente Truman mientras insistía a Patti en que no era un "comunista en el sentido norteamericano del término". Aunque había vivido y trabajado en Moscú, Ho se consideraba así mismo un agente libre; pero advertía que "tenía que encontrar aliados o de otro modo los vietnamitas tendrían que seguir adelante solos". Y solos estuvieron hasta 1950 cuando Ho Chi Minh creyó que no podía demorar por más tiempo la aceptación de los lazos formales y la asistencia material que le eran ofrecidos por la Unión Soviética y en especial por China. Fue el éxito de la revolución china de 1949 lo que dio al Viet Minh los medios para derrotar a los franceses: adiestramiento militar, armas y cobijo a través de una frontera abierta.

La CIA llevó a cabo operaciones que ayudaron a que Vietnam del Sur se convirtiera en un estado policial.

En 1950, en plena guerra de Corea la visión norteamericana de un monolítico mundo comunista prevalecía. Los sentimientos de Roosevelt respecto a oponerse al colonialismo se habían esfumado gracias a la figura de John Foster Dulles, cuya cruzada fundamentalista contra el "comunismo ateo" guió la política de asuntos exteriores norteamericana durante los años 50. Dulles agrupaba el Vietnam por encima del paralelo 17 con la "China roja", sin tener en cuenta las complejas y frágiles relaciones que habían existido entre las dos naciones durante varios cientos de años, y que siempre habían tenido un potencial de enemistad.

Desde luego, las raíces del evangelismo de Dulles eran una preocupación práctica e imperialista que, como dijo el filósofo y lingüista norteamericano Noam Chomsky, "contemplaba los recursos estratégicos del Sudesde asiático y su importancia en el sistema global que entonces estaba construyendo los Estados Unidos para enraizarse en Europa occidental y Japón. Existía el temor de que el logro de la independencia en Vietnam bajo un liderazgo nacionalista radical pudiera hacer que 'se pudriese el resto de manzanas', erosionando gradualmente el dominio norteamericano en la región y causando finalmente que Japón, la ficha más grande del dominó, se uniese a un sistema cerrado del cual los Estados Unidos quedaría excluido... La idea de que las directrices globales de los Estados Unidos tuvieran motivos imperialistas es intolerable para el sistema doctrinal. de modo que este tópico debía evitarse en cualquier historia dirigida a una audiencia popular".

Habiendo declarado una política de "contención del comunismo" en Asia, el gobierno norteamericano dio diez millones de dólares en 1950 para ayudar a los franceses a reconquistar su colonia del Norte. Al cabo de cuatro años los norteamericanos estaban pagando el 78 % de una guerra colonial dirigida por los mismos franceses a los que el presidente Roosevelt había castigado. Para Washington, la rendición de los franceses tras el sitio de Dien Bien Phu debería haber significado algo acerca de las cualidades guerreras de los vietnamitas, pero no fue así. En la primera plana del *New York Times* del 6 de abril de 1954 podía leerse: "Dulles advierte a la China roja acerca de una agresión abierta en Indochina." Lo que la "advertencia" no decía era que Dulles estaba preparando una "guerra total" contra China usando armas nucleares.

La derrota de los franceses en el Norte a manos del Viet Minh tuvo lugar mientras se celebraba en Ginebra en julio de 1954 una conferencia internacional sobre Indochina. La declaración final dividió "temporalmente" Vietnam en dos "zonas de reagrupación nacional" separadas por el paralelo 17. El Norte y el Sur volverían a unirse tras la celebración de unas elecciones nacionales libres el 26 de julio de 1956. No parece haber dudas acerca de la victoria de Ho Chi Minh y la formación del primer gobierno vietnamita elegido democráticamente. Ciertamente, el presidente Eisenhower tenía pocas dudas al respecto. Escribió: "Nunca he hablado con una persona que conozca los asuntos de Indochina y no esté de acuerdo en que el 80 % de la población habría votado por el comunista Ho Chi Minh."

La conferencia de Ginebra encubrió muchos secretos, uno de los cuales fue la parte que jugó China en la división del Vietnam. Fue un papel de exquisita duplicidad que no debe nada a la solidaridad del "mundo comunista", el gran fantasma del momento en el mundo occidental, y que ha visto a los "comunistas chinos" aliarse con una galaxia de aliados tan dispares como Pol Pot en Camboya o el general Pinochet en Chile. Chu En Lai, el presidente chino. fue a Ginebra con la esperanza de acabar con el aislamiento diplomático de China y el objetivo de "neutralizar" Indochina. Esto último significaba mantener lejos a los norteamericanos de las fronteras del sur de China y dividir el creciente movimiento nacionalista del Vietnam. De acuerdo con Anthony Barnett (de la revista *New Statesman*): "Chu informó secretamente a los franceses de que reconocía la realidad del gobierno sudvietnamita que estaban intentando construir. Sus planes erraron el blanco, con el irónico resultado de que el aislamiento diplomático de su país acabó cuando la guerra subsiguiente entre los Estados Unidos y Vietnam pareció decantarse hacia un partido vietnamita no controlado por Pekín". (En su libro *Caveat*, Alexander Haig describe el viaje que hizo a Pekín en enero de 1972 para preparar la apertura a China que llevó a cabo el presidente Nixon aquel año. Haig escribe que Chu En Lai tocó todos los puntos de interés para los dos países. haciendo especial hincapié en uno en particular. Vietnam. Informó al presidente Nixon acerca de lo que Chu le había dicho al respecto· "No pierdan el Vietnam, no se retiren del Sudeste de Asia.")

Dulles rehusó firmar los acuerdos de Ginebra y al cabo de menos de un mes del regreso de los protagonistas de Ginebra, según los "Papeles del Pentágono", Estados Unidos empezó a realizar movimientos en secreto para "apartar a Francia de los niveles de mando" en el Sudeste asiático, y asumir un control directo por parte de los norteamericanos. Esta tarea fue asignada a la recién formada CIA, la cual, durante el verano de

SIPA

ARRIBA: *«Consejeros» norteamericanos de patrulla con tropas del Ejército de Vietnam del Sur a principio de los años sesenta, cuando el creciente compromiso de los EE.UU. en el Sudeste asiático los impulsaba hacia una guerra a gran escala.*

1954, inventó una "República de Vietnam", con Saigón como capital. Esta operación fue conocida por aquellos encargados de realizarla como la "creación de una ilusión maestra".

Ralph W. McGehee fue durante 25 años oficial de carrera en la CIA, y uno de los creadores de la citada ilusión, experto en "propaganda negra", lo que hoy conocemos como "desinformación". En una entrevista que tuvimos en 1983 me describió la guerra de Vietnam como la "operación de desinformación más larga y de mayor éxito de la Agencia." En 1977 McGehee se retiró, no como renegado sino con los más altos honores y la "Medal of Commendation". Estaba desilusionado, según dijo, porque la Agencia se había convertido "no en una organización de inteligencia sino en un arma para las operaciones encubiertas de la presidencia." En 1983 se publicó su libro *Fraude mortal*. En el pasaje que sigue describe cómo la CIA no sólo puso un régimen de su elección en Saigón, su "ilusión maestra", sino cómo cambió el mapa demográfico del Sudeste de Asia:

"Para convertir la ilusión en realidad, la CIA llevó a cabo una serie de operaciones que ayudaron a convertir Vietnam del Sur en un estado policial. El propósito de estas operaciones fue forzar a los nativos survietnamitas a aceptar al mandarín católico (Ngo Dinh) Diem, quien había sido elegido por los políticos para crear una alternativa al comunismo en Vietnam. Fue una extraña elección. Desde 1950 hasta 1953, mientras las fuerzas de Ho se ganaban la lealtad de su pueblo luchando contra los franceses, Diem, un bajito y remilgado licenciado, estuvo viviendo en Estados Unidos, asistiendo a cursos en Nueva Jersey y Nueva York.

"Diem llegó a Vietnam a mediados de 1945 y fue recibido por el coronel Edward Lansdale, el hombre de la CIA en Vietnam del Sur y cabeza de la Misión Militar en Saigón de la Agencia (SMM). Diem estaba enfrentado a virtualmente todos los elementos de la sociedad vietnamita: los seguidores de Bao Dai, las sectas religiosas pro francesas, los budistas, las organizaciones nacionalistas restantes y por supuesto los seguidores de Ho Chi Minh. No tenía tropas, ni policía ni gobierno, ni tampoco medios para reforzar su papel. Lo que si tenía era el apoyo completo del coronel Lansdale y todo el dinero, efectivos, entrenamiento, propaganda y cobertura política que podía proporcionar la CIA.

"Para crear el gobierno de Diem los hombres de Lansdale, operando en equipos en Vietnam del Norte, estimularon a los católicos norvietnamitas y soldados católicos que habían escapado de los franceses para que marchasen al Sur. Los equipos del SMM prometían a los vietnamitas católicos asistencia y nuevas oportunidades si querían emigrar. Para ayudarlos en su decisión, los equipos hicieron circular panfletos falsamente atribuidos al Viet Minh explicando lo que los esperaba de los ciudadanos bajo el nuevo gobierno. Al día siguiente de la distribución de los folletos se triplicó el registro de refugiados. Los equipos de la CIA extendieron historias de horror sobre regimientos de la China comunista violando a chicas vietnamitas y tomando represalias contra los pueblos, confirmando los temores de una ocupación china bajo el Viet Minh. Asimismo se distribuyeron otros panfletos mostrando el radio de destrucción alrededor de Hanoi y otras ciudades norvietnamitas en caso de que los Estados Unidos decidiesen hacer uso de sus armas atómicas. Para aquellos inducidos a emigrar durante el período de 300 días fijado, la CIA les proporcionaba transporte gratuito en

su línea aérea, la Civi Air Transport, o en barcos de la Marina estadounidense. Cerca de un millón de asustados norvietnamitas decidieron marchar al Sur.

"El teniente Tom Dooley, que operaba con la Marina estadounidense en la zona de Haiphong, ayudó asimismo a estimular el flujo de refugiados hacia el Sur. En un momento dado, organizó la reunión de 35 000 católicos que solicitaban la evacuación. Como médico, Dooley fue un magnífico propagandista cuyo mensaje parecía ir encaminado asimismo a la audiencia norteamericana. Escribió tres "best-sellers" y numerosos artículos en periódicos y revistas hablaron de él. El Dr. Dooley inventó leyendas del Viet Minh abriendo en canal a 100 mujeres embarazadas, golpeando a un predicador desnudo en los testículos con un bastón de bambú, y deslizando palillos en los oídos de los niños para evitar que oyesen la palabra del Señor, con las que empujó a los escandalizados ciudadanos norteamericanos a la ira y a la acción. La reputación del Dr. Dooley se conservó impoluta hasta 1979, cuando fueron revelados sus lazos con la CIA durante una investigación de la Iglesia Católica Romana.

"Las operaciones de la Agencia funcionaban. No sólo convencieron a los católicos norvietnamitas para que escaparan al Sur, sino que proporcionaron a Diem una fuente de cuadros políticos y militares fiables y convencieron a la opinión pública norteamericana de que la masiva huida de refugiados era debida a la opresión ejercida por el Viet Minh sobre la mayoría de los vietnamitas.

"La escena ya había sido decorada y definidas las fuerzas. El cuadro trataba de justificar la intervención norteamericana en defensa del Sur-Mundo Libre invadido por el comunista Norte. Se ordenó a la CIA que siguiera manteniendo aquella ilusión a través de la propaganda y operaciones encubiertas que consiguieran la impresión de realidad. Los servicios de inteligencia, con alguna excepción menor ocasional, fueron sólo el vehículo conveniente para vender la mentira a los ciudadanos y burócratas norteamericanos. Desafortunadamente casi todo el mundo, incluidos políticos posteriores, quedaron decepcionados por esta gran mentira. Aunque el plan nunca fue detallado en un simple y único documento, un examen de los "Papeles del Pentágono" e información relacionada con el tema, lleva a esa conclusión."

El terror con el que el régimen de Ngo Dinh Diem sometió a los ciudadanos que vivían por debajo del paralelo 17 está profusamente documentado. El principal instrumento de terror fueron los 50.000 guardias pertenecientes a la policía secreta que habían sido preparados y entrenados por equipos procedentes de la CIA y la Universidad de Michigan. En 1959, el régimen de Diem creó una ley según la cual se aplicaría la pena de muerte a todos aquellos que fuesen encontrados culpables de hablar o "extender rumores" en contra del gobierno. Este fue el modelo de "democracia del mundo libre" a la que los Estados Unidos se comprometieron a defender contra la "amenaza comunista", y en cuyo nombre el presidente Kennedy, por clara referencia en su discurso inaugural, había pedido que diesen sus vidas.

En 1960 el Frente de Liberación de Vietnam del Sur (FSLN, mejor conocido como NLF. La palabra vietcong, que quiere decir vietnamitas-comunistas, es un término norteamericano) se separó de la antigua organización del Viet Minh, como resultado en parte de una decisión del Partido de los Trabajadores del Vietnam (Lao Dong) del Norte, y como respuesta a la intensa presión de los cuadros del Sur. Como en el Viet Minh, entre los miembros se encontraban católicos y budistas, gente de ciudad y agricultores, comunistas y no comunistas. Dos años más tarde, en un congreso clandestino, Nguyen Huu Tho, un abogado no comunista de Saigón, fue elegido presidente del NLF y permaneció en dicho puesto hasta después de la captura de Saigón el 30 de abril de 1975. El NLF tenía como objetivo principal liberar Vietnam del control extranjero y de aquellos de sus conciudadanos que colaborasen con extrangeros. Inevitablemente, con su masiva presencia de cerca de medio millón de hombres en armas, los Estados Unidos hicieron tomar partido a los que no eran comunistas y reafirmaron en sus posiciones a los que ya lo eran.

En 1961, las tropas de Diem y sus consejeros norteamericanos llevaron a gran número de los campesinos survietnamitas a lo que vino a conocerse eufemísticamente como "aldeas estratégicas": campos de concentración rodeados por alambre de espino y torres de observación. Aquellos que ponían objeciones a ser "protegidos" y se resistían, eran torturados y asesinados. Estos "excesos" y el nepotismo de la familia de Diem tuvieron amplia publicidad en los Estados Unidos, quedando claro que el "George Washington asiático", como Diem gustaba de llamarse a sí mismo, se estaba convirtiendo en un problema embarazoso para el presidente Kennedy. En noviembre de 1963 Diem fue derrocado por un triunvirato formado por tres de sus generales y organizado por la CIA.

> La creación de más "ilusiones" y una justificación legal para una guerra a mayor escala se habían convertido en una urgente necesidad.

Uno de los generales era Doung Van Minh (conocido por los norteamericanos como "El gran Minh", pues medía dos metros de estatura), un devoto budista que se había acercado al NLF buscando un alto el fuego y negociar con vistas a un gobierno de coalición "neutral" no comunista con sede en Saigón. De acuerdo con un estudio basado en intensas entrevistas, los generales, que estaban buscando un acuerdo negociado entre los partidos vietnamitas sin intervención norteamericana, veían al NLF como un partido "en su mayor parte no comunista" y suficientemente libre de control por parte de Hanoi como para hacer bastante posible un asentamiento político en Vietnam del Sur.

Pero a los vietnamitas nunca se los dejó escoger. El historiador David G. Marr escribió que "... el mero apoyo por parte de los generales de las negociaciones de paz" fue una de las principales razones por las que el gobierno de los Estados Unidos, o al menos el mando militar en Saigón, apoyó su caída en desgracia tan sólo tres meses más tarde. A partir de entonces, cualquier mando militar de Saigón supo que los contactos con el NFLSV o incluso la discusión o negociación internas, corrían el peligro de conllevar una vigorosa reacción norteamericana. Algunos todavía seguían dispuestos a afrontar ese riesgo, pero la llegada de las tropas de combate norteamericanas a principios de 1965 hizo que se desvaneciera aquella oportunidad histórica. Desde ese momento el gobierno de los Estados Unidos tuvo los medios para asegurar que ningún oficial "neutralista" del ERV llegase cerca del poder. La creación de más "ilusiones" y una

justificación legal para una guerra a mayor escala se habían convertido en una urgente necesidad. Aviones norteamericanos estaban bombardeando "casi" en secreto Vietnam en su frontera con Laos, y equipos de sabotaje creados por los "consejeros" norteamericanos operaban al norte del paralelo 17. Sin embargo, para el público norteamericano la guerra seguía siendo un asunto remoto y complicado, y los asuntos domésticos y las manifestaciones por los derechos civiles ocupaban los noticiarios. El presidente Johnson se preparaba para su reelección, teniendo como contrincante a Barry Goldwater, un conservador de Arizona al que los demócratas habían conseguido clasificar como un peligroso "halcón" en contraste con el Johnson "hombre de estado" Sin embargo, para contrarrestar la acusación de Goldwater de que el presidente de los Estados Unidos estaba siendo blando con los comunistas, Johnson necesitaba ritualmente demostrar lo "duro" que era. Los acontecimientos que siguieron iban encaminados a justificar la ya próxima invasión norteamericana del Vietnam

Durante la primavera y el verano de 1964, los Estados Unidos organizaron operaciones de comandos desde el Sur contra el Norte, usando survietnamitas y desembarcándolos desde el mar. Un barco espía norteamericano, el *USS Maddox*, tomó parte en estas operaciones. El 2 de agosto el *Maddox* disparó contra dos barcos torpederos mar adentro frente a las costas de Vietnam del Norte, en el golfo de Tonkín. Los barcos no habían atacado al *Maddox* ni contestado a su fuego. Dos días más tarde el capitán John J. Herrick, sobre el puente del *Maddox*, observó dos "misteriosos puntos" en la pantalla del radar y sacó la conclusión de que eran torpederas Era una noche tormentosa y de visibilidad nula. No se materializó ningún ataque, pero Herrick envió una llamada de emergencia a su cuartel general en Honolulú, mensaje que fue transmitido urgentemente al presidente Johnson, quien se puso "furioso" y quería ordenar el bombardeo de Vietnam del Norte inmediatamente. Al cabo de unas horas llegó una transmisión del capitán Herrick que decía lo siguiente: "Efectos extraños en el radar y hombres del sonar demasiado ansiosos... No se ve nada desde el *Maddox*. Se sugiere una valoración completa antes de llevar a cabo acción alguna."

El presidente Johnson pidió a su secretario de Defensa, Robert McNamara, una urgente "clarificación" mientras se preparaba para dirigirse a la nación. El capitán Herrick dijo que había un "cuadro confuso", pero que ahora estaba seguro de que el informe de un ataque era de "buena fuente". Lo que no dijo, hasta 1985, fue que esta confirmación de un ataque de "buena fuente" se basó en "comunicaciones interceptadas a los vietnamitas", a los que no había visto El discurso para la televisión de Johnson ya estaba escrito; Estados Unidos iba a la guerra. Sin embargo, llegó una tercera comunicación del capitán Herrick volviendo a sus dudas originarias. El mensaje fue recibido, pero ignorado: el presidente estaba en la televisión explicando a sus compatriotas que habían habido "nuevas acciones hostiles contra barcos de los Estados Unidos que me obligan a ordenar en el día de hoy a las fuerzas de los Estados Unidos que actún en respuesta."

"El incidente del golfo de Tonkín", como se conoció, tuvo como resultado directo el envío de una resolución desde la Casa Blanca al Congreso solicitando la autorización de los Estados

ABAJO: *La decisión de 1965 de enviar tropas a Vietnam señaló el inicio de la Operación Rolling Thunder, una de las campañas de bombardeo más intensas de la historia.*

MAGNUM

MAGNUM

ARRIBA: *Más de 58.000 norteamericanos perdieron sus vidas en la «cruzada» de su país en Vietnam, un coste humano que se ha revelado desmesurado.*

Unidos para invadir Vietnam. Tuvieron que pasar siete años antes de que los "Papeles del Pentágono", la "Historia secreta oficial" de la guerra, revelaran que los oficiales de la Administración habían redactado la "Resolución del golfo de Tonkín" dos meses antes del supuesto ataque al *Maddox*.

El 7 de agosto de 1964, el Congreso autorizó al Presidente Johnson a tomar "todas las medidas precisas" para proteger a las fuerzas de los Estados Unidos de "cualquier ataque armado". Los sabotajes planeados por los norteamericanos contra el Norte se incrementaron. Seis meses más tarde el Departamento de Estados publicó un Papel Blanco cuya pieza central era la "provocación" del "incidente del golfo de Tonkín", junto con siete páginas referentes a una "prueba concluyente" de los preparativos de Hanoi para invadir el Sur. Esta "prueba" se derivaba del hallazgo de un cargamento de armas hallado flotando en un junco junto a las costas de la parte central del Vietnam. Como McGehee me explicó: "Propaganda negra fue cuando el gobierno de los Estados Unidos hablaba por voz del enemigo, y éste es un ejemplo muy famoso. En 1965 la CIA cargó un junco norvietnamita con armas comunistas (la CIA mantiene arsenales con armas comunistas en los Estados Unidos y por todo el mundo) y fletó dicho junco en las costas del centro de Vietnam. Acto seguido el junco fue tiroteado simulando que había habido una refriega y presentado a la prensa norteamericana e internacional diciendo: 'Esta es la evidencia de que los norvietnamitas están invadiendo Vietnam del Sur'. Basándose en esta evidencia, dos batallones de desembarco de los Marines fueron enviados a Da Nang y una semana después se inició el bombardeo sistemático de Vietnam del Norte por las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos."

El bombardeo fue llamado en código "Operación Trueno Rodante" y fue la campaña más larga en la historia de los bombardeos aéreos. Algunos escogidos vieron sus efectos en la población civil del Norte, y yo fui uno de ellos. Contra cañas y carne se lanzó una completamente nueva gama de bombas, desde las de fósforo blanco (1966) hasta los "mecanismos antipersonas", que proyectaban miles de pequeñas agujas (1971). En aquella época Vietnam del Norte no tenía Fuerza Aérea con la que defenderse. La progresión de los bombardeos norteamericanos a mediados de los años sesenta tanto en el Norte como en el Sur, convencieron finalmente a Ho Chi Minh para enviar unidades del Ejército regular al Sur para apoyar a los survietnamitas que se enfrentaban a la invasión norteamericana.

No fue ésta la forma en que la propaganda negra explicó en los Estados Unidos el principio de la guerra. Tampoco es como la mayoría de la gente recuerda la guerra ahora. En la encuesta de opinión mencionada al principio de este capítulo, en la que más de un tercio de los encuestados mostró su confusión respecto a de qué lado estaban "nuestros" aliados, Estados Unidos habían estado "del lado de Vietnam del Sur". Como señala Noam Chomsky, eso es el equivalente a decir que la Alemania nazi estaba del lado de Francia en 1940 y que la Unión Soviética está hoy en día al lado de Afganistán.

La versión oficial de los hechos no ha cambiado, sigue man-

teniendo que el Vietnam del Sur no comunista fue invadido por el Vietnam del Norte comunista y que los Estados Unidos fueron en ayuda del régimen "democrático" del Sur. Evidentemente, eso es incierto, como demuestra fehacientemente la documentación que he mencionado. Que Ho Chi Minh esperase tanto tiempo antes de enviar fuerzas regulares para resistir los ataques norteamericanos parece, retrospectivamente, extraordinario, o quizá fuera un testimonio de la fuerza y moral de aquellos survietnamitas que habían tomado las armas en defensa de sus aldeas y su patria. En 1965 el consejero norteamericano antiinsurgentes, John Paul Vann, señaló en un memorándum dirigido a sus superiores en Washington que "no existe una base política popular para el gobierno de Vietnam del Sur", y que la mayoría de la población de Vietnam del Sur se "identificaba en principio" con el Frente de Liberación Nacional.

> Su pequeña y afeitada cabeza gruñó tranquilamente y vomitó en mi rodilla sin despertarse...

Cuando finalmente los Marines desembarcaron en Da Nang en el Vietnam central el 6 de marzo de 1965 se sorprendieron al ver que no habían "vietcongs" defendiendo las playas, atrincherados en la arena como los japoneses en una película de la Segunda Guerra Mundial En su lugar había incrédulos pescadores, niños curiosos y chicas bonitas de ondeantes cabellos negros con faldas de seda anudadas a la cintura, ofreciéndoles flores. Las flores se las habían dado hombres de camisas blancas que observaban a distancia como los fotógrafos y cámaras de la prensa registraban aquella ilusión de bienvenida en acción mientras tras la selva y las montañas se elevaba una sombra roja sangre que nadie vio. Tuvieron que pasar diez años, un mes y dieciocho días antes de que se fuera el último marine, perseguido por una resentida muchedumbre escaleras arriba en la embajada fortaleza que tenían en su país.

Durante todos esos años los Estados Unidos enviaron el ejército más grande enviado a ultramar y dejaron caer la cantidad de bombas más grande en la historia de la guerra, persiguiendo una estrategia militar deliberada encaminada a forzar a millones de personas a abandonar sus hogares y usando productos químicos de una forma que cambió profundamente el medio ambiente y el orden genético, dejando petrificada una tierra que una vez fue hermosa. Al menos 1.300 000 personas murieron y muchas más quedaron mutiladas y arruinadas; 58.022 de los muertos fueron norteamericanos y el resto vietnamitas. El presidente Reagan lo ha llamado "una noble causa".

## EL PAÍS DE LOS SUEÑOS

Saigón, junio de 1966. Llegué a Saigón durante una tormenta eléctrica, intentando aparentar indiferencia. Sin embargo, el norteamericano que tenía al lado en el vuelo desde Bangkok era el modelo de indiferencia y el contraste entre nosotros era obvio Estaba tan borracho que cuando la cola del Caravelle se vio iluminada al acercarse a Saigon, su pequeña y afeitada cabeza gruñó tranquilamente y vomitó en mi rodilla sin despertarse. Aquello era genuina indiferencia, estaba claro que era un "veterano de Asia".

Yo era joven y tenía los ojos muy abiertos. A través de la lluvia, el aeropuerto civil y militar de Saigón, Tan Son Nhut, aparecía como una jungla metálica cuyas silueteadas cimas y pendientes representaran máquinas de un número y variedad que yo no podía imaginar Saigón había desplazado recientemente a Chicago como aeropuerto con mayor tránsito del mundo La intensidad y variación de los sonidos, el zumbido de los aviones, el sincopado golpear del aire de los helicópteros, me produjo un miedo que no dejé de sentir durante una década.

Fuera de los edificios de la terminal esperaban gordos Chevrolets. Fords y jeeps con sus conductores vietnamitas difícilmente visibles. Siempre había algo amenazante en los coches y camiones de Detroit que deambulaban por Saigón, abriéndose paso imperiosamente entre las bicicletas y los diminutos Renaults, y si sus ocupantes extranjeros tenían prisa o se aburrían con el tráfico, uno de ellos podía colocar una luz intermitente sobre el techo y decirle al conductor vietnamita: "Acelera". Dentro de uno de ellos subió la Indiferencia en persona, ahora despierto y chupando un cigarro puro. Dentro de otros coches se deslizaron hombres parecidos en constitución y contoneo, hombres pesados, trabajadores bajo contrato en los negocios del gobierno norteamericano. Un poderoso Pontiac con alerones me llevó hasta el hotel Hope.

A finales del siglo XIX los franceses habían llenado Saigón con árboles de eucaliptus y tamarindo para que les recordase Niza Construyeron en el centro sus edificios coloniales, la oficina de correos, el zoo y el edificio de Aduanas, desde donde se extendían calles llenas de chalets con galerías y paredes pintadas de color rosa. Uno de esos chalets había sido destruido por el fuego y sobre su esqueleto se había construido el Hotel Hope, regentado por una familia china que acomodaba en sus cuatro plantas a numerosos viajeros de paso, drogadictos, prostitutas y a un hombre que permanecía durante horas de pie en la puerta de su habitación, y que se levantó la tapa de los sesos una mañana temprano. Mi llegada como genuino "huésped" hizo que la "mama san" reuniese a un grupo de mujeres jóvenes y ancianas, cada una de ellas con una máscara de la muerte pintada, para que viesen al nuevo chico y para testimoniar el grado en que mi estancia iba a ayudar a mantener su debilitado negocio.

> No sólo conservaba su dignidad intacta, sino que su capacidad para sobrevivir era heroica.

El Hope y el Dreamland (País de los Sueños) eran indivisibles, unidos por un cordón umbilical de hierro acanalado y niños. El Dreamland no era más que una nave iluminada con neón púrpura, aunque por dentro podría haber sido cualquier bar de camioneros del medio Oeste norteamericano: altos taburetes de vinilo brillante, máquina tocadiscos y temperatura justo por encima de la de congelación. Era un bar para norteamericanos, uno de los muchos que hacían que se dijese que Saigón era una ciudad divertida: una guerra, una copa, un porro, una vida suspendida. Allí hombres melancólicos intentaban olvidar que estaban en un país extraño rodeados de "gooks", "slopes" y "dinks" (motes con los que las tropas USA conocían al enemigo). Sabían poco menos que nada acerca de los vietnamitas y su sociedad, basada en las ideas de Confucio, acerca de su

ARRIBA: *Marines en Hue durante la ofensiva del Tet de 1968, un ataque en masa de las fuerzas comunistas en Vietnam del Sur que hizo enmudecer las pretensiones norteamericanas de estar ganando la guerra.*

pasado y los orígenes de la guerra. Algunos apenas sabían en qué lugar del globo se encontraban, y su ignorancia, al mismo tiempo alegre y odiosa, siguió siendo un fenómeno de la experiencia norteamericana en Vietnam hasta las últimas horas del último día.

Un fenómeno compuesto de ilusiones a vertiginosa escala. Cada tarde, en el edificio sin ventanas de Tan Son Nhut conocido como "MACV" (Mando de Asistencia Militar de Vietnam), se sentaban a lo largo de una bien pulimentada mesa un grupo de oficiales flanqueados por la bandera de los Estados Unidos y dos grandes mapas del tamaño de la pared y recibían una charla informativa reiterativa que tanto ellos como sus predecesores habían oído muchas veces: que los puntos azules sobre el mapa en relieve de Vietnam del Sur (zonas controladas por los EE.UU. y las fuerzas aliadas) eran "dominantes" y los puntos rojos (zonas controladas por las fuerzas comunistas) eran relativamente insignificantes y las zonas blancas (zonas en movimiento) estaban desplazándose en "dirección a nuestra disposición". Vietnam era una guerra, no un país.

—Voy a salir de aquí tan pronto como pueda —decía Randy, el propietario del Dreamland, pero sabiendo en el fondo que Vietnam le había dado algo que nunca tendría a su regreso al hogar: una vida acomodada sin trabajo, con una tarjeta PX del

economato militar, una cueva de Alí Babá con productos libres de impuestos por todas partes Vietnam ofrecía además algunas cosas más difíciles de conseguir que cerveza Budweiser barata· mujeres Hermosas y complacientes refugiadas estaban disponibles por todo Saigón, en donde un "ojos redondos" (un hombre blanco) era contemplado como un árbol del dinero andante, lo que significaba poder mantener a una familia de una docena de personas o más Y a cambio de su "seguridad" en tiempos de constante inseguridad, la "esposa temporal", la mujer que iba a vivir con un norteamericano a precio fijo, proporcionaba una servidumbre que ni siquiera el dinero podía comprar en los Estados Unidos.

Randy era un antiguo GI (soldado de Infantería), un fracasado amable y parlanchín de Tucson, Arizona, cuya esposa temporal se llamaba Suzy Boo y era vietnamita, francesa y tailandesa a partes iguales. Suzy Boo vigilaba a las chicas del Hope mientras masajeaban las enormes espaldas de los "chicos" en el bar y mientras en la pared se proyectaba una película sobre una sábana rígida de suciedad. Las chicas, decía en un susurro, eran "bonitas y limpias"; eran obligatorios los enjuagues semanales con Listerine (y totalmente inútiles).

En mi segunda noche en Saigón apareció Flipper. Tenía lo que Randy llamaba "su rutina". Cantaba una y otra vez: "Tienes que vivir un poco, amar un poco. .", siguiendo la tonada con una especie de baile de claqué. Al finalizar daba una vuelta con una vieja lata de Coca-Cola atada al cuello. "¡Eh, Flipper, eres el número uno!"Entonces Suzy Boo lo echaba; vivía no lejos de allí en una colonia de barracas metálicas hechas con latas de cerveza norteamericana aplanadas. Había sido soldado en el Ejército de Ngo Dinh Diem, el dictador aupado y posteriormente asesinado por la CIA en 1963, y había perdido los dos brazos en uno de los lugares de sacrificio que en el mapa del MAVC estaban pintados de color azul. Al cabo de un tiempo de observarlo. me di cuenta no sólo de que conservaba su dignidad intacta —sus ojos mostraban su orgullo—, sino que su capacidad para sobrevivir era heroica. La mayoría no lo veía de esa forma· "Flipper es como una mascota para nosotros", decía Randy.

No lejos del Hope y el Dreamland había una zona de solares vacíos llenos de desperdicios. En medio de llos había un "dinh", un santuario. Di con él un día por accidente y me sentí intrigado por la atracción que ejercía sobre gente de todas clases: soldados, camareras y ancianos. Cuando pregunté me dijeron que allí se levantaba un "xa", un pueblo, hacía algunos años, antes de que Saigón se viese desbordada por los refugiados de guerra, y las familias estaban enterradas allí y sus restos eran "la fuente de la misma vida".

> Esta zona ha sido pacificada. La gente sabe que el Vietcong es su enemigo. En otras palabras, hemos dejado a "Charlie" seco.

Envuelto en olor de petróleo y embadurnado por el barro de los monzones, el pequeño santuario simbolizaba la coherencia de una sociedad que soportaba un cataclismo. Al cabo de poco tiempo, en el campo, vi a un anciano negarse a dejar sus arrozales, que habían sido designados como zona a minar, una "zona de fuego libre". Junto a los arrozales estaba la "dinh" de la familia, con señales de disparos debidas a batallas que habían tenido lugar allí, y en las que el anciano había perdido a su esposa y cuñada. El hombre protestaba ante aquellos que le metían prisa para subir a un helicóptero: no sólo había sido consagrado el santuario, sino que también estaba consagrada la tierra, ya que pertenecía a los muertos, sus ancestros, "la fuente de la vida". Los vietnamitas que traducían sus palabras sabían con exactitud lo que estaba diciendo, pero el norteamericano responsable de sacar a la gente de la zona estaba horrorizado por su obstinación. Con las manos en las caderas, contemplaba al anciano atónito. Sus perspectivas eran irreconciliables.

—No podemos obligarle a que salve su propio pellejo —decía el norteamericano—. Tendremos que dejarlo. —Y lo dejaron.

Para un reportero. la "Máquina Verde" empezaba en la Ofi-

cina de Asuntos Públicos de los Estados Unidos, o JUSTPAO, con un sonriente presidente Johnson enmarcado sobre un aburrido marine que vigilaba la puerta. Allí me tomaron las huellas digitales y se me dio la acreditación: una pequeña tarjeta en la que se leía: AVISO: "El portador de esta tarjeta es un civil no combatiente que sirve junto con las fuerzas armadas de los Estados Unidos. Si el portador de esta tarjeta cae en manos de los enemigos de los Estados Unidos deberá mostrar esta tarjeta a las autoridades que le hayan detenido, quienes deberán darle el mismo tratamiento y privilegios que a un mayor del Ejército USA."

Con aquella tarjeta podía volar casi a cualquier parte del país en la línea aérea más grande del mundo, controlada por los militares norteamericanos. Me podía presentar en la sala de salidas, en la que habían cestos de cómics de guerra, posters de Hawai y música ambiental, refrescos y máquinas de caramelos. ¡Qué divertido! Iba a un sitio llamado Can Tho, en el delta del Mekong, en donde había más puntos rojos que azules en el mapa del MACV. Con mi tarjeta de embarque y mi camisa de colores, podía ser un pasajero con destino a Miami. El soldado del mostrador me señaló la llegada de mi vuelo. En casi cualquier sitio de Vietnam en que hubiese un reportero había un oficial de prensa e información, o PIO, para encontrarse con él e "informarle". En 1966 muchos PIO mantenían una casi evangelical credulidad en la corrección de la "Cruzada norteamericana" y en la versión que los mapas del MACV daban al respecto. El capitán que me informó en Can Tho llevaba unos pantalones de baloncesto brillantes y los trofeos de su cabaña confirmaban su pasión por dicho deporte. Cubriendo una pared había un mapa del MACV. "Aquí está el Vietcong —me dijo—. Aquí el Ejército de Vietnam del Norte y aquí nosotros. Ahora no voy a darle una de esas pláticas militares o mierda de ese tipo. Todo lo que quiero que sepa es que esta zona ha sido pacificada. La gente sabe que el Vietcong es su enemigo. En otras palabras, hemos dejado a 'Charlie' seco."

Aquella noche, mientras el capitán estaba en algún sitio, su cabaña, sus mapas, sus trofeos de baloncesto y su máquina de duplicados del periódico de la base fueron destruidos por un cohete del Vietcong. El ataque se produjo por la mañana temprano mientras yo dormía en el dispensario del hospital civil de Can Tho. Los cohetes no alcanzaron la ciudad, tan sólo la base norteamericana, pero al día siguiente todo el hospital se vio sacudido por el bombardeo de las aldeas cercanas de donde habían partido los cohetes en represalia. Aquella tarde los heridos y agonizantes llegaron desde aquellos pueblos a la galería del hospital.

"Debe de tener 10 años", dijo el joven médico civil norteamericano. Frente a nosotros estaba un muchacho cuya nariz y barbilla se habían fundido, cuyos ojos no podía cerrar y cuya piel, una vez bronceada, estaba ahora roja y negra y tenía la textura del papel, como tela deshilachada. El médico dijo que si tocaba la piel se me pegaría a los dedos o se convertiría en polvo; me lo dijo porque le había sucedido a él. "Me destroza ver a estos chicos vivir en medio de esa mierda de ahí fuera —me dijo—. Este ha sido quemado por napalm B, un material hecho a base de benceno, poliestireno y gasolina. Normalmente se pega a la piel y es imposible quitárselo, y o bien mata a la víctima por las quemaduras o la asfixia por falta de oxígeno."

Apareció un fotógrafo norteamericano y dijo que venía de My Tho, sobre donde también habían caído cohetes. Luego se

ABAJO: *La prostitución, la adicción a las drogas y una plaga de enfermedades venéreas fueron algunos de los beneficios de la presencia norteamericana en Vietnam del Sur.*

centró en un demencial monólogo sobre los tipos de armas y tácticas que había visto en despliegue. Hablaba en términos militares y parecía estar colocando la bombilla que colgaba del techo sobre el muchacho de las terribles heridas, ahora intubado intravenosamente. "Aquí no hay nada", dijo finalmente, y se marchó sin tomar una fotografía.

A la mañana siguiente el capitán fanático del baloncesto me dio una nueva charla informativa usando un mapa hecho a mano, dibujado minuciosamente con lápices rojos y azules, como el dibujo de un niño. El área de alrededor de la ciudad, de donde había venido el chico quemado, estaba coloreada en rojo antes de que cayera el napalm B. Ahora era de color azul El chico murió

## CORAZONES Y MENTES

Da Nang, agosto de 1967. La invasión se llevaba realizando desde hacía más de un año y ahora Da Nang, en donde habían desembarcado los primeros Marines, se había transformado en la base militar más grande del mundo. En la sala de prensa, un oficial de prensa e información anunciaba con entusiasmo el establecimiento de una "zona de tiro libre" cercana a An Hoa. "Gracias a nuestros chicos que han estado trabajando las veinticuatro horas del día, hemos sacado a toda la gente de esos poblados inseguros y la hemos llevado lejos del enemigo Hemos salvado a esa gente del enemigo y, como diría el presidente Mao (sonrisa), 'les hemos quitado el agua a los peces'."

Pregunté si la gente había expresado su "inseguridad" y el deseo de ser salvados del "enemigo", y me contestó que no comprendía la pregunta, por lo que la efectué por escrito al JUSTPAO Les pregunté cuánto tiempo había pasado desde el lanzamiento de panfletos informando a la gente de que iban a ser evacuados en helicóptero por su "seguridad" y el lanzamiento de los primeros obuses de la artillería, lo que se conocía en jerga militar como "minutos locos". Me respondieron que "entre seis horas y una hora".

Más de 3.000 personas habían tenido como máximo seis horas y como mínimo una para abandonar lo que tenían, para muchos de ellos una vida modestamente próspera dependiente tan sólo de las estaciones, y partir hacia una vida en una ciudad trabajando para las necesidades y caprichos de un ejército extranjero cuya presencia había hecho florecer una "economía" basada en los servicios de criadas, chulos, prostitutas, vagabundos y especuladores del mercado negro A diferencia de Saigón, también una ciudad de refugiados pero que había mantenido un poco de sí misma, la propia Da Nang fue una víctima. En donde antes había pescadores, ahora se veían las consecuencias de "quitarles el agua a los peces". El trastorno causado fue general entre los agricultores y la gente que vivía en los márgenes de la ciudad. Entre 1964 y 1966 dos millones de vietnamitas quedaron sin hogar merced a esta estrategia. En 1968 un tercio de la población de Vietnam del Sur eran refugiados.

La ruina para sus vidas fue a la vez brutal y sutil. Familias y amigos, que una vez fueron los guardianes de la compasión, la gracia y la sensualidad, parecieron disiparse en las calles sin alcantarillas ni agua corriente; el miedo, la neurosis y la brutalidad y avaricia corroyeron sus vidas sin remedio. La gente se arracimada en los mercados, los hijos timaban a los padres, los ancianos eran abandonados a su suerte, la palabra violación entró en su lenguaje y las enfermedades venéreas entraron en los cuerpos y cerebros, junto a las toxicomanías más graves. Los norteamericanos denominaron a la pesadilla que habían creado "Dogpatch".

"LO QUE ESTÁ SUCEDIENDO ES HISTORIA", podía leerse en un jeep a las puertas de la base norteamericana de Da Nang. La base era una pequeña ciudad norteamericana, con sus propios generadores, plantas purificadoras de agua, hospitales, cines, boleras, campos de béisbol y de tenis, supermercados y bares, montones de bares, con Budweisers y hamburguesas y tablillas de plástico de imitación de madera en las que podía leerse: "Confucio dijo: Coge a esos amarillos por las pelotas y sus corazones y mentes vendrán detrás " Los restaurantes emergían del barro, con bistecs al estilo neoyorquino servidos por camareros filipinos con candelabros de plástico y grandes carteles de letras fluorescentes en los que podía leerse: "AVISO: Su marcapasos puede estar sujeto a influencias magnéticas provenientes del Edificio de Preparación de Alimentos " En una emisora de radio, "El Hombre-lobo de Vietnam" abría su programa así: "Bueeeeenoss días!... Un pequeño consejo respecto a nuestros amigos vietnamitas. Nunca le des a un vietnamita palmaditas en la cabeza. Permanece oculto bajo tierra cuando hables con ellos. Haz de esto una regla dorada ¿De acuerdo?"

> "¡Escuchad, o salís de donde estéis, amarillos, o vamos a entrar y cogeros y puede que mataros!"

Durante los monzones, mayoría de tierra al oeste de Da Nang tenía el aspecto del caramelo La vida era barro; los humanos caminaban como cigüeñas; el lodo se tragaba todos los sueños. Cuando la lluvia se detenía, allí estaba el polvo; un polvo rojizo que te cegaba y se te metía en la garganta llenándolo todo. Yo odiaba los helicópteros, parte de la guerra a la que había que temer, temía especialmente a los obesos Chinook, que llevaban a los hombres a y desde su muerte También había una razón práctica para temer a éstas máquinas, raramente pasaba un día sin que uno quedase hecho pedazos en el aire. Los que volaban con ellos lo sabían y no parecía importarles, los llevaban como si fueran Mustangs trucados. Tenían entre 19 y 20 años y para ellos "vuelo de reconocimiento" significaba esquiar sobre las copas de los árboles y las hierbas altas Nunca supe si era inconsciencia adolescente o valentía, pero cuando más de una vez me recogieron del suelo bajo fuego, juzgando, midiendo, esperando, eran unos valientes.

Mi helicóptero no llegaba hasta Tuylon. Las últimas 20 millas las hice en jeep a través de "territorio indio" y debía pasar un punto de frecuentes emboscadas conocido como la "Colina Amarilla". De día los Marines irrumpían en los pueblos en sus barridos de "búsqueda-y-destrucción", con los orugas de sus vehículos blindados destrozando los sembrados de arroz. Para la mayor parte de ellos, el NLF sólo luchaba cuando tenía la victoria asegurada. Cuando se llevaban a cabo grandes operaciones eran advertidos por sus espías de dentro mismo de la base de Da Nang o por el ruido de los blindados aproximándose o, como me dijo un oficial del NLF, por "el fuerte y dulce aroma del *after-shave* norteamericano" Los guerrilleros se retiraban a través de los arrozales o se escondían en túneles, en agujeros bajo las chimeneas de sus cabañas o en estanques y canales, respirando con cañas de bambú. Por la noche volvían a ponerse en

movimiento y regresaban a las aldeas, en muchas de las cuales eran bienvenidos, o como mínimo vistos con indiferencia. A diferencia del "jefe de la aldea", normalmente designado por Saigón, los cuadros y soldados del NLF solían ser personas del mismo pueblo. para los que una de sus tareas era educar a los otros con el ejemplo.

Eso no quiere decir que los miembros del NLF fueran unos santos, como algunos han querido retratarlos. Los santos no llevan bien la guerra. El impuesto de entre el cinco y el quince por ciento de la cosecha que el NLF recolectaba no era muy popular entre los agricultores, que se veían forzados a pagar impuestos al rágimen de Saigón y a dar el 30 por ciento a la iglesia a la que pertenecían y un 20 por ciento al hombre propietario de las bombas de agua Con su presencia el NLF exponía a los pueblos al fuego indiscriminado de las ametralladoras de los helicópteros y a un legado de municiones por explosionar en los arrozales. A pesar de ello, la gente que reclutaba el NLF eran campesinos que, según el cliché norteamericano, "no tenían ideología" y "sólo querían que los dejasen en paz", y una de las razones para el alto nivel de reclutamiento residía en una lección que los norteamericanos y sus aliados nunca aprendieron de los franceses.

Los franceses habían permitido que la disparidad entre las ciudades y el campo creciera hasta el punto de que, a mediados de los años sesenta, el 80 por ciento de la población rural de Vietnam del Sur poseía tan sólo el 12 por ciento de la tierras. Los agricultores sin tierras habían sido tratados duramente por la administración colonial francesa y el régimen católico de Ngo Dinh Diem. De la misma forma fue la ignorancia o incomprensión norteamericanas lo que hizo que no se les ocurriese hasta que ya fue demasiado tarde que una auténtica reforma agraria habría conquistado "corazones y mentes" en Vietnam.

La cuestión no era de todas formas tan simple: la reforma agraria tan sólo era una parte de las quejas de la gente, y tenía mucho que ver con el control del crédito por los bancos de Saigón y el mal uso de las riquezas nacionales por especuladores y una élite en la que el nepotismo era costumbre. También tenía que ver con la falta cada vez más patente de poder político de los pueblos y provincias, creando un centralismo cada vez más acusado. En el Sur la autoridad del gobierno se había erosionado durante el período posterior a la Segunda Guerra Mundial y el dominio francés, erosión que se había acelerado con los norteamericanos. El NLF comprendió sus implicaciones, algo paradójico para revolucionarios, que comprendían el apego de la gente del ámbito rural o su forma de vida trandicional, conocida como el Tao, y que está centrado alrededor del respeto a las tierras ancestrales y a los lugares de entierro, y en la concepción de la sociedad que enseña Confucio La revolución vietnamita me fue descrita en una ocasión por un miembro del NLF como "cambios y evolución a hurtadillas".

Los cambios y evolución a hurtadillas no estaban en el temario del sargento Melvin Murrell y sus marines, cuando le dejaron en Tuylon con órdenes de asegurar "las libertades básicas tal y como se describe en la página 233 del Libro de bolsillo del Programa de Pacificación", y al mismo tiempo ganar corazones y mentes de la forma descrita en la página 86 bajo el título "WHAM". Aquella mañana, recuerda el sargento Murrell, no vio a nadie, "ni un niño, ni una gallina"

"¡Salid, somos vuestros amigos —gritó el sargento Murrell a través de un megáfono, pero no se movió ni una sombra—. ¡Vamos, salid todo el mundo, tenemos arroz, caramelos y cepillos de dientes para daros! —volvió a gritar el sargento Murrell en medio del más absoluto silencio—. ¡Escuchad, o salís de donde estéis, amarillos, o vamos a entrar y cogeros y puede que mataros!"

De modo que la gente de Tuylon salió de donde quiera que estuviese e hizo cola para recibir paquetes de Arroz Milagroso del Tío Ben, barritas de chocolate, globos y 5000 cepillos de dientes, y en una ceremonia separada, el jefe de distrito fue obsequiado con dos retretes amarillos que funcionaban a batería. "Si les parecen adecuados —dijo el sargento Murrell—, hay más en el sitio de donde vinieron éstos."

Cuando todo hubo acabado y los niños reían en la cola, el sargento Murrell anotó en su hoja del día: "Al principio no parecían entender que habíamos llegado para ayudarlos; sin embargo, conseguimos persuadirlos y en estos momentos están a buen seguro de nuestro lado. Creo que respetan nuestra postura de fuerza y humanidad. Creo que el coronel estará complacido."

> Los marines que habían estado en la DMZ tenían los ojos translúcidos y parecían dormir estando de pie.

El sargento Murrell estaba al mando de una unidad CAC, o Compañía de Acción Combinada, lo que quería decir que su papel era a un tiempo militar y civil. Una unidad CAC se desplazaba a los poblados que estaban "bajo amenaza" del NLF y lo "aseguraban y protegían", tanto si los aldeanos querían ser asegurados y protegidos como si no. Se cavaban trincheras, se ponía alambre de espino y se preparaban trampas. Luego se declaraba al pueblo "amigo" y sus "libertades básicas aseguradas como se describe en la página 233. ." El error de esta estrategia era que los Marines habían sido entrenados más para luchar y matar vietnamitas que para asegurar sus libertades básicas. Melvin Murrell y sus hombres habían sido asignados al servicio de corazones y mentes para liberarlos durante un tiempo del peor infierno de la guerra, su "Somme", la Zona Desmilitarizada del paralelo 17. Los marines que habían estado en la DMZ (Zona Desmilitarizada) tenían ojos translúcidos y parecían dormir de pie. En sus expuestas trincheras en las colinas, completamente aislados y enterrados en el fango o cubiertos por el polvo, echados dolorosamente de lado y con frecuencia sobre sus propios excrementos y sangre, tenían órdenes de no avanzar ni una pulgada pero "aguantar" la artillería, el fuego de morteros y de cohetes que los azotaban día y noche. Su frustración era intolerable; eran blancos, no soldados. Murieron más marines en Vietnam que durante toda la Segunda Guerra Mundial. Nunca he conocido a hombres que hayan demostrado tanto valor para nada.

Melvin Murrell había estado dos veces en la DMZ y había sido herido dos veces. Tenía 20 años y como a muchos negros le gustaba "Nam" porque, como decía, "aquí soy alguien... algo más que un negro callejero que no es nadie." Aquí no solo decía a un puñado de "blanquitos" lo que tenían que hacer —sólo

IZQUIERDA: *Conquistando corazones y mentes. Un padre survietnamita sostiene en brazos a su hijito, que ha perdido una pierna a causa del fuego de la artillería norteamericana.*

había otro negro en la unidad—, sino que el coronel ¡estaba orgulloso de él y lo había nombrado Rey de Tuylon! Y por todo su reino podía pasearse con sus dos metros de estatura, con las manos a la cintura y colgado de la cadera un Colt 45, orgulloso de que el NFL hubiera puesto un precio de 750$ a su cabeza.

¿Cómo sabía eso? Como los otros, no hablaba vietnamita. Un chico llamado Dang se lo había dicho. "Es nuestro espía", me dijo Murrell. Dang, al que conocí, era un irritable adolescente cuya hermana había sido muerta en un fuego cruzado, y había construido un pequeño santuario con su fotografía, sus cosméticos y unos finos lazos de bambú colocados junto a dos velas que encendía cada noche a la hora de su muerte. Culpaba al Vietcong de la muerte de su hermana, y decía que haría cualquier cosa por los norteamericanos en su memoria De modo que era su amigo, y su corazón y su mente habían sido conquistados. O eso creían.

Cuando el coronel llegó de Da Nang, Murrell estaba reluciente; era su momento.

—¿Cómo va todo por aquí, Murrell? —dijo el coronel—. ¿Cómo marcha el programa de higiene?

—Con los cepillos de dientes muy bien, señor, pero hacer que la gente vaya al cuarto de baño y eso..., bueno, me temo que esta gente lo ha hecho de otra forma durante miles de años y parece gustarles así.

—Muy bien. ¿Cuál es vuestro balance de muertos?

—Bien, señor. Nos cargamos a dos ayer por la noche.

—Muy bien, suena bien. Apúntese dos.

—Muy bien, gracias señor.

Colocarse en las tiendas hacía que la guerra quedase lejos. Colocarse de patrulla hacía que el enemigo quedase lejos.

El coronel se marchó antes de que la noche cayera sobre Tuylon. Nos sentamos en unos sacos terreros y comimos maíz enlatado y pan enlatado mientras débiles y jóvenes rostros nos contemplaban a través del alambre que rodeaba el perímetro.

—Creen que soy el demonio porque soy negro —dijo Murrell

—¿Y no lo eres? —dijo un cabo blanco llamado Fats. Era un hombre meditabundo que parecía haber tomado determinados pasos en su conducta para proteger su compasión. En un pase por el pueblo aquella tarde había tirado al suelo accidentalmente una tinaja, destrozándola. Los niños aparecieron pronto, rodeándolo y mirando sus inútiles esfuerzos por reparar la pieza y calmar al propietario, una crispada anciana. Recogió los trozos e intentó hacerlos coincidir, diciendo que "hay un adhesivo especial en Da Nang que haré que me envíen". Pero la anciana pisoteó los trozos en el polvo y Fats, arrodillado ahora, se disculpó profusamente en vietnamita-GI, preguntando una y otra vez cuánto valía la tinaja, hasta que ella le arrancó el dinero de la mano. Para él, lo que demostraba el incidente estaba claro. "No importa lo que hagamos —decía—, no vamos a conseguir nada aquí. Esto es la tienda de porcelana y nosotros somos los elefantes " A Fats le quedaban tres semanas en Vietnam; en su tienda había un calendario lleno de cruces. "No quiero tener que querer a esta gente, no quiero tener que odiarla —decía—, sólo quiero volver a casa."

Dormimos hasta poco después de la medianoche, cuando el NLF pasó a través del alambre de espino y la noche entró en erupción. Cómo una aparición en ébano, el sargento Murrell entró en mi tienda y arrojó un M16 sobre mi sábana.

—Úsalo cuando vengan, tío —me dijo.

—¡No! —contesté

—¡Muy bien...! —Y se echó sobre el vientre fuera, disparando a la luna, o eso parecía Me estaba protegiendo.

A la mañana siguiente un descolorido y sufriente rostro yacía en una trinchera en la que estaba almacenadas cajas de cepillos de dientes y globos, esperando todavía ser distribuidos. Era Fats, le habían disparado en la espalda y no se le podía mover hasta que llegase la asistencia médica. Al otro lado del alambre de espino, en donde estaba la calle principal de Tuylon, yacían dos cuerpos. Uno era el de Dang, el irritable chico que decía que los marines eran sus amigos. Llevaba ropas negras y una cartuchera con munición, y un fusil M-16 de los marines yacía junto a él. El otro cuerpo era el de una mujer embarazada de alrededor de treinta años y ahora llena de heridas de metralla. Había sido víctima de un error, aunque no se supo de qué error. Tan pronto como se concentró la gente alrededor, desapareció el cuerpo de Dang, y la gente vertió vino de arroz sobre el cuerpo de la mujer hasta que llegó la comitiva funeraria para llevársela: corazón, mente y todo lo demás.

★ ★ ★

Provincia de Tay Ninh, septiembre de 1970. En junio de 1970, el Senado de los Estados Unidos había anulado la Resolución del golfo de Tonkín, que había proporcionado la excusa para la invasión decretada por Johnson. Ahora Johnson se retiraba en la más absoluta ignominia política y la ilusión que su administración había creado ya no servía. El presidente Nixon la había reemplazado por la suya, a la que llamó "Paz con honor".

Cuando volví a Saigón estaba claro que la guerra estaba yendo mal para todo el mundo. El NFL había sufrido graves pérdidas en el delta del Mekong El fuego de saturación de los norteamericanos, combinado con el uso de dispositivos de tecnología "anti-personas", había dañado de tal modo la infraestructura del NFL que antiguos puntos fuertes habían quedado en silencio. Para los Estados Unidos, el daño venía de dentro; su Ejército estaba empezando a desentenderse. Una minoría de las tropas en Vietnam eran soldados de combate, y muchos de ellos eran "gruñones"; hombres alistados de entre la clase obrera norteamericana que no estaban de acuerdo con la presencia norteamericana en Vietnam. Se les llamaba también "la generación de Chicago", por referencia a la sangrienta batalla librada entre los manifestantes contrarios a la guerra y la policía frente a la convención del Partido Demócrata en el verano de 1968.

Eran los tiempos de la "cultura de las drogas" y en 1968 era raro encontrar a un soldado norteamericano en Vietnam reclutado que no consumiese drogas. Colocarse en las tiendas hacía que la guerra quedase lejos. Colocarse de patrulla hacía que el enemigo quedase lejos, y si resultaba que no era así, ¿cuál era la diferencia? También la sociedad norteamericana se encontraba dividida entre el "mundo recto" y aquellos dentro o casi del movimiento anti-guerra y su correspondiente cultura de las drogas; del mismo modo el Ejército estaba dividido entre los militares de carrera y los hombres reclutados que mostraban descaradamente signos de la paz, chapas, cabellos largos, insubordinación y no con poca frecuencia un porro entre los labios de "Dorada de Laos". La forma de algunos gruñones de tratar a los militares de carrera que hacían que los muchachos "hicie-

MAGNUM

ARRIBA: *División cultural El fallo de los EE.UU. en atender a las necesidades básicas de los campesinos survietnamitas determinó fatalmente sus intentos de ganar popularidad entre la gente.*

ran el trabajo duro y les volaran la cabeza" fue en algunas ocasiones hasta el punto de arrojar una granada de mano activada dentro de la tienda de los oficiales.

La 1.ª División de Caballería Aérea del Ejército de los Estados Unidos estaba orgulloso de su historial bélico y sus colores celebraban sus orígenes bajo el mando del general George Custer, cuyo "último acto" contra los sioux en Little Big Horn era un apropiado legado en 1970. Con las carreteras cortadas y cercados por el enemigo, tanto por el NLF como por las tropas regulares del PAVN (Ejército Popular de Vietnam o Ejército norvietnamita), la "Base Snuffy" podría haber sido un nuevo Little Big Horn. La diferencia estribaba en que Snuffy se estaba haciendo ella misma a un lado. Estaban al borde del motín, en forma de una sorda resistencia por parte de los hombres reclutados hacia las tareas cotidianas de la "Máquina Verde"; las armas no se limpiaban, las letrinas no se vaciaban, no se lavaba la ropa, no se saludaba. Una patrulla de "larga distancia" quería decir aventurarse más allá del perímetro de la base, sentarse, encender unos porros y colocarse y esperar sonriendo hasta la hora del regreso, en la que se contaban historias de "contacto".

No ha quedado registrada la forma en que el NLF vio esta farsa, aunque debieron estar al corriente. No realizaban desde luego tantas emboscadas como habrían podido, quizás porque una "carrera de cuerpos" no era relevante en su lucha. Para ellos, era primordial destruir la moral del enemigo, y eso ya estaba hecho. En Snuffy entrevisté a hombres que se habían cargado a dos oficiales y disparado a otro por la espalda. Mientras hablaba con ellos, un oficial les ordenó que fueran a su despacho a la carrera. Lo ignoraron, uno de los hombres agitó el dedo índice en el aire. "Ya lo pescaremos", dijo. El oficial se alejó caminando.

El oficial del 1.º de Caballería Aérea de los Psy-Ops (Guerra Psicológica) era un capitán, aunque podía haber sido el sargento Bilko: llevaba gafas con cristales negros y mostraba una abierta sonrisa. Tenía un equipo de estéreo y altavoces y lo que le encantaba hacer era volar en helicóptero sobre la selva poniendo sus cintas al enemigo. Su cinta favorita se llamaba "Alma errante" y mientras despegábamos de Snuffy me explicó: "Lo que haremos hoy es atacar psicológicamente al enemigo y allí es donde entra 'Alma errante' Se ha de comprender el sistema de vida vietnamita para darse cuenta del poder de 'Alma errante'. Verá, los vietnamitas honran a sus ancestros y se comunican con ellos y todas esas zarandajas. Bien, pues lo que vamos a hacer es reproducir las voces de sua ancestros; ya sabe, fantasmas, que hemos simulado en nuestros estudios. Esos fantasmas, esos ancestros, se dirigen a los vietcong para decirles que dejen de jugar con el derecho de la gente a vivir en libertad o el mismo pueblo acabará con ellos."

El helicóptero descendió hasta estar a 5 metros por encima de las copas de los árboles. El capitán de los Psy-Ops le dio a una palanca y reverberó una voz brotando de los altavoces adosados a las sujeciones de las ametralladoras. Mientras la voz susurraba y amenazaba, un sargento iba lanzando panfletos con las mismas palabras amenazantes escritas. El capitán cogió una caja de panfletos sin abrir, sonrió y gritó: "Igual tengo suerte y le doy a un vietcong en la cabeza y no tendremos que preocuparnos de cambiar su forma de pensar." Lanzó fuera la caja y la vimos caer sobre los árboles

★ ★ ★

Saigón. Diciembre de 1972. En agosto, las últimas tropas de combate habían abandonado Vietnam. En octubre, poco después de la reelección del presidente Nixon, su consejero nacional de seguridad Henry Kissinger anunció que "la paz estaba al alcance de la mano". Kissinger había negociado un acuerdo con los vietnamitas en Hanoi, pero el presidente del régimen de Saigón, general Nguyen Van Thieu, rehusó firmar el tratado. Ni Kissinger ni Nixon habían informado a Thieu, su con frecuencia

ARRIBA: *Un campesino observa la columna de humo producida por un ataque con napalm. Los intentos de «pacificación» norteamericanos dejaron buena parte de Vietnam como un paisaje lunar sin vegetación.*

poco complacido cliente, de que se había accedido a que permaneciesen tropas del PAVN bajo el paralelo 17. Thieu se sintió traicionado, y estaba en lo cierto. Por su parte, Kissinger y Nixon estaba simplemente dejando a un lado la "soberanía" de Saigón y tratando con la realidad que se encontraba detrás de ella; y la realidad en 1972 era la misma que había sido en 1962 y 1952; el país pertenecía a aquellos que se oponían a la dictadura de Saigon. Las objeciones de Thieu llevaron a más revisiones solicitadas por Hanoi y las conversaciones quedaron bloqueadas. Kissinger echó la culpa a la "intransigencia comunista" y Nixon ordenó el bombardeo de Hanoi. Durante 12 días de Navidad, 100 B-52 y otros 500 aparatos atacaron los suburbios de Hanoi y su puerto, Haiphong.

Volé a Saigón desde Siox Falls, Dakota del Sur, en donde en el Holiday Inn vi el último ¡Hurra! de George McGovern mientras concedía ante Nixon la derrota electoral más grande en los Estados Unidos del siglo XX. McGobern ganó tan solo en un estado, pero fue el primer candidato presidencial en comprometerse incondicionalmente con el fin de la guerra de Vietnam. En la víspera de su derrota, en una fiesta para el pequeño grupo de periodistas que habíamos seguido su campaña a través de todo Estados Unidos, incluyendo lugares en los que los periodistas éramos su única audiencia, le pregunté a McGovern acerca de cómo se imaginaba su primera mañana como presidente de los Estados Unidos. "¿Qué haría?", le dije. Era una agradable fantasía que nos divertía a todos, pues el candidato era un hombre honesto y humano que merecía algo más que una humillación.

"El primer día —contestó—, usaré toda la autoridad a mi disposición para retirar a todos los norteamericanos y todo el dinero que está causando directamente o indirectamente que la guerra continúe. Detendré esta maldita guerra; la detendré."

La demolición política de George McGovern me pareció que negaba cualquier suposición de que el pueblo norteamericano se hubiese puesto en contra de la guerra por lo que parecía haberse entendido por las demostraciones de los "media" y de la calle. Ahora que no morían norteamericanos en Vietnam y aquellos que morían en su nombre no eran más que borrosas figuras en el televisor, el interés norteamericano por Indochina parecía haber disminuido vertiginosamente.

Desde Saigón conduje hacia el norte por la autopista 15 hacia An Loc, en donde la artillería del PAVN y los B-52 norteamericanos competían por las cenizas de los escombros que quedaban. An Loc fue una victoria para ambos lados, y no parece haber nadie que pueda discernir quién de los dos estaba en lo cierto. Pude ver a dos millas cómo caían las bombas, desgarrando la tierra más que explotando. Eran las bombas de tres B-52 volando en formación, invisibles sobre las nubes; entre los tres lanzaron 70 toneladas de explosivos sobre una superficie con forma de rectángulo. Todo lo que se movía dentro del rectándulo quedaba destruido. Esta fue la operación llamada "Luz en Arco". A diferencia de los bombardeos con "armamento blando" como el napalm, el espectáculo fue preciso, contenido, irreal. Una calle se veía reemplazada por un cráter; la gente que estuviera a 100 metros del punto de contacto no dejaba más que sus sombras, lo que los muertos habían dejado en Hiroshima. Allí en el Sur, el aliado norteamericano, la gente de dentro del rectángulo morían para ser salvados. En el Norte, el enemigo norteamericano, se les destruía por razones menos altruistas. Una vez de regreso a Saigón, a lo largo de carreteras inusualmente vacías de refugiados, me encontré en un lado de la carretera un búnker en el que un mayor norteamericano estaba encargado de avisar para los ataques aéreos a baja altura. Estaba solo y parecía el miembro superviviente de una expedición que se hubiese adentrado demasiado en ninguna parte. Su magnetófono sonaba con música country y western. Su colección de pipas estaba colocada en un marco de bambú que se había fabricado él mismo, junto al que había una fotografía de sus tres hijos. Se llamaba Dale. Me explicó que su problema ahora eran las banderas; extrajo un mapa y dijo: "Cada casa tiene que mostrar los colores del GNV (gobierno de Saigón) mientras sigan las conversaciones de paz. Si no lo hacen, se les clasifica como malos chicos. El problema es que el miércoles fuimos a esos pueblos y preguntamos por qué no tenían puestas las banderas, a lo que nos dijeron que los chicos malos habían llegado al pueblo por la noche y las habían arriado."

Aquella noche atacaron el búnker de Dale con morteros, y quedó tumbado gravemente herido mientras la gente cruzaba los arrozales para verlo. Cuando llegó el helicóptero con ayuda médica, estaba muerto.

★ ★ ★

*Quang Nai: Marzo de 1974.* El acuerdo de paz de París había sido firmado hacía ya más de un año. El Artículo 4 especificaba. "Los Estados Unidos no seguirán con su implicación militar ni intervendrán en los asuntos internos de Vietnam del Sur."

La ilusión seguía triunfando. Los norteamericanos no se habían ido, simplemente habían cambiado de trajes. Los oficiales, pilotos y técnicos iban ahora disfrazados de civiles o de empleados de la embajada norteamericana Como cobertura para su "ejército secreto", el Pentágono contrató a 60 empresas norteamericanas. La División de Servicios de Dirección de la Lear Sieger Corporation hacía volar las fuerzas aéreas de Van Thieu; Kentron Hawaii llevaba sus bases de radar y vigilancia; y Computer Services Incorporated controlaba su policía secreta El edificio del MACV fue rebautizado "Oficina de Defensa Adjunta de la Embajada Norteamericana", y el letrero de la puerta de la Sala de Guerra fue cambiado por el de Habitación de Disponibilidad. Durante 15 meses de "alto el fuego" murieron 70.000 soldados y civiles, y los aviones norteamericanos arrojaron sobre Indochina un tonelaje en bombas superior al lanzado durante toda la Segunda Guerra Mundial.

Los niños nacían sin ojos, con corazones deformes y cerebros pequeños, y con muñones en lugar de piernas.

En marzo, el presidente Nixon solicitó al Congreso 2 billones de dólares en "ayudas" al régimen de Saigón. Menos de la mitad del uno por ciento era para asistir a la gente desarraigada. huérfana y sin hogar: el "daño colateral" de la guerra. Vietnam del Sur, que se había convertido en una nación de amputados. tenía tan sólo tres hospitales equipados para tratar las mutilaciones. El mejor de ellos estaba dirigido por el Comité de Servicio de Amigos Norteamericanos, los Quackers. en Oa Ngai. En los acuerdos de París, los Estados Unidos habían accedido a retirar la munición sin explosionar y dispositivos anti-personas que habían sido diseminados como confeti en el Delta y las tierras centrales. Entre ellos había una bomba de cinco centímetros de ancha, con la forma de un fino envoltorio. Al pisarlo, arrancaba la extremidad. Muchos niños perdieron la pierna y muchos otros murieron. Ninguna de esas bombas fue retirada. Durante el período de "paz con honor" la gente moría en los arrozales y los prados cada día, con frecuencia varias personas al día Desde la galería de Quan Ngai se podían escuchar las explosiones apagadas de gente caminando por los campos.

Al sur de Quang Ngai había una aldea de pescadores llamada Son Tra, cuya población se había ido en masa una noche de 1966 después de que los norteamericanos hubieran declarado sus arrozales vecinos zona de tiro libre. Otro ejemplo de cómo quitarle el agua al pez, el pez era el NLF. Unos pocos estuvimos en Son Tra; a mí me llevó Earl Martin. cuyos Meronitas Americanos, como los Quackers Americanos, habían ganado la confianza de la gente de ambos lados. Earl, un hombre barbudo y comedido, era la antítesis de aquellos de sus compatriotas que habían llevado a cabo la guerra. No solo hablaba vietnamita sino que comprendía su oblicuo e indirecto lenguaje, lleno de manierismos que son la base de la comunicación vietnamita También conocía, por su relación con la gente, "cuándo ir hacia delante, cuándo esperar y cuándo retirarse". Hubo unos cuantos norteamericanos como Earl en Vietnam, que nunca llevaron un arma y a los que algunos vietnamitas recordarán siempre con afecto.

La gente de Son Tra había sido castigada dos veces. La estrategia de los norteamericanos suponía que tras haberlos cambiado de sitio, el nuevo hogar de aquella gente resultaría más seguro despojándolo de toda su vegetación básica. Según decían los estrategas, "niega cobertura a cualquier enemigo que quiera infiltrarse". De este modo Son Tra fue rociado con herbicidas defoliantes como parte de la Operación Infierno, que luego fue renombrada "Operación Cielo Azul", pues esa etiqueta se consideraba más amistosa. Los defoliantes llevaban Agente Naranja, que contenía una impureza llamada dioxina, causante de malformaciones fetales. daños cromosomáticos, defectos congénitos y cáncer. En enero de 1970. el gobierno de EE.UU retiró del mercado el herbicida 245-T. que contenía Agente Naranja. debido a una campaña de pequeños agricultores norteamericanos que decían que envenenaba el agua y convertía en polvo los árboles jóvenes además de causar parálisis y ceguera entre sus animales e impotencia a ellos mismos. La prohibición se aplicó tan solo a los Estados Unidos. El principal fabricante, Dow Chemical, siguió fabricando el producto para el Pentágono.

En 1970 empezaron a aparecer ciertas deformidades en Vietnam: los niños nacían sin ojos, con corazones deformes y pequeños cerebros, y con muñones en lugar de piernas. En agosto de 1970, en un informe al Senado de los EE.UU., el senador Gaylord Nelson escribió que "los Estados Unidos han inundado Vietnam del Sur con una cantidad de productos químicos tóxicos equivalente a tres quilos por habitante, incluidos mujeres y niños".

La principal fuente de alimentación para aquel pueblo de antiguos cultivadores de arroz eran las hojas de las plantas de patatas dulces.

El impacto en el medio ambiente fue devastador. Un bosque que había tardado 20 años en crecer, en donde moraban los pájaros, había miel y madera para el carbón, quedaba destruido en momentos. La falta de plantas había dejado el agua sin oxígeno y reducido la pesca de peces y cangrejos en al menos un 80 por ciento. La tierra de alrededor quedó salada y dura como la roca, inservible para el cultivo.

Cuando llegamos a Son Tra la gente estaba visiblemente molesta e irritable Le explicaron a Earl que no tenían ni dinero ni recursos para comprar el caro arroz importado. Cuando les preguntó si podían pescar en la bahía. le dijeron: "Sí, pero es peligroso." Parte de cada captura contenía invariablemente agentes químicos que causaban frecuentes enfermedades entre los muy jóvenes o los muy ancianos. No podían salir a pescar a mar abierto porque no tenían combustible, y sus barcos no eran aptos más que para aguas tranquilas. En un distrito que había sido uno de los más ricos productores de arroz del Sudeste asiático, la principal fuente de alimentación para aquel pueblo de antiguos cultivadores de arroz eran las hojas de las plantas de patatas dulces. En 1974 Vietnam del Sur fue el mayor beneficiario de las ayudas alimentarias norteamericanas en el mundo. Grandes cantidades de estos alimentos fueron vendidas en el mercado abierto para comprar divisas, armas y munición.

ARRIBA: *Sentado en el muelle de la bahía... Un soldado del Ejército norvietnamita descansa junto al muelle de una Da Nang nuevamente liberada en abril de 1975. Siguiente parada: Saigón.*

DERECHA: *Una vietnamita refugiada acarrea a su hijo por la carretera de Xuan Loc.*

TERRY FINCHER/PHOTOTHAVE INTERNATIONAL

*Capítulo 2*

# EL ULTIMO DIA

## CAPÍTULO 2 EL ÚLTIMO DÍA

*Saigón, abril de 1975.* Me desperté al alba, tendido bajo el colchón en el suelo de baldosas, mirando mi cama apoyada en las ventanas de estilo francés. Supuestamente, la cama debía protegerme de una posible rotura de cristales; pero si el hotel era atacado con proyectiles, lo más probable era que la cama cayera sobre mí. Muerto por el peso de una cama: de todos modos tendría algún sentido, sería el último acto de una interminable farsa. Había regresado a Vietnam a principios de abril con el brazo derecho en cabestrillo: era el resultado de intentar apartarme de un camión de la basura en medio del tráfico de Londres; a fin de cuentas, parecía una auténtica "herida de guerra".

Incluso en aquel momento, con la primera luz del día, uno de los del reparto original estaba interpretando la función. Flipper, el vietnamita veterano al que le faltaba un brazo, mascota del bar Dreamland, cantaba el estribillo de siempre. Un policía, dormitando en una hamaca, alzaba un brazo lánguidamente para que Flipper callara; pero el veterano no hacía caso de nada. Desde que Randy había cerrado el Dreamland y había huido con su "esposa temporal", Flipper y los desechos como él se habían dejado atraer por el centro de Saigón, la plaza Sam Som, Tu Do y Le Loi, donde esperaban el final.

> Da Nang, anteriormente la base militar más grande del mundo, fue tomada por una docena de cuadros del NLF.

La tan esperada campaña de los legatarios de Ho Chi Minh para reunir Vietnam había por fin empezado, después de más de 20 años de la imposición desde Ginebra de la división "temporal". En 1975, el día de fin de año, los PEVN rodearon la capital provincial de Phuoc Bih, a unos 100 km de Saigón; una semana más tarde, la ciudad era suya. Siguieron Quang Tri, al sur de la zona desmilitarizada, Phan Rang, y después Bat Me Thout, Hue, Da Nang y Qui Nhnon en rápida sucesión y con poca mortandad. Da Nang, anteriormente la base militar más grande del mundo, fue tomada por una docena de cuadros del NLF que agitaban pañuelos blancos desde la parte trasera de los camiones. Una fotografía que apareció en la prensa de Estados Unidos de un norteamericano dando un puñetazo en plena cara a un "aliado" survietnamita, mientras éste intentaba subir a bordo del último avión que volaba de Nha Trang a Saigón, tenía cierto simbolismo. A mediados de abril, se percibía que el fin estaba próximo, mientras se libraba la batalla de Xuan Loc, 50 km al noroeste de Saigón, rodeada por 15 divisiones del PEVN armadas con artillería. En aquellos momentos, el PEVN era probablemente el ejército más experimentado del mundo, y junto con las unidades de zapadores de los reducidos NFL, parecían estar inmóviles, esperando que los Randy se marcharan.

Verlos irse era casi como ver un gran espectáculo de la guerra norteamericana. Durante el mes de abril, más de 3 000 norteamericanos "no imprescindibles" y sus familiares eran evacuados cada día de "Dodge City", el nombre en código para el MACV, el último comando norteamericano, al aeropuerto de Tan Son Nhut. Saul, que había sido comandante del Ejército de los Estados Unidos, tenía 22 personas dependientes de él; su esposa, sus padres, abuelos, hermanos y tres personas más, candidatas a serlo. "Contaba con seis —dijo—, pero aparecieron todos los demás. Lo único que sé es que todos los que están preparados para regresar a casa pueden tener una sorpresa."

Algunos de estos norteamericanos habían pagado sobornos de cientos y miles de dólares para conseguir pasaportes, permisos de salida y exención de impuestos para sus familiares. Muchos no necesitaban haberse preocupado. Desde que el presidente Ford había dado la orden de que salieran, tanto ellos como sus familiares debían sólo entrar en Dodge City para seguir "los trámites gubernamentales" y después poder huir al anochecer. Pero la huida se estaba retrasando. Las luchas entre las tropas de Saigón y las unidades del NLF se habían extendido hasta el mismo aeropuerto y el tiempo de espera para completar el viaje de ida y vuelta a Filipinas y Okinawa se había convertido en un día, después dos días, después tres; y los que tenían motivos para estar preocupados, ahora estaban alarmados.

"Escuchen, por favor —se oyó por los altavoces del gimnasio y de la bolera de Dodge City—. Todos los norteamericanos y sus familiares pueden tomar una lata de Seven-Up o Sprite, pero ¡sólo una por persona!"

Parecía que nadie que no tuviera "padrinos" norteamericanos podría irse de allí. Caras familiares de prostitutas de Tu Do Street aparecieron en medio de la aglomeración, con aire recatado y llevando vestidos de muñeca Barbi.

—Es mi esposa —dijo un gigante llamado Les que llevaba un sombrero de campesino con forma cónica, máquinas fotográficas colgando del cuello, un elefante de cerámica bajo un brazo y "Miss Nhu", una bella china de 17 años, bajo el otro.

—De acuerdo —dijo el oficial—; lea esto y firme.

—Certifico —dijo Les— que soy legalmente libre, sin familia alguna, para asumir la responsabilidad de. . Pondré tu nombre aquí, cariño mío..., que corresponde a la responsabilidades normalmente concedidas a un cónyuge. ¿Cónyuge? ¿Qué es un cónyuge? Suena como un perro de compañía.

Existía un procedimiento más rápido, casi para los VIP, para otra categoría de pasajeros calificados de "alto riesgo". El presidente Ford los había llamado "vietnamitas en peligro"; todos eran asesinos. A los oficiales norteamericanos se les había dicho que no hablaran de ellos, pero uno de ellos habló. "Adiós, adiós al Phoenix especial", dijo ácidamente mientras los observaba marchar, algunos llevando todavía las latas de Seven-up o Sprite. Todos ellos habían trabajado, en alguna u otra ocasión, para el Programa Phoenix de la CIA, utilizando la palabra "programa" como eufemismo para no nombrar la escuadra de la muerte. Ellos y sus predecesores habían matado a 50.000 jefes de distritos y pueblos y a otros que habían sido considerados poco leales al régimen de Saigón. Algunos de estos evacuados estaban destinados a Niceville, Florida.

> Un soldado que sostenía a un niño muerto con un brazo permaneció de pie fríamente hasta que le fotografiaron.

Lo que la gente quería en lugares como Niceville eran bebés. La demanda en Estados Unidos y Europa de niños vietnamitas "huérfanos de guerra" fue promovida por gente famosa que pagaban grandes cantidades de dinero para sus huérfanos y las organizaciones cristianas, que "salvaron" y "aprovisionaron" a los niños, y por la Casa Blanca, que propagó la idea de que únicamente el mundo civilizado podía hacer algo para rescatar los niños del Vietnam del Sur de la multitud roja y de la venganza que impondrían a los hijos del enemigo. "La Operación

TERRY FINCHER/PHOTOGRAPHS INTERNATIONAL

ARRIBA. *Refugiados angustiados por el pánico corren por la carretera que une Xuan Loc con Saigón, perseguidos por las divisiones del EVN, que avanzan rápidamente.*

Babylift" (ayuda a los bebés) era patrocinada por el presidente de los Estados Unidos, quien personalmente saludaría al primer "huérfano" que fuera "rescatado". Desde primeros de mayo el presidente Ford había tenido diversas dificultades para persuadir al Congreso de renovar la ayuda norteamericana al régimen de Saigón. Al mismo tiempo, el diputado y primer ministro de Vietnam del Sur, el doctor Phan Quang Dan, escribió una carta en la que decía: "La salida de un gran número de huérfanos causará una profunda emoción en todo el mundo y eso resultará favorable al Vietnam. El embajador de los Estados Unidos me ayudará a asegurarme de que salen en gran número."

Frank Snepp, un analista de la CIA que por aquel tiempo estaba en la embajada de Estados Unidos en Saigón, no tenía ninguna duda acerca de los propósitos de la Operación Babylift. En su libro *Decent Interval* describe la operación como una "conspiración" designada a "inspirar compasión porque la causa de Vietnam del Sur era para todo el mundo un fraude desde el principio, ya que pocos de los niños que iban a beneficiarse de ella eran refugiados. La mayoría, de hecho, habían estado languideciendo durante años en los orfanatos de Saigón . ".

La última semana del mes de marzo, cuando el doctor Phan Quang Dan escribió su carta, trabajadores extranjeros que ayudaban en Saigón se interesaron por la evacuación de 400 niños desde Saigón hasta las tierras altas del centro. La mayoría de los niños no eran huérfanos en absoluto, sino que se habían puesto al cuidado del ministro de Seguridad Social, que era responsabilidad directa del doctor Phan Quang Dan. Pero cuando el día 2 de abril anunciaron el primer puente aéreo de "huérfanos" norteamericanos, los niños, según un empleado de la agencia británica, "simplemente desaparecieron". Dos días más tarde, el primer puente aéreo de la Operación Babylift, un Galaxy, despegó desde Saigón con 243 niños. El enorme aeroplano apenas había salido de la pista de aterrizaje cuando tuvo un accidente en el que murieron 206 niños y 44 adultos. Se encontraron niños carbonizados en los campos de arroz de los alrededores. Un soldado que sostenía a un niño muerto con un brazo permaneció de pie fríamente hasta que le fotografiaron: fue esta imagen la que, para mí, simbolizó el sufrimiento de la gente vietnamita.

Mientras tanto, una de las versiones británicas de la Operación Babylift estaba siendo organizada a toda prisa por el *Daily Mail* de Londres. El *Mail* anunciaba la "Operación Mecylift" (operación de ayuda misericordiosa) y enviaba un Boeing 707 para "rescatar" a 100 niños. Periodistas, médicos y enfermeras volaron en el 707 hacia Saigón, incluyendo el editor del *Mail*, David English, quien fue fotografiado en el aeropuerto de Saigón con un "huérfano" en brazos. Las columnas de los periódicos mencionaron, con el consiguiente regocijo, sólo algunas

ARRIBA: *Asustados por lo que el futuro guarda para ellos, los survietnamitas hacen cola ordenadamente para asegurarse un lugar en los aviones norteamericanos que salen de Saigón.*

de las dificultades con las que él y su equipo se habían encontrado. El *Mail* había confiado en la caridad evangélica cristiana, el Proyecto Huérfanos del Vietnam, para encontrar y distribuir rápidamente a 100 niños. Pero encontrar a verdaderos huérfanos, con acreditación legal para abandonar el país donde habían nacido, resultó ser muy difícil y la misión de rescate del *Mail* estaba de regreso a Londres antes de que hubiera podido encontrar niños suficientes para llenar el 707.

Uno de los proveedores de los niños en la iniciativa del *Mail* fue Victor Srinivasin, quien tenía dos casas en Saigón, conocidas como "Hope One" (Esperanza Una) y "Hope Two" (Esperanza Dos). Le conocí a él y a sus casas bastante bien. La mayoría de niños de Srinivasin eran hijos de mujeres que se habían visto obligadas a ejercer la prostitución u otros oficios como último recurso para poder mantener a una familia sin padre. A algunos de los niños simplemente se les "cuidaba" y sus madres y familiares les visitaban regularmente. Solamente algunos de ellos eran verdaderos huérfanos, y estaban verdaderamente solos en el mundo. El *Mail* afirmaba que para todos los "huérfanos" que ellos habían sacado del Vietnam había "un programa de adopción de las organizaciones británicas". Helen Jacobus, que por entonces realizaba trabajos de ayuda dentro de Venture Ockenden, la agencia que ayudaba a establecer a los niños en Gran Bretaña, pasó varios años después de la guerra intentando seguir la pista a los niños. Escribió en *New Statesman*, concluyendo que la mayoría de niños no eran en absoluto huérfanos, y que no se les había programado la adopción. Escribió el PVO (Project Vietnam Orphans, es decir Proyecto para los Huérfanos del Vietnam) porque sabía que algunos de los niños tenían madres vivas. Roy Clarke, el hombre que dirige Christian Outreach, dice que recuerda "una escena de lágrimas" en el aeropuerto, cuando una madre se despedía de su hijo

El 20 de abril, Xuan Loc fue capturado por el PEVN. Sólo quedaba Saigón. Entre los galones de los refugiados que estaban a la cabeza de los que huían de la batalla, se encontraban las tropas del Ejército de Vietnam del Sur, cuyo comandante en jefe, el general Thieu, había dado a conocer su derrota huyendo a Taiwan con una fortuna en oro.

El 27 de abril, el general Duong Van ("Big", es decir "grande") Minh fue elegido presidente por la Asamblea Nacional con instrucciones de conseguir la paz. Fue el "Gran" Minh quien en 1963 había ayudado a derrocar al dictador Ngo Diem y había intentado, junto con sus oficiales, negociar un acuerdo para la paz con el NLF. Cuando los norteamericanos se enteraron, hicieron salir a Minh de su oficina sin contemplaciones, y la guerra prosiguió.

Eran las nueve y los rayos de sol se extendían desde mi hotel, el Caravelle, pasando por la plaza Lam Son, la Asamblea Nacional, construida por los franceses como teatro de la ópera, hasta el hermoso Hotel Continental Palace y la estatua más horrible de la tierra. La estatua, situada en medio de la plaza, quería representar a dos soldados survietnamitas avanzando valientemente hacia la batalla, pero para los decepcionados, representaba un norteamericano impulsando a un vacilante "alia-

do" vietnamita hacia la batalla. Me imaginé que había sido construido en pocos días por estudiantes, utilizando "cemento Kwikset" pulverizado sobre el oscilante armazón de hierro, pintado de verde para darle un efecto de bronce desgastado. Pero el efecto era más bien de *papier maché*. Era, desde luego, hueco. Bajo aquel monstruo habían ocurrido cosas terribles· habían golpeado y aporreado a disidentes del general Thieu, veteranos pobres y mutilados habían sido aporreados en sus sillas de ruedas mientras se manifestaban pacíficamente por una pensión. La semana anterior, un hombre había llamado la atención bajo la estatua y se había degollado. "Era su esposa o la guerra", dijo un policía, mientras mezclaba con los pies el polvo con la sangre. "Debía escoger entre una cosa y la otra. Fue demasiado lejos."

Crucé la plaza para ir a tomar un café. Flipper se había ido; los policías estaban fuera de las hamacas, estirándose; y los dos altavoces frente a aquel monstruo habían empezado el estúpido griterío de cada día. Durante un mes habían estado tocando música marcial y diciendo a la gente que no sucumbiera el pánico. El día anterior, poco antes de medianoche, empezaron con los silbidos de sirenas; era para decirnos, por si no lo sabíamos, que era la segunda noche consecutiva que estaban bombardeando Saigón. El silbido de los proyectiles me asustaba más que el ruido y el temblor de las granadas y las bombas. Los proyectiles de las noches anteriores habían sido lanzados por unidades de NLF que estaban acampadas a menos de dos kilómetros, al otro lado de Saigón. Debían estar persiguiendo a Minh para ayudar a que los últimos norteamericanos salieran del país y se rindieran. Cayeron cuatro proyectiles que causaron estragos en la población más pobre de Saigón, matando a muchas personas: era imposible decir cuántas debido al extraordinario caos en el que se las había forzado a vivir.

¿Cómo podía aquel hombre, que me estaba conduciendo a una escena de destrucción terrible, imaginarse realmente que yo era un turista?

Cuando salía del hotel para comprobar el daño que habían hecho, me saludó "el intérprete". Tenía cara de luna, era voluble, de mirar malicioso, un hombre difícil de gustar, que cuando alguien le preguntaba su nombre, respondía simplemente: "Soy el intérprete Por favor, venga de prisa " Había dicho lo mismo en muchas ocasiones, tanto si había o no motivo para "ir deprisa". Parecía estar interpretando un drama. Tres meses antes era un guía turístico que llevaba a grupos de occidentales que habían ido a Saigón para que les sellaran el pasaporte y para hacer "un recorrido por la ciudad" que incluyera una visita al zoo y al jardín botánico, a la monstruosa estatua Kwik-set, la basílica, los edificios públicos y al mercado cubierto, donde sus bolsillos serían debidamente vaciados El intérprete dijo: "Algunas señoras norteamericanas que están muy tristes vienen a conocer la causa por la que murió su hijo, y todo lo que ven son las muchachas del Tu Do y estos pobres cangrejos..." Señaló a un soldado sin piernas que había salido de una puerta para pedir limosna con su lata de Coca-Cola.

Le pedí al intérprete que me llevara donde la noche anterior habían caído los proyectiles y subimos a un pequeño taxi Renault, construido en 1945, el año en que los británicos desfilaron por Saigón y rearmaron a los japoneses para que pudieran dominar a los vietnamitas nacionalistas. "A su izquierda —entonó el intérprete— está el ayuntamiento de Saigón, construido a finales del siglo diecinueve como un exquisito ejemplo de . y a su derecha, el Palacio Presidencial, más reciente. También puede ver arquitectura moderna... Por allí, calles típicas con vendedores de comida, venden pescado pequeño muy bueno... —Le pedí que parara, pero parecía poseído—. Cholon... la parte china de Saigón, está llena de color, hay muchos chinos por aquí, hay chinos por todas partes, por todas las calles."

Había caído un proyectil cerca de allí y el intérprete había parado el taxi y se abría paso a través de la multitud por el interminable callejón. La gente nos miraba fijamente; algunos sonreían; durante todos los años de la incursión norteamericana, pocos norteamericanos habían ido por aquella zona.

"Por aquí están las típicas casas vietnamitas", dijo el intérprete con voz monótona. Observé aquella típica abuela con los niños, y el Buda en la pared

¿Cómo podía aquel maníaco, conduciéndome a una escena terrible de destrucción, imaginarse realmente que yo era un turista? Su locura ahora me parecía patética y ya no me parecía una persona tan difícil de gustar Cuando la excursión imaginaria llegó a su fin se puso a correr alegremente, subiéndose a los restos de una pared derrumbada y, con un gesto teatral, extendió una mano y dijo. *"¡Monsieur, voici la guerre!"*

Mi preocupación por la locura del intérprete y mi poca predisposición a ver más sufrimiento me habían persuadido de que los proyectiles habían alcanzado a edificios vacíos o habían caído en terreno despoblado Pero no era así. El proyectil había caído en la mitad de una zona de pequeñas casas atestadas de gente, y la tormenta de fuego que había seguido lo había arrasado todo.

FRANK FOCHTMAN PICTURES

DERECHA: *Los peones del juego. Un vuelo de la compañía Pan Am de la Operación «Babylift» llega a Nueva York, procedente de Saigón, llevando algunos de los «huérfanos», a los que ya se les llama por su nuevo nombre.*

## CAPÍTULO 2 EL ÚLTIMO DÍA

Allí había gente de pie, completamente inmóvil, como si estuvieran en un cuadro, mirando el hierro ondulado, que era todo lo que quedaba de las casas Habían unos pocos reporteros; el proyectil del día anterior había sido una noticia, era el primero que caía en Saigón en una década; pero el proyectil de aquel día ya no era noticia. Un fotógrafo francés apareció por entre el hierro ardiente, sollozando; me cogió del brazo y me condujo a una hoguera que anteriormente había sido una cocina. Detrás de ella había una niña pequeña, de unos cinco años, que aún estaba viva. La piel de su pecho estaba abierta como una página; sus brazos estaban totalmente destrozados y sus manos petrificadas; una torcida hacia fuera y la otra hacia dentro. Su rostro era todavía reconocible, tenía las mejillas rollizas y los ojos castaños, pero su boca estaba completamente quemada y sus labios habían desaparecido Un policía intentaba apartar a la madre de la niña. Un "boy scout", con un brazalete de la Cruz Roja, caminó ruidosamente por el hierro, suspiró y se cubrió la cara. El fotógrafo francés y yo estábamos allí de rodillas al lado de la niña, intentando levantar su cabeza, pero su pelo se había quedado pegado al hierro debido al mortero, convertido en cera por el calor. Esperamos media hora, como absortos en un mal sueño, hipnotizados por aquella carita, intentando darle agua, hasta que llegó una camilla. El intérprete había desaparecido.

Después de los ataques, el embajador norteamericano, Graham Martin, apareció en la televisión de Saigón y prometió que los Estados Unidos no abandonarían el Vietnam. Dijo: "Yo, embajador norteamericano, no voy a marcharme a medianoche. Cualquiera de ustedes puede venir a mi casa para comprobar que no tengo el equipaje hecho Les doy mi palabra." El último procónsul de Norteamérica en el continente asiático era un hombre reservado, irascible y de gran voluntad. Estaba muy enfermo; su piel se hundía en su rostro y tenía un color verdoso, debido a muchos meses de neumonía; su discurso resultaba pesado y frecuentemente impreciso debido a las drogas que debía tomar. Fumaba un cigarrillo tras otro y las conversaciones con él eran frecuentemente interrumpidas por largos ataques de tos.

> Había dicho a su equipo que cuando el árbol cayera, todo el prestigio de Norteamérica caería con él.

Describir a Graham Martin como un halcón sería atribuirle al animal una ferocidad que no tiene. Durante semanas, había dicho a Washington que Vietnam del Sur podría sobrevivir con un "anillo de acero" alrededor de Saigón compuesto por un número de B-52 volando en relevos. Durante una de sus convalescencias le dijo a un amigo suyo de Washington que de no

haber ocurrido el escándalo Watergate, el presidente Nixon habría bombardeado. Desde entonces, Martin había examinado las cenizas de la derrota norteamericana para ver si quedaba algo que pudiera utilizar para persuadir al Congreso de rearmar a las fuerzas de Saigón. Después de la "caída" de Da Nang, le dijo al senador que el "envío de huérfanos" era importante. Pero Martin no podía ignorar por completo lo que había visto, sabía que era su trabajo presidir un imperio que anteriormente había reclamado dos tercios de Indochina, por lo que el ejército más grande en la historia del mundo habían luchado, y en cuya lucha había muerto su propio hijo, hacía nueve años.

Un árbol, uno de los muchos inmensos tamarindos plantados por los franceses hacía un siglo, dominaba las praderas y los jardines del exterior del vestíbulo principal de la embajada El otro espacio exterior, lo suficientemente grande para que aterrizara un helicóptero, tenía una piscina en el medio. El tejado de la embajada había sido diseñado para que aterrizaran solamente helicópteros Huey pequeños. Si la "Opción Cuatro" (evacuación con helicópteros) era requerida, únicamente los Chinook de la infantería de Marina y los Jolly Green Giant podrían llevar a gran cantidad de gente hasta la Séptima Flota, a 50 kilómetros de la orilla, en el transcurso de un día El árbol era la última representación de Graham Martin. Había dicho a su equipo que cuando el árbol cayera, todo el prestigio de Norteamérica caería con él.

Tom Polgar era el jefe de emisiones de la CIA. A diferencia de sus predecesores, estaba extremadamente bien informado y discrepó abiertamente de la testarudez del embajador. Cuando Thieu se encerró en el búnker situado bajo el palacio presidencial durante tres días y medio, rehusando dimitir o incluso contestar a las llamadas telefónicas, fue Polgar, junto con el embajador Jeanmarie Merrillon, quienes finalmente persuadieron a Graham Martin para que interviniera. Para Martin, la caída de Thieu era como la caída del árbol de la embajada: una cuestión de orgullo y de "imagen" para él y para Norteamérica. El gobierno de los Estados Unidos se había comprometido solemnemente ante Thieu, y los contribuyentes norteamericanos le habían dado billones de dólares. Además, su propio hijo había muerto para que el Vietnam de Thieu pudiera ser "libre".

El 19 de abril, Graham Martin recibió una nota del PRG ("Provisional Revolutionary Government", es decir "Gobierno Revolucionario Provisional"), los políticos del NLF, a través de la Comisión Internacional de Control y Supervisión de Saigón. Decía que ahora que Thieu se había ido podía llegarse a una "solución política": un indicio de que el PRG podía acordar establecer un "gobierno tripartito de reconciliación y concordia" dentro de los límites del acuerdo de París. Martín enseñó la nota a Polgar, quien argumentó que era una cortina de humo, que lo que quería el PRG era una rendición sin condiciones y nada más. Martin no estuvo de acuerdo.

> Con los políticos, los generales y los coroneles huyendo del país precipitadamente, aquel soldado había escogido morir de aquella forma.

Saigón parecía un sueño. Las pistas de tenis del Círculo Deportivo estaban todas reservadas, y había consternación por el hecho de que los "muchachos" se habían atrevido a desaparecer. Durante el largo almuerzo y el descanso, el sol caía sobre la ciudad aparentemente tan lánguida como Graham Green la había encontrado a principios de los años cincuenta. Sin ninguna razón aparente, el tráfico había aumentado y parecía enloquecido. Los vietnamitas, que mostraban su pena abiertamente, eran más sutiles e indirectos para mostrar su enfado y su amargura; y el tráfico de Saigón, donde se ponían de manifiesto las consecuencias de una sociedad de consumo no productiva, parecía ir corriendo frenéticamente hacia Le Loi y Tu Do, antes del final. Pero tan repentinamente como los ánimos habían entrado en erupción, se calmarían y la ciudad volvería a su estado de resignación.

El 28 de abril había una razón para estar frenético. El NLF había levantado su bandera en el puente Newport, a 5 kilómetros del centro de la ciudad. Hice parar a un taxi antiguo e inmediatamente reconocí al conductor: era Tran, con la misma cara sonriente, el que me llevaba a la oficina Reuter y se llevaba un dedo a la garganta cada vez que pasaba por delante del palacio presidencial. Era budista, partidario del "Gran" Minh, y había detestado a Thieu. Ahora estaba nervioso y no paraba de mirar el retrovisor, antes de decidirse a preguntarme

IZQUIERDA: *Muerte en la carretera. Los refugiados, en su huida hacia el sur de Saigón, en búsqueda de un ilusorio santuario, estaban a merced de los proyectiles enemigos.*

ARRIBA: *Las devastadas ruinas de la zona residencial de Saigón, alcanzadas por los proyectiles del Vietcong, unos días antes de que la ciudad cayera bajo las fuerzas comunistas.*

—El Vietcong está ahora en Saigón, ¿verdad?

—Si —contesté—, está en Saigón.

Se produjo un tenso silencio

—¿Así que va a tomar la ciudad pronto? —dijo.

—Sí

—Por favor, dime qué será de mí, un budista, un taxista, siempre conduciendo a norteamericanos ¿Que será de mí?; me harán daño, ¿verdad?

El retrovisor reflejaba la imagen de un hombre de los barrios bajos, con la piel teñida por la nicotina que ahora, de repente, estaba asustado. Le cogí por los hombros y le dije algo de lo que no estaba seguro:

—Nadie va a hacerte daño. No tengas miedo.

"¡Fuera, fuera!" Estaban cayendo proyectiles de mortero a una docena de metros y Tran había puesto el Renault en la alcantarilla. Agachado detrás de él, podía ver claramente, por primera vez en muchos años, los sombreros de camuflaje, los pijamas negros y las bandoleras de munición del Frente Nacional de Liberación. No llegaban a ser una compañía entera, eran quizás dos secciones, habían puesto morteros al otro lado del puente, pero su única intención parecía ser sólo izar la bandera. Por dos veces izaron la bandera roja y azul con la estrella de oro, pero cada vez fue derribada por defensores del Ejército de Vietnam del Sur.

Un equipo de televisión nos recogió a Tran y a mí en su Pontiac alado. y dando marcha atrás, pasamos por debajo del puente, donde tuvimos que parar debido al oleaje de gente que avanzaba por el puente, debajo de él, y a lo largo de la orilla del río. Algunos habían venido desde Xuan Loc, a 50 kilómetros, y su sufrimiento era como una plaga, un bebé deshidratado y silencioso en los brazos de su padre, que iba con los pies ensangrentados envueltos en papel de periódico, una familia de cinco personas en un Honda, que finalmente cedió y todos los niños y las bolsas de arroz salieron esparcidas por el camino donde pasaba la gente, que ni siquiera se paró.

> La ciudad parecía explotar con armas de toda clase: portátiles, morteros y baterías antiaéreas.

Eran las cinco. El monzón había llegado pronto y Saigón se encontraba bajo un cielo de nubes plomizas; más allá del aeropuerto se veían los rayos. El estrépito del trueno creció con los aplausos dirigidos al presidente Minh, quien se preparaba para dirigirse a lo que quedaba de su "república". Se paró al final de la gran entrada del palacio presidencial, decorado con arañas de luces y brocados de oro y habló titubeante, como si rezara una pregaria de desesperanza. Habló de "nuestros soldados que luchan duro" y, sólo como si fuera una ocurrencia tardía, habló del alto el fuego y de la negociación. Cuando terminó, una sucesión de truenos ahogaron sus últimas palabras; la guerra estaba finalizando de una forma teatral

Caminé de prisa a lo largo de Tu Do mientras los rayos entraban en el centro de la ciudad. Media docena de tiendas habían cerrado desde el día anterior, y los propietarios se habían refugiado en la bolera y el gimnasio del Dodge City, donde pa-

gaban generosamente por un lugar en la cola. El sastre hindú del número 24 de Tu Do. "Austin's Fine Clothes", estaba contando malhumoradamente los dólares y maldeciendo la radio por no coger las noticias de la BBC Servicio Mundial. Era una demostración emocional poco común en él, ya que, al igual que sus primos de Bombay, que eran sastres de Saigón, porteros de hotel y traficantes de dinero negro, era un hombre muy pragmático Hacía mucho tiempo que había conocido al sastre en Austin, y nuestra relación siempre había sido de susurros y de bromas furtivas, incluyendo la entrega de un billete verde, manoseado, roto y observado a la luz, y la recepción de un pequeño saco de papel lleno con las mejores piastras británico-vietnamitas. (La mayor exportación de Gran Bretaña a Vietnam del Sur fueron los billetes de banco.)

—¿Cuál es el cambio, hoy? —pregunté.

—Si esta radio de mierda me deja oír las noticias, te lo podré decir —contestó el sastre.

—Yo te puedo dar las noticias —dije—. Minh ha pedido un alto el fuego.

—¡Un alto el fuego! Amigo mío, no deberías habérmelo dicho; el cambio acaba de bajar. Sólo 2.500 el dólar.

—Pero —contesté— el Vietcong no aceptará, ¿verdad? Atacarán Saigón, ¿no?

Escuchó con interés

—De acuerdo, para ti el cambio acaba de subir 300 piastras.

Los truenos pulverizaron la ciudad. El sastre continuó contando su dinero; tenía por lo menos 5.000 dólares en aquel cajón, lo que había conseguido entre aquel día y el día anterior, y su pasaporte hindú sobresalía del bolsillo de su camisa.

—Los comunistas respetan los pasaportes —dijo, tocando el suyo sin tener ni idea de lo que respetaban. Él había tenido anteriormente una tienda en una base norteamericana donde vendía comics norteamericanos importados a través de un primo suyo que vivía en Atlanta (Georgia) y ahora estaba preocupado por si esto le podía calificar de "colaborador". Dijo que Saigón no caería por lo menos hasta dentro de un mes, lo que hizo que el ayudante vietnamita se riera, haciendo ruido con la máquina de coser que estaba detrás de la cortina.

El trueno tenía ahora un nuevo sonido, seco y metálico. No era un trueno, eran disparos. Parecía que la ciudad estaba explotando con armas de toda clase: portátiles, morteros y baterías antiaéreas.

—Creo que nos están bombardeando —dijo el sastre, que sólo apartaba la vista de lo que estaba contando para subir el volumen de la radio, que sintonizaba la Voz de los "oldies and goldies" de América. Dio instrucciones a uno de los vietnamitas de su plantilla para que cerrara las contraventanas de acero, lo que hicieron pero no sin antes entrar sus Hondas de la calle, las cuales habían recibido una lluvia de balas

—Los matarán allí fuera —dije.

—Entonces ellos y sus Hondas tendrán una muerte gloriosa —contestó, en un intento de hacer un chiste.

La próxima media hora, la tienda pareció ser el blanco y yo me aseguré de que hubieran dos paredes en pie entre yo y la calle De todas formas, el sastre permaneció en su puesto contando los dólares mientras la Voz de América tocaba "Cherry Pink and Apple Blossom White", que apenas se podía oír debido a los disparos Es una canción profundamente estúpida, pero yo canté junto con el sastre, y probablemente nunca podré olvidar su letra. En un rincón, había una mujer vietnamita que, como un pájaro herido, arañaba la pared, mientras lloraba y rezaba En el suelo, frente a ella, había un pebetero y una caja de cerillas; no podía encender las cerillas porque su cuerpo entero estaba temblando de miedo. Después de varios intentos fui capaz de encendérselas y sólo entonces me di cuenta de la profundidad de mi propio miedo.

ABAJO: *Reina la confusión mientras los refugiados entran a raudales en Saigón, con lo que han podido salvar de sus pertenencias.*

## CAPÍTULO 2 EL ÚLTIMO DÍA

Los estrepitosos ruidos, incluyendo el del trueno, cesaron, y allí sólo se oía el crujido de pequeñas armas de fuego. La voz de Norteamérica seguía con "Perro Pájaro".

—Eres el más afortunado —dijo el sastre—. Gracias a los señores que nos han bombardeado, el cambio acaba de subir a 1.000 piastras... pero sólo 100 billetes de dólares, por favor —Abrió las contraventanas de acero, echó una ojeada y dijo—: Está bien... ¡corre!

Parecía que todo Saigón estaba corriendo, en arranques de pánico controlado y silencioso. Mis propias piernas estaban temblando, pero corrían como nunca lo habían hecho, y todavía aceleraron más al oír una sucesión de disparos fuera del Café Bo Da. Un policía militar, que estaba arrodillado, estaba registrando el otro lado de la calle, aplastando y haciendo caer a la gente; nadie gritó. Una chica de bar del Hotel Miramar, que llevaba zapatos de plataforma, chocó contra un canal, y se rasguñó las piernas y la mejilla. Permaneció en el suelo, con el bolso colgando por detrás de la cabeza. En la esquina opuesta al Hotel Caravelle y fuera de la galería especializada en pinturas instantáneas de horrorosas *girlie*, un policía pulverizó el cielo con su fusil M16. Había un hombre en el suelo, con su bicicleta torcida al lado.

Saigón se estaba "derrumbando" delante de nuestros ojos: Saigón se creó, se cebó y se nutrió intravenosamente a través de los Estados Unidos, y después fue declarada asunto terminado; capital de la única sociedad de consumo del mundo que no produce nada; los cuarteles del cuarto mayor ejército del mundo, el Ejército de Vietnam del Sur, del cual miles de soldados estaban desertando cada día; y el centro de un imperio que, a diferencia del imperio anterior de los franceses que fue allí a saquear, no esperaba nada de sus individuos, ni caucho ni arroz ni tesoro alguno, sólo la aceptación de sus "intereses estratégicos" y el reconocimiento de sus manifestaciones asiáticas: coca-cola y gasolina.

Después de avasallar al portero hindú con mi rápida irrupción en el Hotel Caravelle, fui abordado por un hombre con un papel de comparsa en aquella farsa que se estaba transformando en tragedia Se presentó como representante de una agencia religiosa de Texas y preguntó si yo sabía dónde podía colocar a 30 niños "al día siguiente". Le pregunté si era serio y pareció ofenderse.

—Me dedico a tareas humanitarias —dijo. Yo le respondí que había habido muchos manitarios buscando huérfanos recientemente. No obstante, había un lugar en Le Loi con niños que, como decían en el negocio de huérfanos, eran difíciles de colocar. La mayor parte de los niños eran negros y tenían defectos; eran leporinos o tenían miembros mutilados, y eran medio norteamericanos. Dijo que no creía que fuese divertido Estaba en lo cierto

Aquella noche, me dirigí al Hotel Miramar saludando a los milicianos, que con los viejos fusiles Armalite vigilaban el toque de queda de las ocho en punto. Ahora eran las ocho y media. Por cinco dólares no te disparaban, en una ciudad de sobornos esto representaba el valor del dinero. Dentro del Miramar, donde se podía comprar una mujer por cinco dólares, el aire estaba cargado de neurosis. Las chicas del bar estaban amontonadas al final de la barra; solamente una estaba cumpliendo con su rutina, acariciando la inmensa espalda de un cliente. Unas pocas ya se habían ido y el resto no sabían qué hacer. Se agruparon alrededor de Peter Hazelhurst, el hombre del *Times* en Saigón, que era su amigo y confesor. Peter, un hombre muy cariñoso, fue a menudo reprendido por intentar "proteger" a las chicas; escuchaba sus miedos durante horas y al final intentaba tranquilizarlas diciéndoles que todo saldría bien si se iban a sus casas, a su ciudades o pueblos, o a casa de algún pariente.

> Había fuego de armas portátiles a un kilómetro y medio o dos al este y se oían los ocasionales crujidos de la caída de los refugios...

Peter me había presentado una vez a Phuong, quien había intentado sin éxito cultivar una breve y agria sonrisa. Era una especie de encargada de tienda de las chicas, y se preocupaba de lo que les podía ocurrir, a pesar de que probablemente se preocupaba más de que su madre y hermana descubrieran que era una prostituta en lugar de una camarera, tal como creían. Hacía unas cinco semanas, Phuong había estado fuera de sí; su hermana, que era enfermera. había llegado a Saigón porque quería estar con ella. Phuong había fingido estar enferma, la hermana había regresado a casa un poco confundida, pero la crisis había pasado. Como todas las chicas, Phuong mantenía a una gran familia con sus ganancias: en su caso eran ocho. A su padre lo habían matado hacía mucho tiempo. Había sido un soldado del NLF y éste era su secreto, algo común entre las familias que tenían que apañárselas por su cuenta. Ella dijo que él acostumbraba a ir a verla, pero la última vez por poco no le cogieron, y ella no le volvió a ver hasta que, al cabo de cuatro años, se enteró de su muerte. Estaba triste y preocupada pensando lo que el NLF haría con ella.

Phuong no estaba en el bar aquella noche. "Está en la jaula del mono", dijo una de las chicas. "Estaba muy triste, muy asustada, como todas nosotras " La "jaula del mono" era la habitación de un ático cerca de la lavandería del hotel. Tenía 6 metros cuadrados y era donde las chicas iban al oír el toque de queda, si no habían ido a la habitación de algún cliente a pasar la noche Una noche tranquila, cuando la mayoría habían re-

TERRY FINEMAN/CORBIS INTERNATIONAL

FRANK SPOONER PICTURES

IZQUIERDA: *En un parque del centro de Saigón, un grupo de chiquillos están reunidos, probablemente por última vez, unos días antes de la caída de la ciudad.* ARRIBA: *Los primeros en subir a las barcas.*

gresado a la jaula del mono, después de que el bar cerrase a la una en punto, había sólo habitaciones para dormir para unas pocas; las otras se acurrucaron en una esquina, algunas de ellas aún llevaban sus vestidos de muñeca e iban pintadas.

Me encontré con Phuoug en la escalera que conducía a la jaula del mono. Llevaba el pelo hacia atrás, sujeto con una goma y no llevaba maquillaje. Dijo en tono de broma: "No te vas por mucho tiempo, ¿eh? No falta mucho tiempo para que vengan los del Vietcong, ¿eh? Esta noche cuando cerremos el bar, me cortaré el pelo y Lucy Am .., la conoces, la chica con el ceño fruncido..., ella y yo nos iremos de Saigón, ¿sabes? Hay algunos pijamas negros arriba, en la jaula del mono. Así que adiós."

El restaurante de arriba del Caravelle estaba lleno, como de costumbre. Mientras comíamos se entreabrió una ventana y las cortinas entraron de sopetón; los camareros, normalmente los más serenos, corrieron a cerrarla. Cuando algunos de nosotros fuimos a ayudarlos, el *maître* del hotel gritó: "Por favor, ¡somos nosotros quienes debemos cerrarla! Los aviones..." Entonces, la ventana se cerró por sí sola El *maître* se tapó los ojos y dijo: "Lo siento .., perdonadme, por favor."

La mayoría de los del grupo del Caravelle eran católicos que habían venido al Sur después de la conferencia de Ginebra. Uno de ellos llevaba el folleto que las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos habían dejado caer en la primavera de 1954 Decía: "¡Tened cuidado! La Virgen María ha abandonado el Sur. Seguidla o seréis sacrificados por los comunistas bárbaros."

No hubo ningún baño de sangre, y la Iglesia católica, si bien no progresaba en el Norte, sobrevivía entre gente joven y mayor, a pesar de que los camareros y recepcionistas preguntaban constantemente a los que estábamos en el Caravelle: "¿Nos hará daño el Vietcong?" Era imposible tranquilizarlos. Habían sufrido durante mucho tiempo El domingo anterior, los sacerdotes católicos y los monjes budistas se reunieron en la basílica, la catedral de Saigón, para celebrar la primera misa conjunta en Vietnam del Sur. Uno de los monjes ofreció oraciones "para buscar armonía y proteger y ayudar a la gente del Vietnam. Deberíamos ayudar a nuestras víctimas."

Una reportera francesa entró en el restaurante con dos niñas. La mayor resultó ser una adicta a la heroína, que pedía limosna en la plaza, la otra era una vendedora de flores que nos vendió jazmines. La primera chica era Phan Thieu Kieu y no me di cuenta de que la conocía desde hacía muchos años, hasta que Bruce Wilson, el corresponsal del *Melbourne Herald*, dijo. "¿No la reconoces? No, quizá tú no, ya que ahora está mucho peor." Se encontraba en un estado terrible. "Oh señor, oh, señor", se convulsionó, sin dirigirse a nadie en particular. "Yo mato, tu matas, todos morimos, todos matamos." Kieu tenía 17 años, pero parecía 10 años mayor. Bajo la luz fluorescente del restaurante, parecía mucho más dañada que lo que yo hubiera imaginado. Siempre la había visto casi en la sombra, mendigando en un portal. Ahora se le veían las piernas hinchadas y llagadas a causa de las sucias agujas oxidadas. Estaba callada, sentada en una mesa, consolada por la mujer francesa, hasta

ARRIBA: *El último día de la presencia norteamericana en Vietnam, el recinto de la embajada estaba atestado por norteamericanos y los vietnamitas que «apadrinaban».*

que un reportero, entre platos de paté de foie-gras y frutos de mar, hizo objeciones a su presencia. Ella y la vendedora de flores que agarraba los pocos jazmines que no había vendido, como si fueran su propia vida, fueron conducidas a una habitación donde pasar la noche.

A la una de la mañana Graham Martin convocó una reunión con sus más altos oficiales de la embajada para anunciar que había hablado con Henry Kissinger, quien le había dicho que el embajador soviético de Washington, Anatoly Dobrynin, había prometido pasar a Hanoi el mensaje de Kissinger solicitando una negociación con el presidente del gobierno Minh. Martin le dijo a Kissinger que era positivo que los rusos pudieran llegar a este acuerdo. Dijo que quería que la evacuación se realizara en un avión de aletas fijas que volara el mayor tiempo posible, quizá 24 horas.

Dodge City, el blocao de Tan Son Nhut, estaba rodeado de soldados de Marina. La mayoría de ellos estaban fuera de la valla de alambre de 6 metros, que había sido electrificada en los años sesenta. Los marines habían sido organizados en pares; cada uno llevaba un fusil M16, cuatro granadas, un lanzador de granadas, un revólver del 45, un cuchillo de caza, y cuatro latas de "Mace", un gas para controlar disturbios que paraliza los músculos. Estaban tumbados boca abajo, con los fusiles apoyados en sus mochilas, en frente de ellos. Había fuego de armas portátiles a un kilómetro y medio o dos al este y se oían los ocasionales crujidos de la caída de los refugios de aviones Nissen, dañados durante el bombardeo de la noche anterior. Dentro, en el gimnasio, la bolera y el cine, 3 000 vietnamitas y sus padrinos norteamericanos, quienes tenían que tomar los vuelos de evacuación cuando el bombardeo empezara, intentaban contener el miedo durmiendo, conversando, jugando a cartas y haciendo viajes a la máquina de coca-cola. Un adolescente escuchaba cintas; el instructor dormía sobre su mesa, un chiquillo hacía pipí en el canal de la bolera; un marino, en traje de combate, estaba de pie delante de la puerta, sorbiendo el contenido de una lata. En el cine había un póster anunciando la última película del mes: "Te vas a morir de risa. . No te pierdas el día en que la tierra se transformó en un cementerio".

> Los hombres que talaban los árboles, como los hombres de Marlboro, tenían tendencia a engordar. Eran los hombres que talarían el gran tamarindo.

Poco después de las cuatro de la mañana, cayeron proyectiles en el aeropuerto de Tan Son Nhut, seguidos de una cortina de fuego por artillería pesada. La espera había llegado a su fin, la batalla de Saigón había empezado. El sol había salido como confuso telón de foro rojo de las balas. Un helicóptero que transportaba armas explotó y cayó lentamente, con sus luces todavía destellantes. Hacia el este, en los suburbios, había fuego de morteros, lo que significaba que el NLF estaba en el mismo Saigón, avanzando brutalmente en línea directa hacia la embajada.

A Graham Martin se le despertó en su residencia, a tres manzanas de la embajada. Telefoneó al general Smith, pero no lo encontró; telefoneó a la embajada, y un oficial de Marines le dijo que estaban atacando el aeropuerto de Saigón. Se vistió y telefoneó a Jacobson, el consejero, dándole la instrucción de que convocara a todo el mundo para hacer una reunión en la embajada a las seis en punto. Mientras hablaban, la voz del padre Devlin de Yeu Do Street interrumpió la frecuencia VHF con su acento irlandés, y preguntó si la evacuación seguía adelante. "¿Como conseguiré llegar a la plataforma del helipuerto?", imploró.

La reunión de las 6 de la mañana entre Martin y sus altos oficiales fue un desastre. Todos, excepto Martin, estaban de acuerdo en que debían empezar la evacuación inmediatamente. Martin dijo que no, que él no "huiría", y anunció, para sorpresa de los otros, que iría a Son Nhut para valorar la situación por él mismo. Existía alguna sospecha en la plantilla de la embajada de que el último procónsul del imperio quizás, sólo quizás, tenía planes "de arder con Roma". Después que la reunión hubo terminado en total confusión, Polgar ordenó que el gran árbol de tamarindo se talara.

A las siete y media de la mañana del 29 de abril, Graham Martin dejó su residencia de Tan Son Nhut en su Cadillac a prueba de balas. El Cadillac había estado al servicio de los dos embajadores anteriores y tanto el hecho de que era un poco viejo como su aspecto un tanto desgastado preocupaban a Graham Martin. Creía que un embajador norteamericano debía parecerlo de la cabeza a los pies; era un hombre al que le preo-

cupaba mucho la "dignidad", tanto en la acción como en la apariencia. En 1974 había enviado a Washington uno de sus mensajes coléricos acerca de su nuevo coche, y se le dijo que un nuevo Cadillac, aprobado por el servicio secreto, estaba en camino. Cuando cayeron las montañas centrales, Hue y Nag, se le dijo que el Cadillac había sido enviado a Israel, ya que la "necesidad de seguridad" del embajador norteamericano, el procónsul de Oriente Medio, era más urgente. Graham Martin se ofendió mucho; para él la cancelación de su coche era otra señal de que Washinton estaba preparado para abandonar Vietnam sin consultárselo. Envió algunos mensajes más solicitando otro coche, pero todos fueron devueltos. El Cadillac, igual que el gran árbol de tamarindo, se había convertido para Graham Martin en un símbolo de su credibilidad norteamericana, a la que él llamaba prestigio.

Estaba sólo en la parte trasera del Cadillac, con su guardaespaldas y el chófer vietnamita. La voz ansiosa de Jacobson, el consejero, llegó a la red de emisoras de VHS, que la mayoría de reporteros de Saigón estaban escuchando. "Decidle al embajador que proceda con mucha cautela. Están abriendo fuego en la carretera y un autobús ha sufrido un accidente. ."

Los hombres que talaban los árboles, se reunieron. Ellos, como los hombres de Marlboro, tenían tendencia a engordar. Eran los que talarían el gran tamarindo, un grupo remarcable de oficiales de la CIA, anteriores miembros de las Fuerzas Especiales (de Green Berets) y una colección de anteriores GIs, proporcionados por dos compañías fundadas en California para proteger la embajada. Llevaban armas que hubieran deleitado a cualquier coleccionista, incluyendo armas antiguas, subfusiles y pistolas damasquinadas y una gran variedad de cuchillos. No obstante, compartían una característica; andaban con paso jactancioso como si fueran cowboys, piernas un poco arqueadas, la mano derecha suelta, los dedos doblados hacia dentro, palpando de vez en cuando la pistolera Se distribuyeron con hachas y una sierra eléctrica, y las secretarias de la embajada les trajeron cervezas y bocadillos. Talaron el árbol del embajador.

> Para los saigoneses, robar a sus mentores y a sus patronos se había convertido casi en una costumbre...

Al mismo tiempo, llegó una flota de coches y camiones al exterior de los jardines botánicos y del zoo, y rápidamente descargaron la mercancía: filetes congelados, chuletas de cerdo, zumo de naranja, latas de conserva, cerezas, cajas de judías enlatadas, manteca de cacahuete Chunkie, pasteles de Sara Lee, cerveza Budweiser, Seven-up, chiclets Wrigley, boquillas de plástico para cigarrillos, entre otras cosas, todo saqueado de la comisaría de Saigón, lo cual había sido abandonada después de que una unidad de zapadores hubiera entrado en fila india por las puertas traseras. Para los saigoneses, robar a sus mentores y a sus patronos, se había convertido casi en una costumbre. Había un ambiente festivo y se vendía toda clase de cosas por pocos centavos. Un camión descargó un friegaplatos y se vendió una nevera rápidamente; el friegaplatos era de la marca Blue Swan y en la caja se podía ver su lema· "Sólo lo mejor es adecuado para nuestros clientes " Dejaron el friegaplatos en la carretera Dos horas más tarde estaba aún allí, sin vender y desmontado por partes.

Saigón estaba en esos momentos bajo un toque de queda de 24 horas, pero había gentes en las calles, y algunos de ellos eran soldados de la 1.ª División del Ejército de Vietnam del Sur que habían luchado muy duro en Xuan Loc en la Autopista Uno. Los habíamos estado esperando, y también esperábamos sus demostraciones de cólera al ver cómo los norteamericanos se preparaban para dejarlos a su suerte. Aquella mañana, cuando aparecieron en el centro de la ciudad. únicamente los miraban, les robaban, o disparaban al aire para aliviar su frustración.

En la oficina de Reuter un operador de télex vietnamita transformaba las palabras en perforaciones en grandes montones de cintas. palabras, cientos de palabras, dirigidas a los Estados Unidos, Europa, Japón, Australia, América del Sur, palabras que describían su destino y especulaban sobre su futuro. Lo miré. Él no levantó la mirada. Parecía estar muy concentrado transmitiendo estas palabras, y a pesar de que le estaba agradecido, no podía entender su dedicación ¿Cómo lo podía entender? Durante todo el tiempo que había enviado mis mensajes desde allí. no me había tomado la molestia de conocerle.

> "Hago fotografías de guerra por el simple hecho de que quiero que la gente no olvide nunca lo horrible que es."

Volví al hotel Caravelle porque tenía que encontrarme con Sandy Gall, del *Independent Television News* (de Inglaterra) Sandy y yo fuimos los "guardianes de la evacuación" para la "TCN Press", que significaba Nacionales de Terceros Países, y se refería a todos los que no eran ni norteamericanos ni vietnamitas. Durante algunos días Sandy y yo nos habíamos interesado por la labor excéntrica de intentar organizar esos representantes de la prensa inglesa, canadiense, italiana, alemana, española, argentina, brasileña. holandesa y japonesa que querían ser evacuados. La embajada norteamericana había distribuido un folleto de 15 páginas llamado "SAFE", para "Instrucción standard y aviso a los civiles en caso de emergencia". El folleto incluía un mapa de Saigón indicando las "zonas de reunión donde un helicóptero te recogerá" y éste relacionaba cuatro códigos de avisos: blanco, gris, amarillo y rojo Cuando aparecía el aviso de color rojo, todo el mundo acudía a los puntos de reunión': "Debes traer dos mudas para cambiarte, un impermeable, un costurero, un paraguas, un abrelatas, insecticida, tu certificado de matrimonio y poderes. Pero, desafortunadamente, debes dejar tu mobiliario." Había una página intercalada que decía. "Anotar la señal de evacuación. No revelar a otra gente. Cuando se ordene la evacuación, se leerá el código en la radio de las Fuerzas Norteamericanas. El código es: 'La temperatura en Saigón es de 112 grados mínimo Esto irá seguido de la canción 'Estoy soñando con unas Navidades blancas'."

Los reporteros japoneses estaban preocupados porque creían que no reconocerían la melodía y preguntaban si alguien se la podía cantar. Philip Jacobson, el corresponsal del *London Sunday Times*, interpretó, obligado, a Bing Crosby para la audiencia, tanto oriental como occidental.

En el hotel Caravelle. Sandy Gall y yo habíamos nombrado vigilantes de piso a los que a la primera insinuación de Navidad blanca en Saigón, tenían que asegurarse de que los reporteros

no se dejaran atrás los reporteros que estuviesen débiles, sordos, o dormidos en el váter. Había bastante egoísmo en este acuerdo. Yo tenía, y todavía tengo, la congoja que me deja cada suceso importante de mi vida.

La puerta de la habitación de al lado se abrió Estaba como mi amigo Michel Laurent la había dejado cinco días antes. Se había ido en coche a Bien Hoa, donde había estado luchando, y nadie había oído nada más de él. Un informe decía que su coche había chocado contra una roca y que lo habían visto herido en el suelo. Yo había oído hablar de Michel en muchos lugares y lo admiraba mucho. Era un fotógrafo de la agencia Gamma de París que había hecho algunas de las mejores fotografías de guerra: no de batallas, pero sí de la agonía de los civiles. Había vuelto a Vietnam de mala gana; era el único empleado de Gamma con un visado válido en el pasaporte. Era delgado, pecoso y no utilizó mucho su equipo de combate, pero se arriesgó mucho más que la mayoría de nosotros. El día antes de partir, durante la cena dijo: "Hago fotografías de guerra por el simple hecho de que quiero que la gente no olvide lo horrible que es." Supe más tarde que le habían matado Dos aviones Hércules C-130 de la Base de las Fuerzas Aéreas Clark en Filipinas volaban por encima de Tan Son Nhut. Se les ordenó que no aterrizaran. Los exploradores enviados al perímetro del aeropuerto informaron que dos pelotones de Infantería del PAVN habían reforzado los zapadores del cementerio situado a un kilómetro y medio de distancia; un piloto de Vietnam del Sur había aterrizado en su avión de combate F-5 en la pista de aterrizaje y lo abandonó con el motor en marcha; y un jeep cargado del Ejército de Vietnam del Sur estaba entrando con su C-130 para despegar. "Hay alrededor de 3.000 civiles asustados", dijo el general Homer Smith en la VHF. "La situación parece estar fuera de control."

Graham Martin, solo en su oficina, miró el árbol talado y oyó a su jefe de emisiones de la CIA gritar: "¡Madera!" Cuando Kissinger telefoneó un rato más tarde, obedeciendo al deseo del presidente Ford de que el embajador norteamericano tomara la última decisión sobre la evacuación, él escuchó pacientemente al agotado y enfermo Graham Martin. A las 10:43 de la mañana, se dio la orden de "ir con la Opción Cuatro" (las otras opciones implicaban la evacuación por mar y por aire). Pero Martin creía que había tiempo suficiente para negociar un "acuerdo honorable".

A la 1:20 de la tarde se oyó una voz desconocida en el circuito del Centro Nacional del Comando Militar en Washington, ordenando a los helicópteros que no aterrizaran en Tan Son Nhut a las dos en punto, sino una hora más tarde. En medio de la confusión, sólo el helicóptero que iba delante y llevaba al general de la Brigada Marina, Richard Curry, recibió este mensaje, mientras que los otros 35 helicópteros siguieron sobrevolando el mar, perdiendo tiempo y luz del día. Nunca se confirmó la identidad de la voz que dio el mensaje.

El Caravelle se desocupó sin que el vigilante extraoficial de la junta TCN lo supiese. Nadie me lo dijo. Bing Crosby no canturreó en mi radio. Cuando aparecí por allí, las habitaciones parecían la *Marie Celeste*, con ropa, papeles y cepillos de dientes tirados por todas partes. En el primer piso, el ama de llaves estaba gritando: "Se ha ido todo el mundo. Es el final de la guerra, Dios mío Mi cajero, el hombre que está allí, dice que quiere pegarse un tiro. Gracias a Dios no tiene pistola. Por favor, ¿debo llorar o reír?"

Era una pregunta que me quería hacer a mí mismo. Corrí hacia mi habitación, recogí mi máquina de escribir, la radio y algunas notas, y lo puse todo en mi mochila; dejé todo lo demás. ¿Dónde había guardado el dinero? En el baño, encima de la cisterna, naturalmente. Llegaron dos mozos de habitaciones y vieron como estaba guardando mis cosas. "¿Ha pagado la cuenta, señor?" Dije que sí. "Pero no le darán su colada hasta esta noche, señor". Intenté no mirarlos. "Por favor.... guarden esto..., y todo lo que vean." Les di algunas piastras, sabiendo que estaba comprando su respeto ante mi descortés salida. Después de nueve años, no era forma de marcharse. Pero mi deseo de irme era demasiado fuerte y ya estaba harto de tanta guerra.

El ama de llaves francesa escondía la cara entre sus manos cuando pasé por detrás de ella. Yo debía dos noches, pero como ella había dicho que el cajero quería pegarse un tiro, no debía estar de muy buen humor para cobrar. Fuera, Lam Son Square estaba casi vacío, sólo quedaban unos pocos soldados del Ejército de Vietnam del Sur arrastrando los pies por la entrada Uno de ellos caminaba hacia Tu Do, gritándome; estaba borracho. Desenfundó el revólver, me apuntó y disparó. Mientras corría, la bala pasó por encima de mi cabeza.

Agitó la carta y la estrella de juguete de guardabosques texano delante del guardia de Marina que estaba gritando a la multitud.

—Hola ¿Dónde demonios está todo el mundo? —La voz pertenecía a mi viejo amigo George James, con quien había hecho mi aprendizaje como reportero en el *Sydney Daily Telegraph*, hacía 17 años. George era ahora director de televisión en la corporación de una emisora canadiense y él y su equipo habían regresado de filmar en Tan Son Nhut, y ahora deseaba irse igual que yo. Tenían un jeep que lo llevaba un chófer muy asustado

—Al número 35 de la calle Gia Long —le dijimos al chófer.

—¿Qué es esto, por favor? —dijo él.

—Esperamos que sea un edificio con un helicóptero en el tejado.

—Ya veo .., de acuerdo, os llevo si me dejáis ir con vosotros.

El jeep entró en un gran círculo y pronto nos dimos cuenta que si el número 35 de Gia Long existía, ya no habría nadie Le dijimos al chófer que nos llevara a la embajada norteamericana.

Había una multitud empujando la puerta de la embajada, algunos eran simples curiosos que había ido a mirar el Dunquerque aéreo de los norteamericanos, pero muchos se agarraban a las barras y suplicaban a los guardias de la infantería de marina que les dejaran entrar, y agitaban documentos sellados y cartas de oficiales norteamericanos Había un hombre viejo que llevaba una carta de un sargento que había sido el encargado del bar del club de oficiales de las Fuerzas Aéreas de Pleiku. Este hombre solía lavar los platos del club, y la carta que recibió del sargento, con fecha 5 de junio de 1967, decía: "Sr. Nha, el portador de esta carta, sirvió fielmente a la causa por la libertad de la República de Vietnam." El Sr. Nha también presentó una

DERECHA: *A medida que el Ejército norvietnamita y el Vietcong se aproximaban inexorablemente a Saigón, la evacuación en la embajada norteamericana se convertía en un caos.*

estrella de juguete de guardabosques texano que uno de los pilotos de Pleiku le había dado. Agitó la carta y la estrella de juguete delante del guardia de Marina que estaba gritando a la multitud "Por favor, no tengan miedo, ¡por favor!" Durante mucho más tiempo del que uno se podía acordar, a toda aquella gente que trabajaban para los norteamericanos se les había dicho que debían tener miedo de los comunistas; ahora, con los comunistas pisándoles los talones, les decían que no debían tener miedo.

Aquel hombre mayor intentó entrar por la abertura de la verja, pero el guardia de Marina que había estado diciendo que no debían tener miedo, le hizo caer al suelo de un empujón. Se levantó, intentó entrar de nuevo, pero otro guardia le agarró y le empujó hacia afuera con la culata de su fusil, lanzando después la chapa de los Rangers de Texas por encima de las cabezas de la muchedumbre. Mientras me abría paso por entre la multitud, empujando y utilizando mi fuerza para liberarme de la guerra, todo lo que sentía era vergüenza.

"Toda la gente que está hoy aquí con nosotros va a volar hacia la seguridad y la libertad. No se dejará a ninguno."

Dentro del recinto de la embajada, los marines y los cowboys estaban alrededor del tocón del gran árbol de tamarindo.

—Bueno, ¿vais a decirme qué vamos a hacer con este bastardo inmóvil? —dijo uno de los cowboys, utilizando su "walkie-talkie".

—Tómatelo con calma, Jed —le contestaron—; lo que debéis hacer es rebajar el nivel como mínimo 30 centímetros más, de forma que haya espacio suficiente para los rotores... Y, Jed, debéis barrer todas las virutas de madera, o si no, me apuesto algo a que penetrarán en los motores " Los marines y los cowboys continuaron impulsando las hachas hacia el tocón, pero con tal frustración e incompetencia que verlos talar el árbol se convirtió en un entretenimiento para todos los que estaban dentro y fuera de la verja, y también para los guardias franceses que estaban a la puerta de la embajada francesa.

—Ahora, quiero dejar esto muy claro —dijo el lugarteniente-coronel Harry Summers a través del altavoz, mientras sus palabras eran traducidas al vietnamita por el misionero norteamericano, Tom Stebbins— Todos vosotros vais a marchar de aquí. Voy a repetirlo. Toda la gente que está hoy aquí con nosotros va a volar hacia la seguridad y la libertad. No se dejará a ninguno. Me iré únicamente cuando se haya ido el último Y el embajador de los Estados Unidos me ha asegurado que se irá el último, después de vosotros y yo. Os doy mi solemne palabra."

El coronel Summers era uno de los oficiales que habían estado negociando con Hanoi sobre los prisioneros de guerra norteamericanos y los norteamericanos desaparecidos; cuando la realidad les sorprendió, se le ordenó supervisar la evacuación desde la embajada. Bajó de la caseta de refrescos, desde donde se había dirigido a la multitud, hasta el césped que había alrededor de la piscina, y dijo a la gente: "No os preocupéis; seguro que conseguís un trabajo en los Estados Unidos", como si se hubiese atrevido a recoger algo del poco honor de Norteamérica que quedaba en Vietnam. Se apreciaba fácilmente que era un hombre de honor y compasivo, cualidades desconocidas por muchos de aquellos a los que había dado su palabra.

En el idioma vietnamita, lleno de poesía e ironía, hay un dicho que dice: "Sólo cuando la casa se quema se ven las caras de las ratas". Oyendo las promesas del coronel Summers estaba el doctor Phan Quang Dan, primer ministro y responsable del bienestar y restablecimiento de los refugiados, que había hecho todo lo que había podido para explotar el "envío de huérfanos", un hombre visto por Washington y el embajador Martin como la personificación del verdadero espíritu nacionalista de Vietnam del Sur. Un anticomunista obsesionado que estaba haciendo constantemente discursos exhortando a sus compatriotas a permanecer allí y luchar, el doctor Phan Quang Dan iba acompañado de su rolliza esposa, sofocada bajo su abrigo de pieles, y de un pelotón de hombres llevando sus maletas sin dejarlas bajo ningún motivo.

También estaba allí la *beautiful people* de Saigón, incluyendo los jóvenes en edad militar cuyos acaudalados padres habían pagado grandes sobornos para que no tuvieran que ir al Ejército. A pesar de que estaban en la lista de soldados en alguna unidad, nunca tuvieron que cumplir con sus deberes, y sus oficiales se apropiaron muy probablemente de sus salarios. Se les llamaba "soldados fantasma" porque continuaban llevando la misma vida de siempre en Saigón: en los cafés, con sus Hondas, en la piscina del Centro Deportivo, mientras los hijos de los pobres peleaban y morían en Quang Tri, An Loc, Xuan Loc y todos los demás sitios.

—Soy yo..., déjenme pasar, por favor..., muchas gracias... Hola, ¡soy yo!

La voz estridente que provenía de detrás de la multitud que esperaba fuera de la verja era del lugarteniente-general Dang Van Quang, considerado por sus compatriotas y por muchos norteamericanos uno de los más grandes ricos acaparadores de Vietnam del Sur El guardia de Marina tenía una lista de gente

que podía dejar entrar, y en general Quang estaba en ella. Con gran cuidado, el guardia ayudó al general Quang, que era muy gordo, a pasar por encima de las barras de 4 metros de altura, y después, a recuperar sus tres bolsas. El general se sentía tan aliviado de estar dentro que se alejó, dejando a su hijo de 20 años intentando abrirse paso inútilmente entre la multitud Del bolsillo interior de la chaqueta del general sobresalían dos sobres llenos de dólares. Cuando alguien se lo indicó, los puso rápidamente dentro, y sonrió. El general Quang era conocido por los norteamericanos como "el Risitas" y el "General Gordo". La destitución por parte de Thieu del general Quang como comandante de las tropas del Ejército del Vietnam del Sur en el delta de Mekong, representó un golpe para él, debido a que tenía grandes intereses económicos en el Delta.

Entre los norteamericanos que se hallaban en el recinto de la embajada había un ambiente festivo Estaban en el césped, alrededor de la piscina, bebiendo champán con cubitos de hielo saqueado del restaurante de la embajada y se divertían bulliciosamente; un hombre con un sombrero occidental tiró champán sobre otro, y dos mecánicos de aviones, Frank y Elmer, cantaban alegremente una y otra vez *The Camp Town Races*:

*Nos vamos a ir a casa en pájaros de libertad,*
*Do da, do da,*
*Nos vamos a ir a casa en bolsas de plástico,*
*Oh do, da da.*

—Esto es a lo que hemos llegado después de 10 años —dijo Warren Parker casi llorando—. ¿Veis a aquel hombre de allí? Es un policía oficial nacional..., es decir, un torturador.

Warren Parker había sido hasta aquella mañana el cónsul de Estados Unidos en My Tho, en el Delta, donde yo le había encontrado hacía una semana. Era un hombre tranquilo, casi tímido, que se había pasado 10 años en el Vietnam intentando "aconsejar" a los vietnamitas y devanándose los sesos para entender por qué había muchos de ellos que parecían no querer sus consejos. Él y yo nos abrimos paso para entrar en el restaurante, al lado de la piscina, y oímos a un hombre que decía: "Que no entren vietnamitas aquí, no queremos vietnamitas", mientras nos apropiábamos de una botella helada de vino Taylos New York, muy suave y de color rosa. Como los vasos habían desaparecido, bebimos directamente de la botella. "Te voy a decir algo —dijo con su suave acento de Georgia—: si ha habido nunca algún momento para la verdad, para mí es hoy. Todos estos años he estado aquí trabajando para mi país y para este país, y hoy todo lo que veo es que hemos conseguido separar la gente buena de la escoria, y nos hemos quedado con la escoria."

El primer helicóptero para la evacuación había llegado a Tan Son Nhut y había un estuendro infernal entre la gente que esperaba en la bolera y el gimnasio. Habían saltado a la pista de aterrizaje cuando dos C-130 habían intentado aterrizar, y su pánico había acabado con cualquier esperanza de proceder a una evacuación ordenada mediante aviones convencionales. Muchos de ellos no saldrían, porque no habían suficientes asientos, y sus padrinos norteamericanos lo sabían. De modo que había hombres que se tuvieron que separar de sus prometidas y de sus familiares, con rapidez y sin ceremonias, incluso de las mujeres con las que habían vivido durante muchos años, algunos incluso

ABAJO: *Un helicópiero Jolly Green Giant se mantiene en estacionario sobre la piscina de la embajada de los Estados Unidos, rodeada por miles de refugiados que esperan, con la esperanza de poder salir de Saigón.*

de sus mujeres e hijos. Ahora, "los ojos redondos" quedaban solos

A las 3:15 de la tarde, Graham Martin salió a grandes zancadas del ascensor de la embajada, atravesó el vestíbulo y entró en el recinto Los grandes helicópteros, los Jolly Green Giants, todavía tenían que llegar y el tocón del tamarindo no estaba todavía lo suficiente corto, a pesar de los esfuerzos de los marines y los cowboys que talaban y serraban furiosamente El Cadillac de Martin le estaba esperando, y toda la plantilla de la embajada miraba sorprendida el Cadillac que se dirigía a la verja, ahora sitiada. El soldado de Marina que estaba en la verja no daba crédito a sus ojos. El Cadillac se paró, el soldado de Marina levantó los brazos al cielo y el Cadillac dio marcha atrás El embajador salió y dijo enfurecido al pasar por delante de los cowboys: "Voy a ir una vez más a mi residencia —exclamó—. Voy a andar libremente por esta ciudad. Me iré del Vietnam cuando el presidente me diga que me vaya." Salió de la embajada por una puerta lateral y, abriéndose paso entre la multitud. caminó cuatro manzanas hasta llegar a su casa. Al cabo de una hora y media, salió con su perro caniche, Nitnoy, y su sirviente vietnamita.

Del incinerador ondulante del techo de la embajada llovían billetes de 20, 50 y 100 dólares. La mayoría estaban chamuscados, otros no. Los vietnamitas no daban crédito a sus ojos.

La gente comenzaba ahora a sobrepasar el muro. Los marines, que tenían órdenes de no usar sus armas, habían estado despiertos toda la noche y estaban drogados con "speed" —metadrina—, la cual produce una enajenación durante 24 horas antes de que el cuerpo anhele dormir. Pero la metadrina también afecta a las terminaciones nerviosas, y algunos de los jóvenes marines comenzaban a mostrar los efectos. Mientras el primer helicóptero Chinook hacía un arriesgado aterrizaje, sus rotores golpeaban contra un árbol, y las ramas producían un sonido parecido al de un apistola "¡Abajo, abajo!", gritaba un cabo a la gente que estaba alineada y agachada junto al muro, esperando su turno para ser evacuada, hasta que un oficial salió y le calmó.

La capacidad del helicóptero era de 50 personas, pero despegó con 70. La destreza del piloto para elevarlo verticalmente a 200 pies de altura cortaba la respiración. Las balas silbaban al entrar en contacto con los rotores, y los documentos de la embajada hechos trizas se movían debido a la corriente de aire. De todas formas, no se rompieron todos los documentos y se dejaron algunos en el recinto de la embajada, dentro de bolsas de plástico. Yo tengo uno. Está fechado el 25 de mayo de 1969, y dice. "Alto secreto... Nota de John Paul Vann, contrario a la rebelión... 900 casas de la provincia de Chau Doc fueron destruidas por ataques aéreos norteamericanos sin evidencia de muerte de ningún enemigo .. La destrucción de esta aldea por parte de los aliados norteamericanos es un hecho que los supervivientes nunca olvidarán ni perdonarán. ."

Del incinerador ondulante del techo de la embajada llovían billetes de 20, 50 y 100 dólares. La mayoría de ellos estaban chamuscados, otros no. Los vietnamitas que esperaban cerca de la piscina no daban crédito a sus ojos; antiguos ministros, generales y torturadores recogían del cielo su recompensa, o mandaban a sus hijos a recuperar los billetes. Un oficial de la embajada dijo que se habían quemado más de 5 millones de dólares.

El rugido de los rotores inundó los sonidos del crepúsculo vespertino: el ruido de la artillería, los gritos de las mujeres intentando empujar a sus jóvenes hijos por encima del muro. Dos marines vieron a una adolescente intentando subir por las alambradas. Al principio no hicieron nada, después cuando ya resbalaba, uno de ellos cogió su fusil por la culata con una mano, y otro acercó su bota para que pudiera agarrarse. Pero cayó de espaldas, llorando, al tumulto. De una forma u otra, la mayor parte de una familia había conseguido pasar el muro: un hombre, su mujer, y su padre. Debían seguir sus hijos, pero el cañón de un M16 los hizo girar hacia el otro lado. La mujer suplicó a un marine que dejara pasar al resto de la familia, pero él no la escuchó.

Al menos 1.000 personas seguían en el interior de la embajada, esperando a ser evacuados, aunque la mayoría de las personalidades como "Risitas" Quang habían marchado en los primeros helicópteros; el resto esperaban pasivamente, como atontados. En el mismo interior de la embajada había champán haciendo espuma sobre pulidos escritorios, mientras parte del personal de la embajada intentaba sistemáticamente destrozar sus propias oficinas: rompiendo refrigeradores de agua, derramando botellas de licor escocés sobre las moquetas, arrancando fotos de la pared.

Desde el tercer piso, podía ver la embajada británica al otro lado de la calle La estaban saqueando tranquilamente. La "Union Jack" (bandera del Reino Unido), que había sido desplegada a lo largo de la entrada principal, tal vez para detener a los espíritus malignos, había sido rasgada y los saqueadores trabajaban prácticamente sin interferencias por parte de la policía. Esto me produjo una cierta satisfacción. Fue allí, unos días antes, que el embajador británico, un tipo elegante llamado John Bushell, había roto sus propios papeles y organizado su propia evacuación, sin llevarse con él a una docena de personas con pasaporte británico que estaban muy asustadas. Antes de marcharse, Mr Bushell dio una conferencia de prensa.

El aviso en clave por circuito cerrado significó que la invasión norteamericana de Indochina había acabado.

—Nosotros estamos evacuando por razones de seguridad —dijo él—. Nuestra principal responsabilidad es la seguridad de la comunidad británica de Saigón.

Le pregunté acerca de la gente que agitaba sus pasaportes británicos fuera de las rejas de la embajada británica. ¿Por qué no se les dejaba entrar también en el recinto?

—Mire usted —contestó—, nosotros pusimos suficientes avisos. Pusimos anuncios en los periódicos locales. El problema con esta gente, tal y como yo lo entiendo, es que no tienen las tasas al día, lo cual lleva 10 días, al igual que los visados de salida del gobierno vietnamita.

¿Visados de salida? ¿Tasas al día? Pero, ¿no era ésta una evacuación de emergencia y, tal como él acaba de decir, para salvar la vida?

FRANK SPOONER PICTURES

ARRIBA: *Las tropas del EVN, contentas y victoriosas con su bandera revolucionaria ondeando orgullosamente, atraviesan las verjas del Palacio Presidencial de Saigón.*

Pero aquel gobierno ya había seguramente dejado de existir y la situación era probablemente anárquica y peligrosa ¿No sería ésta la razón por la que se iba?

—Esto puede ser cierto —dijo el embajador—, pero nosotros les dimos a esta gente un tiempo razonable para que se hicieran los papeles y no se puede esperar de nosotros que les ayudemos ahora, que apenas queda tiempo... Mire, los norteamericanos seguramente recogerán a todos los hombres blancos extraviados

Pero "esa gente" eran hindúes y chinos. El embajador parecía turbado.

—Oh, usted se refiere a los de Hong Kong —dijo— Deberían haber hecho caso de nuestros avisos . , deberán trabajar duro, ¿no? —En aquel momento, se volvió hacia otro oficial británico, y dijo—: ¿Cuántos culies. . vietnamitas... dejamos? ¿Lo sabe usted?

El oficial contestó:

—¿Culies? Oh, unos 36 en total.

A las 6:15 de la tarde llegó mi turno para subir al Jolly Green Giant, que estaba descendiendo hacia la oscuridad del recinto. El encargado de carga paró de contar cuando llegó el número 60, la gente se encontraba amontonada. El helicóptero se inclinó, se elevó, bajó bruscamente, y después, ascendió como si estuviera cargado de rocas. Hacia estribor se oyeron unos disparos. Volamos bajo sobre el centro de la ciudad, sobre el palacio presidencial, donde el "Gran" Minh aguardaba su suerte, y sobre el Hotel Caravelle, al que le debía dos días. Después, a lo largo del río Saigón, el Rung Sat, y el "pantano de la muerte", que se extiende desde la ciudad hasta el mar. Los dos artilleros escudriñaron el terreno, tal como solían hacer, buscando a "Charlie". Algunos de nosotros teníamos en nuestras mentes el misil buscador de infrarojos que había derribado a otro helicóptero a primera hora. Se produjeron disparos alrededor nuestro, pero nos dejaron marchar; y cuando el Mar del Sur de la China apareció por debajo de nosotros, el piloto, con los ojos rojos de cansancio y tan joven que aún tenía acné, encendió un cigarrillo y ofreció a los que estaban a su lado En la parte trasera del helicóptero, algo nos recordaba lo que acabábamos de dejar: una mujer lloraba silenciosamente porque había dejado a su hija al otro lado del muro.

Llegó la medianoche en Saigón. El recinto de la embajada quedó iluminado por los faros de los coches de la embajada, y los Jolly Green Giants recogieron a 90 peronas cada uno. Martin Garrett, el jefe de seguridad, reunió a todos los norteamericanos que quedaban. Los vietnamitas que esperaban percibieron lo que estaba pasando y el coronel Summer fue una vez más a tranquilizarlos Fuera del muro, explotó una granada entre la multitud y un marine manifestó por su Walkie-Talkie: "Hay muchos heridos."

Eran las 2·30 de la madrugada del 30 de abril cuando Kissinger telefoneó a Martin y le dijo que finalizara la evacuación a las 3:45. Después de media hora, salió con un maletín, una maleta y las estrellas y los galones doblados dentro de un pequeño saco. Se encontró con Tom Polgar y George Jacobson en el ascensor y fueron en silencio al sexto piso, donde un helicóptero estaba esperando.

"La Sra. ACE 09 está en el aire con Código Dos." "El Código Dos" era para los embajadores norteamericanos. El aviso en clave por circuito cerrado significaba que la invasión norteamericana de Indochina había terminado. Mientras el helicóptero planeaba sobre la Autopista Uno, el embajador podía ver las luces de los camiones del Ejército Popular del Vietnam, esperando.

A las 5:20 de la mañana, Martin Garrett ordenó a todos aque-

llos que supervisaban la evacuación reunirse en el edificio de la embajada. El coronel Summers le recordó que había más de 500 vietnamitas "en peligro" esperando todavía a ser evacuados. Garrett repuso que los pilotos habían estado volando durante 14 horas y que el presidente había dicho que la evacuación debía finalizar. Mandó decir a los marines que esperaran por lo menos una hora, después que caminaran lenta y casualmente hacia el vestíbulo de la embajada, y cerraran la puerta que comunicaba con la caja de la escalera con llave. Así lo hicieron, y en ese momento, la gente se desperdigó a lo largo de la pared y más allá del tocón del gran árbol de tamarindo y de los coches de la embajada, con los motores en marcha y los faros encendidos, delimitando una zona de aterrizaje que ya no se iba a utilizar.

Los últimos marines subieron al tejado y lanzaron botes de gas lacrimógeno en la caja de la escalera. Se podía oír la rotura de cristales y los desesperados intentos por abrir las cajas de caudales rompiéndolas. Los marines estaban exhaustos y empezaban a sentir pánico; el último helicóptero aún tenía que llegar y ya hacía un buen rato que había amanecido. Lanzaron "mace", el gas que incapacita los músculos, por la caja de la escalera. El coronel Summers vio a gente esperando todavía en una larga y ordenada cola, creyendo aún que su turno de evacuación llegaría, ya que les habían dicho que no partirían sin ellos. Pero ahora se iba sin ellos, habiéndose enterado por casualidad de que el embajador se había ido tres horas antes. "Seré el último hombre en dejar la embajada", le había dicho Grahanm Martin en su oficina. "Tiene usted mi solemne palabra." Cuando aterrizó en el *Okinawa* en el Mar Meridional de China, el coronel Summers estaba, según me contó más tarde, "tan avergonzado que me hubiera echado a llorar. ., pero estaba muy furioso para llorar y demasiado cansado para gritar."

Tres horas más tarde, cuando el sol azotaba la expectante ciudad, los tanques, que enarbolaban los colores del NFL, entraron en el centro de Saigón. Sus alegres tripulaciones no se mostraron amenazantes, ni siquiera dispararon un solo tiro. Uno de ellos saltó del carro, extendió un mapa sobre éste y preguntó a los atónitos circunstantes: "Por favor, indíquenos dónde está el palacio presidencial. No conocemos Saigón, hace algún tiempo

que no venimos por aquí." Los tanques irrumpieron en la plaza Lam Son, a lo largo de Tu Do, más allá de la catedral, y aplastaron las ornamentadas rejas del palacio presidencial donde el "Gran" Minh y su gabinete estaban esperando para rendirse. Fuera, en las calles, botas y uniformes se apilaban ordenadamente donde los soldados del Ejército de Vietnam del Sur los habían abandonado y se habían mezclado con la multitud. No hubo ningún "baño de sangre". La guerra había terminado.

Dos días después, el primero de mayo de 1975, mi último vistazo sobre Vietnam fue desde la cubierta del portaaviones *Blue Ridge*, buque de mando de la VII Flota de los Estados Unidos. Era la clase de crepúsculo tropical de las películas de viajes de la función de tarde. Marineros, marines y pilotos paseaban indolentemente; los reporteros estaban abatidos como congresistas que van de camino a casa; Nitoy, el perro de lanas del embajador Martin, tomó su paseo vespertino entre los cazas F-5 y los "Jolly Green Giants", acompañado por el sirviente del embajador, que estaba por allí con una paleta de plástico; Tom Polgar, el último jefe de puesto de la CIA en Saigón, que había tenido a bordo una pelea con motivo de un escondrijo clandestino de whisky, miraba fijamente al horizonte como un buda. Los helicópteros que habían costado a los contribuyentes norteamericanos al menos medio millón de dólares cada uno, fueron lanzados sin ceremonias por la borda como pescado rechazado. Oficiales de la Fuerza Aérea survietnamita habían escapado en ellos. No tenían ningún fallo mecánico. Eran, como el mismo Vietnam del Sur, sencillamente, redundantes.

Para algunos no era momento de estar melancólicos. Alrededor de la cubierta marchaba un pelotón de alegres soldados que aceleraban el paso cada vez que su sargento les gritaba "¡Moved el culo, pandilla de niñatos!" Una banda de rock estaba ya preparada para las fiestas que se iban a celebrar por la noche, los jefes de cocina llegaban con cajas de Coca-cola, pero no traían nada de alcohol· los barcos de la Marina norteamericana son "abstemios". pregonaba con pesar por los altavoces el mismo almirante, hombre jovial y obeso con un gran parecido físico a Andy Davine, el actor norteamericano ya fallecido. "¡Bueno, chicos, esto ya se acaba, así que hagamos una fiesta y larguémonos de aquí, volvamos a la bahía de Subic y tomémonos una auténtica Budweiser!"

La voz del almirante, el bullicio que levantaba el pelotón, las notas discordantes de la banda de música y el ajetreo de los preparativos para el banquete casi no dejaban oír un insistente golpeteo que provenía de popa, como si alguien estuviera intentando llamarnos al orden.

"¡Que me parta un rayo si no son ellos!", exclamó un comandante asomándose por la borda. "¡Que me parta un rayo si no son los cerdos amarillos!"

Por lo menos cincuenta vietnamitas, de los cuales un tercio eran niños, se apiñaban en una lancha de desembarco destartalada; la mayoría eran familiares de soldados del Ejército de Vietnam del Sur. Durante todo aquel caluroso día un anciano estuvo golpeando el casco del portaviones con ollas y cacerolas atadas a un bichero mientras otro intentaba subir por una cuerda a cubierta, pero apenas si llegó a la barandilla.

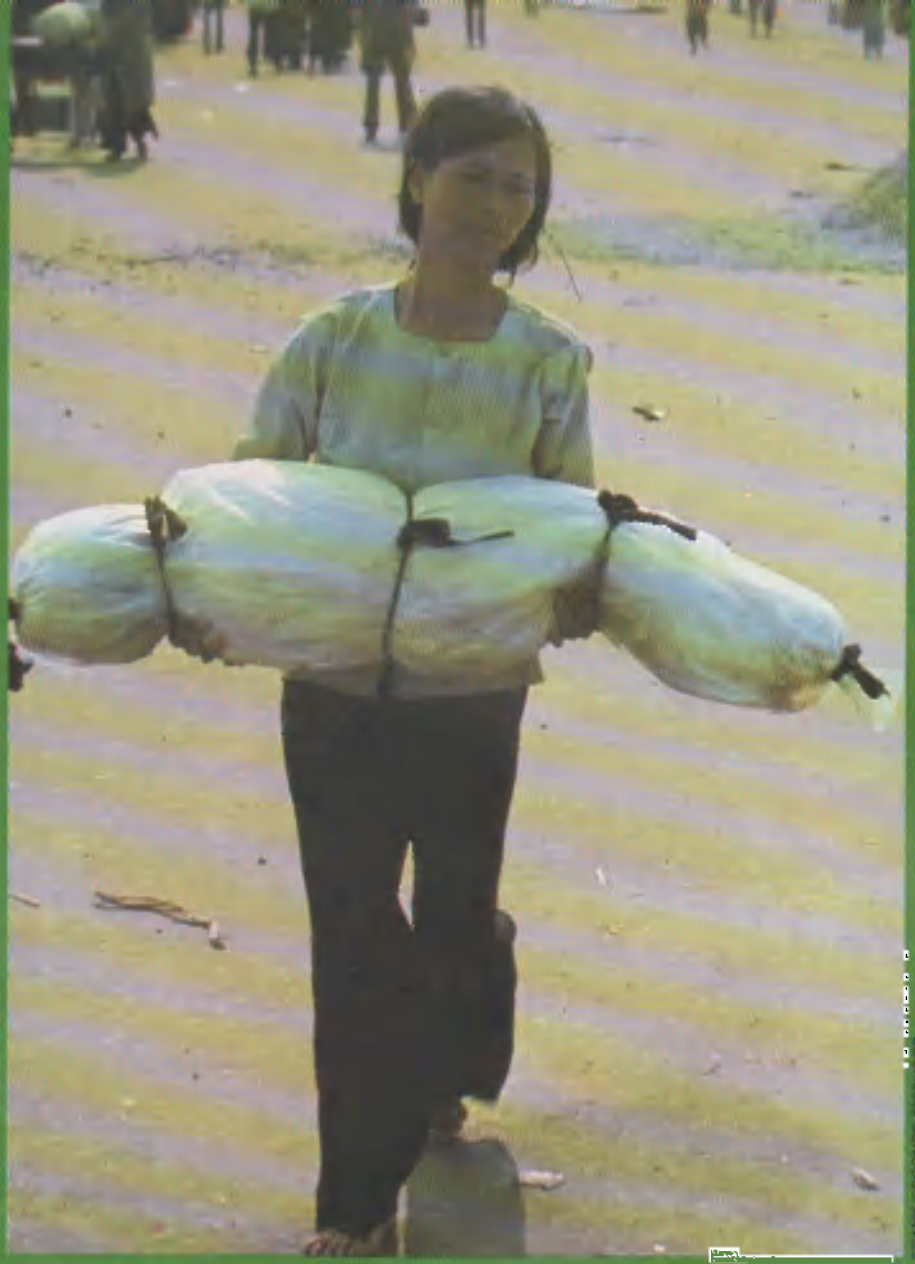
Mientras se devoraban los primeros bistecs y la banda de rock empezaba a tocar, el *Blue Ridge* puso en marcha los motores y empezó a avanzar, dejando atrás a aquella pobre gente que todavía suplicaba que se les dejara subir a bordo. Les tiramos una caja de Coca-cola, pero cayó al agua y se hundió. Nos habíamos asegurado de que se les proveyera con agua suficiente para cinco días y un mapa. Aunque sabíamos que su barcucha ya estaba naufragando y que no podrían llegar a ninguna parte, seguimos navegando. Nunca podré olvidar cuando, en un último intento desesperado, una mujer levantó en brazos a su pequeño como diciendo: "Al menos salvadlo a él", pero entonces resbaló y cayeron los dos al mar.

Escribimos un artículo sobre todo esto, pero pocos periódicos lo publicaron. Cuando por fin llegamos a Filipinas. donde pudimos utilizar el télex y bebernos una auténtica Budweiser, realmente Vietnam ya "había acabado".

Los medios de comunicación habían bombardeado tanto a la gente con noticias de esta guerra que ya se había perdido todo interés, sobre todo ahora que sólo seguían luchando los "cerdos amarillos".

IZQUIERDA· *No han estado en Saigón desde hace mucho tiempo y los soldados del NVA no están seguros del camino. Un civil los orienta.*

ARRIBA: *Un ejemplo de los estragos causados en el Norte por las bombas norteamericanas.* DERECHA: *Desastre añadido. Cuando Nha Trang cayó, unos 30 niños murieron pisoteados por los soldados del Ejército de Vietnam del Sur que intentaban llegar a los botes de evacuación.*



*Capítulo 3*

# EL PRECIO

*Hanoi, mayo de 1975.* Dos semanas después de que los norteamericanos evacuaran Saigon, volé a Moscú para coger un avión a Hanoi. En la sala de embarque, en Moscú, había tres vietnamitas, dos hombres y una mujer, envueltos en trapos como momias, para protegerse del frío. Les escoltaban unos oficiales soviéticos y se notaba claramente que entre los dos grupos había un cierto recelo e incomodidad. Aquella escena me era familiar. Sin las bufandas, los gruesos abrigos y los gorros de piel, aquellos rusos podrían haber sido norteamericanos. Incluso la actitud desenfadada de los pasajeros rusos que tomaron el avión y se dispusieron a pasarse todo el vuelo —que duraría hasta el amanecer— bebiendo, me hacía pensar en los norteamericanos que volaban a Saigón contentos como unas pascuas y con muchísimas ganas de llegar a aquel lugar, que para ellos era el mejor del mundo.

Yo había tenido que esperar seis años para poder realizar aquel viaje: seis interminables años de peticiones por escrito, recepciones en las embajadas y engorrosos cumplidos que pusieron a prueba mi paciencia. Seis años durante los cuales yo había sido corresponsal de guerra desde el otro lado del paralelo 17, donde se había estado presentando con gran éxito la farsa macabra. En el Vietnam de Ho Chi Minh, la farsa se representaba para los forasteros que decían que eran guardianes o amigos de la fe y para los periodistas disidentes como Wilfred Burchett (australiano) y James Cameron (británico). Ho y sus compinches decidieron resistir un bombardeo mayor que el que habían sufrido Alemania, Gran Bretaña y Francia juntas, sin que se enterara el resto del mundo. Tenían periodistas cubriendo el frente, pero no eran corresponsales en el sentido que ese término tiene en Occidente. Eran unos maestros en inventar leyendas y cultivar mitos, como el del "Tío Ho", que mostraba una imagen beatífica de su líder. Esos vietnamitas del río Rojo eran tan confucianistas como comunistas, puristas y reservados. Dejaron que una parte importante de su historia la contaran otros. Incluso hoy en día lo que intentan hacer creer al mundo es invariablemente mejor que su propaganda. Podríamos hacer una interesante comparación con las campañas británicas de propaganda durante la guerra. En 1940 y 1941 el Ministerio de Información divulgó en los Estados Unidos un dramático documental de la RAF luchando en la Batalla de Inglaterra. El mensaje estaba claro: en esa ocasión los ingleses estaban solos, como David ante Goliat. En manifiesto contraste con este reportaje está un notorio documental del bombardeo norteamericano sobre Hanoi en las Navidades de 1972, que filmó un cámara vietnamita alumbrándose con el fuego de los edificios en llamas y en el cual se apreciaba claramente como las bombas caían de los B-52. Esta película no fue muy divulgada fuera de Hanoi y, que yo sepa, nunca se ha visto en Occidente. Cuando pregunté la razón, me contestaron que "no era para los cines sino para la historia".

Al lado de la pista de aterrizaje, en Hanoi, había un impresionante cartel con las palabras "Dai Thang", situado al borde del cráter de una bomba, que era tan profundo que contaba con escaleras para descender a su interior. *Dai Thang* significa "Gran Victoria", y "Bienvenidos a la Gran Victoria" es un saludo que entró a formar parte del lenguaje oficial el 30 de abril de 1975. Este saludo, sin embargo, empezó a perder popularidad a medida que las calamidades de la posguerra hacían olvidar aquel día de júbilo general cuando, después de una brevísima declaración de armisticio, la ciudad de Hanoi en peso se echó a la calle para festejar el fin de una guerra que había durado 30 años. Ese cráter era uno de los pocos indicios que recordaba que ese pueblo había sido el vencedor en una lucha entre dos grandes imperios. En general, al llegar al Norte, se tenía la sensación de haber ido a parar en medio de los últimos restos de una debacle tan desastrosa como desconocida. En el Sur, de-

bido a la saturación de los medios de comunicación causada por la guerra, sólo nos habíamos enterado de la mitad de las cosas que pasaban en el Norte. En realidad yo nunca fui muy consciente de lo que había sucedido en el Norte.

El Vietnam del Norte se me antojó un paisaje lunar del cual se habían borrado todos los signos visibles de vida: casas, fábricas, escuelas, hospitales, pagodas, iglesias. Incluso en algunos bosques no había ni animales. Había conductores de camión que no oían las bocinas porque habían quedado sordos por los incesantes estallidos de las bombas El viceministro de salud me dijo que en Hanoi y Haifong, durante el bombardeo de las Navidades de 1972, 30.000 niños habían quedado sordos.

Pero en el fondo había algo intangible en el ambiente, que nos impresionó a todos los que pudimos ver el Norte Era la certeza de que las gentes de allí no se habían impuesto al enemigo en calidad de prusianos orientales y convencidos por una ideología, sino que lo habían hecho como lo que eran, unos campesinos con una ingenuidad y una humildad rayando los límites humanos, que se sentían unidos por un sentimiento común de nación e historia. Por encima de todo había esa presencia extraordinaria de su historia —o de mito nacional, llámenlo como quieran—, durante la cual habían repelido y absorbido invasores procedentes del norte, del este y del oeste, que les habían tenido subyugados Y eso es aplicable todavía en la actualidad

Una de las anécdotas más conmovedoras la oí de boca de un francés que estaba en Hanoi durante el bombardeo de 1972. "Me refugié en el museo", me dijo. "Y allí, trabajando a la luz de velas y con los B-52 prácticamente encima de sus cabezas, había chicos y chicas que se esforzaban en copiar todos los bronces y estatuas que podían. Me dijeron: 'Si se destruyen los originales, permanecerán estas copias y así nuestras raíces quedarán protegidas' "En el zoo de Hanoi había una jaula con los restos de un B-52 abatido durante las Navidades de 1972. Al lado de la jaula había un típico cartel de zoo con un mapa de los Estados Unidos y la inscripción "Animal muy feroz". Los niños, metiendo sus cabezas por entre los barrotes, gritaban a coro "Beefeetytoo" y se burlaban haciendo gruñidos. En este caso no se privaron de nada, y menos aún del poder de la ironía.

Treinta años de guerra habían exterminado los automóviles y los taxis. Y las bicicletas habían convertido Hanoi en una ciudad silenciosa.

Pero, en el fondo, todo eso no parecía real, porque Hanoi no era otra cosa que un reducto perdido de pobreza controlada. No había mendigos, por la calle no te importunaban soldados mutilados, no había niñas prostitutas, ni orfanatos hediondos, como en Saigon. Pero, en cambio, si tirabas al suelo un palo de chupa-chups podías estar seguro de que alguna de las personas que pululaban por la calle correría a recogerlo, lo lavaría, lo enderezaría y le daría algún uso. así era como sobrevivían.

Treinta años de guerra habían exterminado los automóviles privados y los taxis. Y las bicicletas habían convertido Hanoi en una ciudad silenciosa. La bicicleta más famosa se encontraba en un rincón del museo. Con su ayuda habían llegado a Dien Bien Phu —de donde los franceses serían finalmente expulsados de Indochina— paquetes de provisiones que pesaban 300 kilos desde distancias que a veces eran de 500 millas. En Hanoi un taller de reparación de bicicletas tiene la misma importancia que un pub en Londres. Es el lugar donde las gentes se reúnen, charlan y pasan el rato. Y esas gentes viven en unas calles organizadas como en la Edad Media, por oficios Hay calles donde se trabaja el marfil, el cobre y el cuero En otras están los hojalateros o los carpinteros especializados en ataúdes. Precisamente esas callejas —y no el centro de calles anchas edificado por los franceses— fueron el blanco principal de los B-52 y sobre ellas se lanzaron ininterrumpidamente y con gran precisión auténticas "alfombras" de bombas.

Una tarde fui a pasear por la calle Kham Thiem, donde a las 10 horas y 10 minutos de la noche del 26 de diciembre de 1972 las bombas destruyeron una de cada tres casas. Y desde entonces una figura vieja y manchada de nicotina hace guardia en uno de los socavones. Se llama Hoang Van Dung y fue el único superviviente del bombardeo de su bloque de pisos, en el cual murieron 238 personas. "Casi todos éramos viejos, mujeres y niños. No tuvimos tiempo de llegar al refugio", me dijo. Después me preguntó: "¿Es usted ruso? ¿Alemán?" Yo me pre-

IZQUIERDA: *Una calle de Hanoi, ciudad en donde reina la bicicleta.*
ABAJO: *Hoang Van Dung, el único superviviente de un bloque de pisos destruidos por un bombardeo de B-52.*

guntaba qué iba a decir aquel hombre si le respondía que era norteamericano. Pero entonces el pequeño grupo de gente que me había seguido se acercó más para oír la respuesta. "Si es norteamericano —dijo—, debo pedirle que informe a sus presidentes que antes de que nos vuelvan a bombardear deberían recordar que un junco puede hacer dos cosas: o doblarse o robustecerse. Algunos de los nuestros murieron, pero nunca nos doblamos. Y otra cosa: sus presidentes no deberían olvidar lo de las canciones. Cantamos durante toda la noche Todos los niños y también yo con esta voz tan horrible de viejo. Con las canciones no se oye el ruido de las bombas." Y como si eso hubiera sido una señal, toda la gente se puso a cantar. El viejo estrechó mi mano y después otras personas hicieron lo mismo

En Hongai, una capital de provincia situada a 40 millas de Hanoi, en el golfo de Tonkín, el doctor Luu Van Hoat afirmaba que posiblemente un 10 por ciento de la población infantil estaba sorda. "Los aviones venían aquí desde los barcos a las siete de la mañana y nos bombardeaban hasta entrada la noche —me dijo—. Era como si alguien tocara un enorme tambor dentro de nuestras cabezas "

Estábamos en la terraza del hospital que ofrecía una impresionante vista sobre Hongai, que es una ciudad de pescadores y mineros del carbón a orillas de la hermosa bahía de Ha Long. Durante tres días, en julio de 1972, los cazabombarderos norteamericanos hicieron 52 incursiones contra Hongai. Este hecho está considerado como una especie de récord. El doctor Philip Harvey, del St. Stephen's Hospital de Londres, que había venido a Hongai conmigo, era uno de los pocos extranjeros que había podido presenciar los hechos. Pertenecía a una organización británica llamada Ayuda Médica para Vietnam, que estuvo suministrando medicamentos y material sanitario de vital importancia a Hanoi durante la guerra, cuando la mayor parte de la ayuda humanitaria de Occidente iba solamente dirigida al Sur. Los esfuerzos de la secretaria de Ayuda Médica, la doctora Joan McMichael, llevaron a la fundación de un hospital británico en Ky Anh, cerca de la antigua división entre Vietnam del Sur y Vietnam del Norte. Para los vietnamitas, Joan McMichael, que acaba de cumplir 80 años, es una verdadera heroína.

"Muchas personas, entre las cuales me hallaba yo, fuimos evacuadas a las cuevas —me dijo el doctor Harvey—, pero parecía que aquellos pilotos quisieran pulverizar las ruinas. Utilizaban un nuevo tipo de bomba pequeña, del tamaño de un pomelo, que explotaba en miles de fragmentos."

En la escuela de Hongai, que había sido alcanzada por las bombas, encontré una carta clavada en la pared de un aula. La había escrito una niña llamada Nguyen Thi An. "Durante aquellos días los niños se escribían muchas cartas para ellos", me dijo un maestro.

"Me llamo Nguyen Thi An. Tengo 15 años. Esta carta os llega desde Hongai, donde yo nací al pie de la montaña de la bahía de Bai Tho mientras las olas murmuraban y batían contra la orilla. Ya he terminado el séptimo curso en la escuela Cao Thang. Hacía un día magnífico, con mucho sol y mi madre me acababa de decir que pusiera la mesa. Mi padre ya había vuelto del trabajo. Me acuerdo de que entonces oí la sirena de alarma aérea y corrí a un refugio cercano. Allí oí los motores de los aviones y después las explosiones. Cuando la sirena cesó, yo salí. Mi padre y mi madre estaban tendidos en el suelo; mi hermano, Nguyen Si Quan, y mi hermana, Nguyen Thi Binhy, estaban cubiertos de sangre. Mi hermana tenía clavados trozos de metal y su muñeca también No paraba de gritar. '¿Dónde están papá y mamá? ¿Dónde está mi muñeca?' Mi calle, que se llamaba Ha Long, está destruida por completo. Las casas no tie-

PÁGINAS ANTERIORES: *Los restos de un B-52 descansan en una jaula en el zoo de Hanoi.* ABAJO: *El legado de la guerra química: las consecuencias del uso del Agente Naranja.*

REX FEATURES

nen techo; la escuela y el Club de los Pioneros quedaron arrasados. Esto es todo."

La calle donde vivía la familia Nguyen fue alcanzada por unas bombas que lanzaban dardos Los dardos entraron en el cuerpo de Binh, la hermana de Thi An, y se movieron por dentro de él durante algunos días causándole lesiones internas debido a las cuales murió, después de una dolorosa agonía. Los dardos eran de un tipo de plástico muy difícil de detectar con los rayos X. Se probaron por primera vez en Hongai.

El bombardeo de Hongai fue uno de los más intensos y concentrados de la historia. La prensa mundial, por aquel entonces, apenas habló de ello y cuando Vietnam del Norte hizo pública su descripción del bombardeo, se la tildó de demagógica por estar redactada en términos tendenciosos. Cuando yo visité Hongai, dos años y medio más tarde, la mayor parte de la ciudad estaba todavía cubierta de escombros, como una Pompeia de la guerra. Dos escuelas, un parvulario, una guardería, una clínica y un mercado eran solamente montañas de cascotes Un bloque de pisos para mineros había sido demolido por los impactos de los cañones; las columnas corintias del Club de Mineros parecían cerillas rotas y el resto del edificio era un montón de escombros. De la iglesia católica de St. Mary, situada en la ladera de una colina, sólo quedaban el altar y el campanario. Le había caído una bomba exactamente encima. Las otras iglesias también habían sido destruidas. En los callejones, muchos de los cuales estaban todavía llenos de ladrillos y cascotes, había las inevitables pancartas, húmedas a causa de la llovizna monzónica. Una de ellas decía. "El ser humano es imperecedero". Esas palabras las vería escritas y las oiría repetidas veces.

Muchos pueblos organizaron sus propios museos de restos de las fuerzas aéreas norteamericanas: un casco de piloto, una bota, un cómic de Batman...

Había lugares como ésos a lo largo de la Ruta 1 —en dirección sur—, que había sido bautizada con el nombre de "la calle sin alegría" por los pilotos norteamericanos que la bombardearon y por aquellos que dependían de los convoyes que pasaban por ella. Aquí no había misiles tierra-aire, sólo grupos de milicianos locales que creaban verdaderas cortinas con pequeñas armas de fuego cuando los F-105 y los Phantoms se acercaban a 200 pies. Cuando los aviones ya se habían marchado, grupos pequeños formados principalmente por mujeres y niños ponían los pontones en su puesto, en el agua, para que los camiones pudieran pasar. Después, antes del amanecerr, los desmantelaban y los volvían a esconder por los caminos. Muchos pueblos organizaron sus propios museos de restos de las fuerzas aéreas norteamericanas: un casco de piloto, una bota, un cómic de Batman... En la ladera de la colina, en Dong Loc, que fue bombardeado hasta convertirlo en un paisaje anterior a la Edad de Piedra o todavía peor, dejando cráteres que se convirtieron en pantanos, estaban las tumbas de toda la milicia antiaérea. Todas ellas eran de chicas jóvenes... Vo Thi Than, 22 años, Duong Thi Than, 19 años... Dong Loc y un lugar que se llamaba Ham Long deberían ser tan famosos como Dresden, porque fueron bombardeados muchas más veces que la ciudad alemana: durante cuatro años, cada semana e incluso cada día, de las cinco de la mañana a las dos de la tarde.

Durante esta horrible carnicería, la vida se conservó de maneras sorprendentes. Lo que ahora parecen excavaciones arqueológicas eran hospitales subterráneos: habitaciones, quirófanos, salas de parto. En Vietnam del Norte cada pueblo tenía su guardería y cuando aparecían los aviones desde el mar, los niños eran bajados en unas cestas acolchadas, con un sistema de poleas y cuerdas, en grupos de cuatro, hasta unos profundos refugios que tenían debajo de las camas. Y en cada clase, al lado de cada uno de los pupitres, había una trampa en el suelo.

En cuestión de segundos, una clase de 50 niños podía desaparecer de la vista. De esa forma se redujo el número de víctimas fuera de los núcleos urbanos. Tradicionalmente, en Asia, los más jóvenes de la familia son los que cuidan los búfalos de agua, y como los animales de tiro significan la vida para estas gentes, los búfalos se convirtieron en un blanco muy apreciado para los pilotos norteamericanos que se divertían matándolos al anochecer, antes de regresar a la base. Actualmente, en los recodos de los caminos hay muchas tumbas de esos pequeños guardianes.

En Vinh, una ciudad minera, los incesantes bombardeos dañaron incluso el subsuelo y destruyeron los cimientos de los edificios. Vinhy está rodeada de colinas y a mí me recordó la escalofriante foto de Hiroshima tomada el día del primer aniversario del lanzamiento de la bomba atómica. En 1975 las gentes vivían en chozas de paja y a lo largo de las calles rodeadas de barracas pasaban interminables convoyes, procedentes del Sur. Esos convoyes traían de regreso a casa a jóvenes soldados colgados alegremente de los lados de los camiones, que nos saludaban a nuestro paso Se llevaban a casa transistores y cigarrillos Marlboro recién adquiridos en el mercado negro de Saigón y Da Nang.

★ ★ ★

Tres años después, en mayo de 1978. volví a pasar por la Ruta 1 y esa vez nadie mencionó la "gran victoria". Inundaciones, dos años de cosechas desastrosas y la unión forzada de dos economías diferentes. la del Norte y la del Sur, había llevado la distribución de alimentos al caos. Los habitantes de Vinh, que todavía vivían en chozas de paja, recibían raciones de seis libras de arroz por persona y mes y estaban al borde del hambre. El día en que regresé a Vinh un convoy militar recorría sus calles. Pero en esa ocasión los soldados que iban en los camiones no mostraban los semblantes felices de los que regresan a casa; eran tropas que se dirigían a la frontera con Camboya, a otra guerra.

Yo no había vuelto a ir al Sur desde la evacuación norteamericana. El viejo Vietnam del Sur empezaba en Quang Tri, en el paralelo 17, donde las colinas, antes coronadas con "bases de fuego" norteamericanas, parecían volcanes extinguidos en miniatura. Como me ocurrió después con otros lugares del Sur que había conocido durante la guerra, me costó mucho reconocerlo. No había nada que indicara que aquélla hubiese sido la "Zona Desmilitarizada" que durante cinco años había estado abarrotada con miles de marines de los Estados Unidos, muchos de los cuales dejaron allí sus vidas. Ahora no había ni una sola tumba, ningún casco ni tampoco ninguna bota, como si lo que ocurrió nunca hubiera sucedido.

Las tumbas empezaban un par de millas después de las colinas. No eran tumbas norteamericanas; en Vietnam no hay ninguna Ni siquiera tumbas con restos humanos. Al final de la guerra, el gobierno de Hanoi dio prioridad a una operación de imagen sin precedentes por su alcance y objetivos. En Vietnam

del Sur existen hoy en día cientos de cementerios militares que no existían en 1975. Son cementerios falsos. Fueron prefabricados en el Norte y transportados a los campos de batalla en los cuales el EVN había perdido muchos hombres. Cada lápida llevaba el nombre de uno de los soldados que había muerto allí, pero la tumba estaba vacía. El Ejército de Vietnam del Norte recogía a sus muertos con meticulosidad, incluso disponía de unidades especiales destinadas a esta tarea, para que los Bo Dai ("Soldados de la Liberación") pudiesen ser enterrados con todos los honores en el Norte

En Hue, la antigua capital imperial por la cual el Ejército norvietnamita y los norteamericanos se batieron durante 36 días y 36 noches, durante la ofensiva del Tet de 1968, el guía que yo llevaba se negó a pasear conmigo por la ciudadela. Dijo que cruzaría el foso pero que no entraría en el jardín. Era un hombre tolerante y melancólico llamado Do Tuan That. Había luchado allí como lugarteniente del EVN y le parecía un milagro haber sobrevivido. Tenía unas cicatrices terribles por todas partes y muchas marcas de metralla. No era muy difícil entender su actitud. Parecía que un ejército de langostas asesinas se hubiera abatido sobre la ciudadela y se hubiera ensañado con cada uno de los árboles. Incluso las paredes parecían "carcomidas" Una terraza natural, donde estaban bajo tierra las tropas de primera línea del EVN, se ha resistido a todos los intentos de repoblación forestal y se considera un lugar envenenado a perpetuidad.

Yo tomé una habitación en un hotel que estaba justo enfrente de la ciudadela, al otro lado del río Perfume. El hotel lo construyeron el 1962 para alojar a los primeros consejeros norteamericanos del gobierno de Ngo Dinh Diem. El gran bar de paredes tapizadas ahora era frecuentado por unos pocos militares y sobre todo por rusos, alemanes del este y cubanos que, sin saberlo, utilizaban para describir a sus anfitriones el mismo vocabulario irónico que los norteamericanos habían usado antes. Un tecnócrata ruso que conocí incluso ofrecía el mismo aspecto que sus predecesores norteamericanos: pelo cortado al cero, chaqueta estilo safari hecha a medida, zapatos de charol y un elegante maletín Samsonite. No usó la palabra "gooks", pero sus sentimientos quedaban claros.

"Esa gente —decía— *me pone enfermo*; son perezosos, sucios, incompetentes, desagradecidos y no te hacen ningún caso cuando les dices cómo deben organizarse. ¡Y los controles! Tienen gente espiándonos por todas partes, diciéndonos cómo hacer esto y aquello. No tienen remedio. Fíjese en mi posición: estoy aquí para ayudarlos, pero lo único que hacen es sospechar de todo, me limitan los movimentos. No puedo más con ellos..., ¡aaah!" Un cubano que estaba sentado a su lado estuvo de acuerdo con esta dura crítica. "Son imposibles —dijo—. No dejan que les digas nada." Todo eso resultaba muy interesante. Estaba claro que Vietnam había tenido que luchar siempre por su independencia y que sus aliados todavía no se habían dado cuenta de ello, cosa que sí habían hecho —lo aprendieron a la fuerza— sus adversarios; y que la pasión vietnamita por la independencia, junto con un miedo cerval a la subyugación —a través de guerras o de ayudas—, trascendía el "fraternalismo". Una docena de millas al oeste de Da Nang, donde en 1965 los marines norteamericanos habían estado bombardeando la costa al estilo de Hollywood y en donde se había refugiado una gran multitud de vidas desgarradas que huían de las "zonas libres de fuego", volvía a encontrar una profunda amargura. En un campo de arroz que había al lado de la carretera un grupo de soldados

ABAJO: *Turistas procedentes de la Unión Soviética descansan en una playa del Vietnam moderno. Sin embargo, como los norteamericanos que les precedieron, no saben comprender este país ni sus costumbres.*

REX FEATURES

vencidos se movía arando la tierra en medio del fango. La mayoría eran de "la generación de América", como decía un amigo vietnamita. Sabían mucho de batallas, de la vida en la calle, de helicópteros y de coca-colas, pero no les habían preparado para afrontar la dura vida cotidiana que siempre habían llevado sus padres Tres años antes eran miembros del Ejército de Vietnam del Sur, que había sido creado por los norteamericanos y se había convertido en la cuarta fuerza militar del mundo Durante casi toda la guerra al Ejército de Vietnam del Sur se le tachó de incompetente, corrupto e incluso de cobarde. Los soldados, naturalmente, eran vietnamitas como los que llevaban pijamas negros, de los cuales los norteamericanos lo mejor que llegaron a pensar fue que eran unos incompetentes y unos cobardes. Los altos mandos estadounidenses decían que a sus aliados del Ejército de Vietnam del Sur "les faltaba motivación", sin llegar a darse cuenta de las implicaciones reales de esta afirmación, que era una gran verdad. Y cuando los norteamericanos retiraron su ejército de tierra en 1973, se inventaron la "vietnamización", que significaba que podían seguir haciendo la guerra sin dar ni una gota más de su sangre: el tan despreciado Ejército de Vietnam del Sur daría la suya. Los soldados de Vietnam del Sur, chuleando con sus transportes blindados, con su mala formación y guiados por superiores más preocupados por sus negocios mafiosos que por otra cosa, eran, sin tener ninguna culpa de ello, una panda de inútiles. Durante el último año de la guerra, en el inmenso cementerio que había al lado de la carretera entre Saigón y Bien hoa, se cavaba una tumba cada 15 minutos.

Ahora en ese arrozal los supervivientes, abandonados por aquellos para cuya causa habían sido obligados a luchar, trabajaban sin ninguna alegría para crear una "Nueva Zona Económica". Esas zonas tenían un doble propósito; producir alimentos y "reeducar" a soldados y antiguos servidores del régimen de Saigón, vagabundos y demás descolgados. Cuando les miré las caras, todos menos uno se dieron la vuelta. El que todavía me miraba, se cercioró de que el vigilante no le observaba y dijo, levantando un dedo: "¡Vete a la mierda!" y "¡Número 10!"

Hasta al cabo de un rato no me di cuenta de dónde estaba. Allí cerca había el pueblo de Tuylon, donde, hacía más de 10 años, yo había acampado con la unidad WHAM del sargento Melvin Murrel y había observado cómo los atemorizados campesinos recibían paquetes de arroz del Tío Ben, comics, globos hinchables y 7000 cepillos de dientes en agradecimiento por su "protección". WHAM significaba "Winning Hearts and Minds" (Ganando almas y corazones), o lo que es lo mismo, "rehabilitación". Eran dos versiones de un mismo juego.

Era difícil saber con exactitud quiénes habían sido enviados al campo para ser "reeducados" y cuándo podrían volver a sus casas. Una chica que conocí en Saigón me dijo que a su padre, un cirujano del Ejército, se lo habían llevado unos días después de la toma de Saigón y que la familia no había vuelto a saber de él. Las muchas peticiones que hicieron para que les confirmaran que seguía vivo nunca recibieron respuesta. Sin embargo su cuñado, que era arquitecto, había regresado después de dos años de reeducación, más delgado pero en buen estado, y le habían permitido volver a ejercer su profesión. La chica contó que su cuñado había sabido seguir el juego de la rehabilitación; no se había quejado nunca y había inventado unas cuantas "confesiones" sobre antiguas veleidades políticas. Al cabo de un tiempo permitieron a la familia que le escribiera una carta cada dos meses. Les dieron un número y un código postal. Ellos, en

REX FEATURES

ARRIBA: *Una escena que no ha cambiado en casi 40 años En un cementerio de Saigón, los vietnamitas entierran a sus muertos, esta vez víctimas de la guerra con Camboya*

sus cartas, siempre incluían algunas palabras de elogio sobre la gran sabiduría de Ho Chi Minh porque creían que ello reduciría la pena que el cuñado debía cumplir. A su regreso éste les describió las duras jornadas de 10 horas de trabajo desbrozando el terreno cerca de la frontera con Camboya. Les daban poca comida: tortas de arroz y forraje para animales Dormían en barracones que él mismo había ayudado a construir. No los trataban muy mal, pero los suicidios entre los más viejos eran bastante comunes y había muchos enfermos de disentería y malaria, que no recibían ninguna asistencia médica.

La razón de existir de estas zonas no era únicamente política o punitiva. La situación alimentaria era crítica: los indicios de hambre que yo había visto en Vinh, en el Norte, empezaban a amenazar una gran parte del país. Aproximadamente, la superficie cultivable actualmente en Vietnam es la misma de hace 4.000 años; pero la población ha aumentado hasta 50 millones de habitantes, a los cuales cada año se añaden un millón y medio de bocas más. Durante los años de la guerra el Vietnam del Norte subsistió como los monjes trapenses, practicando la abstinencia, mientras que el Sur, el antiguo "bol de arroz", sufrió un éxodo hacia las ciudades y era alimentado, de manera intravenosa, por los estadounidenses. Antes de 1975 Vietnam del

Sur era el país del mundo que más ayuda alimentaria norteamericana había recibido. Pero esto cambió el 30 de abril de 1975, cuando los Estados Unidos firmaron un tratado con el enemigo que comprendía todo Vietnam, tanto la zona enemiga como la aliada. Desde entonces ya no llegó más ayuda exterior para compensar la producción de alimentos perdida durante la guerra. Aquellos que no tenían acceso directo a los productos de la tierra o al mercado negro, se encontraron en una situación desesperada. Pequeños industriales que habían ido a la bancarrota se prestaban "voluntarios" para ir a las Nuevas Zonas Económicas. No tenían otro remedio que implorar pobreza a las autoridades, que les dirigían a los convoyes de camiones que partían hacia el campo cada mañana antes del amanecer.

En Saigón asistí a una "tarde de cultura revolucionaria" en el antiguo edificio de la Asamblea Nacional. Las actuaciones de los grupos de música y baile eran monotemáticas y nada tenían que ver con lo que había sucedido en realidad. La entrada triunfal en la ciudad de los soldados que habían luchado por la liberación estaba idealizada. En un entreacto un chico que había a mi lado me preguntó, en un susurro: "¿Le gusta nuestro teatro revolucionario?" "Si", respondí yo educadamente. "Pues me alegro, señor —dijo él—, porque esos actores son los únicos vietcong que va a ver."

Cada vez que yo preguntaba: "¿Qué ha pasado con el Frente de Liberación Nacional (el Vietcong)?", la respuesta era: "Están en puestos de responsabilidad" o más directamente: "Muchos de ellos murieron luchando por la liberación." Era imposible saber cuántos de los antiguos revolucionarios tenían cargos importantes en el Sur, pero era evidente que su número había disminuido considerablemente. Según un informe, en Saigón los miembros del partido se habían reducido a 400 al final de la guerra, mientras que en 1954, cuando la ciudad tenía la mitad de habitantes, había 3000. El Programa Fénix, de los norteamericanos, que supuso el asesinato de cientos de cuadros del Vietcong, había sido un éxito. Si ahora el Sur está gobernado por gente del Norte es porque los años de dominio americano sobre un Sur que solamente se defendía de los invasores contribuyó a ello.

> La mayoría de los árboles eran sólo unas agujas negruzcas que se mantenían en pie gracias a las fuertes enredaderas que los sujetaban.

Un antiguo miembro del Vietcong me llevó a un lugar sobre el cual yo había oído muchas cosas durante la guerra; incluso me habían dicho que en realidad no existía. Era la zona central de estacionamiento de tropas del Vietcong, en Cu Chi, a 50 millas de Saigón. Era un laberinto de túneles y pasadizos (más de 200 millas) por los cuales se deslizaban como serpientes regimientos enteros que sólo salían de noche a buscar provisiones y organizar emboscadas. Los norteamericanos nunca pudieron ni descubrir ni destruir los túneles principales. En 1960 incluso se llevó a cabo una operación, la "Operación Hades", destinada a hacer salir al enemigo de su escondrijo. Grandes extensiones de bosque fueron desfoliadas y se envenenaron muchos campos con agente naranja. La primera vez que fui al Vietnam, en 1966, sobrevolé Cu Chi y me dijeron que las hojas volverían a crecer en los árboles al cabo de 18 meses. Cuatro años después volví a sobrevolar aquella zona. La mayoría de los árboles, pinos, abedules, espinos y nogales eran sólo unas agujas negruzcas que se mantenían en pie gracias a las fuertes enredaderas que los sujetaban. En aquel año, 1970, aproximadamente una cuarta parte de los bosques del Vietnam habían muerto como consecuencia de la "defoliación". El informe del Ejército de los Estados Unidos sobre el Vietnam atribuía la "degradación" de la tierra que había sido rociada tres veces con agente naranja a "la combinación de óxidos de hierro (que llevaba el veneno) con el resultado de los efectos producidos por la lluvia y el sol sobre el terreno, el cual se había endurecido como el cemento."

Cuando llegué a Cu Chi, el escenario era a la vez grotesco y conmovedor. Unas gentes estaban poniendo una mesa, preparándose para comer, cerca de los restos de un tanque norteamericano y una tumba poco profunda mientras un niño paralítico transportaba agua en una lata de napalm. El mantel de la mesa era de lino blanco; los cubiertos, de plata, estaban envueltos en servilletas de color rosa; había cubos llenos de hielo para las cervezas y un camarero, que se encargaba de espantar las moscas y los mosquitos, repartía toallitas frescas. Lo que quedaba de un hombre, con dos estrellas rojas en el cuello de su chaqueta, me dio la bienvenida: "Me llamo Minh Número Cuatro", dijo.

> Hay niños con espina bífida y el paladar partido, y el número de abortos involuntarios es netamente superior al habitual.

Minh Número Cuatro —ése era su nombre militar— parecía una criatura hipogea recién salida a la luz, lo cual no era nada sorprendente teniendo en cuenta que él y sus hombres, durante décadas, habían vivido y luchado en la oscuridad. Se inclinó sobre un pequeño ventiladero abierto en el suelo y dijo: "Durante el día los norteamericanos estaban justamente encima de nosotros. Incluso podíamos notar el olor de su *after shave*. Para dispararles primero teníamos que hacerles la zancadilla para que se cayeran y así entraran dentro de nuestra área de tiro. Los matábamos de uno en uno. Creían que nosotros éramos sólo unos chiquilloso traviesos. No tomaban muchas precauciones porque pensaban que éramos estúpidos e inferiores. Y lo pagaron caro."

Actualmente esos túneles están habitados por insectos mutantes, producto de las constantes pulverizaciones de herbicida. Esos mutantes cuelgan de las paredes de dura roca como primitivos murciélagos. En el exterior esa misma tierra estéril se extiende sin ninguna clase de vegetación hasta un horizonte brillante interrumpido solamente por siluetas de figuras inclinadas sobre sus arados. Ahí era donde estaba el bosque que yo había sobrevolado 12 años antes. En los pueblos de los alrededores hay niños con espina bífida y el paladar partido, y el número de abortos involuntarios es netamente superior al habitual. Nada de esto sorprende lo más mínimo en una zona saturada de Agente Naranja. Cuando el general William Westmoreland,

IZQUIERDA: *Regalos de los Estados Unidos. Campesinos vietnamitas hurgan por entre las latas viejas de cerveza y basura acumulada. No hace falta decir que sabrán sacarles buen provecho.*

TIM PAGE

ARRIBA: *Bob Muller, ex teniente de los marines, está paralítico hasta la cintura a consecuencia de la guerra. Como presidente de la asociación de veteranos de la guerra del Vietnam, Muller encabeza la lucha por los derechos de los veteranos.*

comandante en jefe de las tropas norteamericanas en Vietnam, hablaba en su libro de "algunos de los sistemas más imaginativos, innovadores y exitosos para luchar contra la insólita naturaleza del enemigo y de una guerra que ninguna otra fuerza militar del mundo ha tenido que soportar", se estaba refiriendo al uso del Agente Naranja.

Volví a Saigón y encontré la ciudad como una vieja prostituta con resaca. La mayor sociedad consumidora del mundo que no producía nada todavía llevaba el burdo maquillaje, el rímel escurrido y los blancos pantalones ajustados, antes sólo destinados al ejército libertador, aunque a un precio más reducido. En el hotel Caravelle los camareros católicos que habían temido que los comunistas llenaran el lugar con un baño de sangre, eran los mismos hombres haciendo el mismo trabajo por menos dinero. El cajero del hotel, que cuando se marcharon los norteamericanos amenazó con suicidarse, seguía siendo el cajero. "¿Así que no se suicidó?", le pregunté. "No —respondió—, en lugar de eso me emborraché." "¿Cómo van las cosas, ahora?", pregunté yo. Movió la mano de un lado para otro. "Poco dinero, poca comida y tuve que vender mi reloj Pero estamos vivos..."

El cuartel general de la CIA en Saigón había sido transformado en una Disneylandia de la matanza. Los artilugios más infernales con los cuales se había atacado a los vietnamitas estaban allí, incluyendo una especie de bomba de neutrones en miniatura que absorbía el oxígeno del aire y mataba a las personas dejando intactos los edificios. Había una alga creada por científicos norteamericanos que no dejaba crecer la vegetación normal. También había un mapa de Saigón, elaborado por la CIA, en donde los burdeles estaban iluminados con unas luces. Había además una reconstrucción de las "jaulas de tigre" de la isla de Con Son y una chica muy bonita, inválida, que se llamaba Tao me contó que en invierno le echaban agua fría en su jaula y en verano cal rápida. " Cuando me dijeron que la guerra había terminado —me dijo—, no pude imaginarse lo feliz que fui."

Cuanto Tran Van Tuyen supo que la guerra había terminado, ¿también se sintió feliz? Era el presidente de la Asamblea Nacional y uno de los demócratas más tenaces que he conocido jamás. Abogado radical de la "tercera fuerza" (profesionales, estudiantes y otras gentes próximas al Vietcong pero que creían que había una tercera vía entre el comunismo total y el americanismo total), defendió a los prisioneros políticos de Thieu hasta que él mismo fue arrestado, encerrado en las jaulas de los tigres y torturado. Una de las torturas consistía en enterrarlo hasta el cuello en aguas fecales. Me dijeron que cuando terminó la guerra a él le consideraron un "obstinado" y fue enviado a algún lugar remoto para someterse a la "reeducación". Esa información no he podido confirmarla, pero lo cierto es que no he vuelto a saber de él.

"La guerra ha terminado... ya no vienen los aviones... no llores por los que acaban de nacer... el ser humano es imperecedero."

Si esa barbarie estalinista es uno de los aspectos del Vietnam actual, el destino de los niños, ciertamente, es otro. En todos los sitios que visité en Vietnam después de la guerra pude constatar que el gobierno se preocupaba por los niños inválidos, enfermos o huérfanos y no dejaba de lado ni mucho menos a la pequeña nación de descendientes del antiguo enemigo y que éste no se había llevado consigo. A muchos de esos chiquillos "amerasiáticos" se les ha explicado que sus padres eran soldados extranjeros que tuvieron que marcharse y no se les ha mencionado para nada sus crímenes de guerra ni su "imperialismo asesino". Incluso se les enseña un poco de cultura norteamericana, y en la cabecera de su cama, al lado de Ho Chi Minh, está el pato Donald. En el caso de que se sepa quién es la madre y ésta tenga alguna dirección de los Estados Unidos se aconseja a los niños que escriban a sus padres Actualmente, a los que no tienen otra familia —si sus padres están dispuestos a cuidar de ellos— se les permite abandonar el país, guiados por una organización formada por un grupo de antiguos reclutas norteamericanos que ahora se esfuerzan en establecer amistad con sus enemigos de antes. Por supuesto que hay retrasos y alguna que otra confusión, pero esa tarea se lleva a cabo con buena fe. Eso no significa, de ningún modo, que finalmente hubo un final feliz, pero demuestra que hay posibilidades.

En el orfanato de la Flor Joven, en Saigón, le pregunté el nombre a una simpática cabecita llena de rizos negros y con ojos de Chicago. "Me llamo Tran —dijo el chiquillo—. "Tengo nueve años.'"¿Qué estabas cantando?", le pregunté. Entonces miró al suelo con aspecto grave, como hacen los niños, y al oír sus palabras, la intérprete meneó la cabeza y me tradujo: "La guerra ha terminado... ya no vienen los aviones... no llores por los que acaban de nacer.. el ser humano es imperecedero."

## LOS "PRIMOS"

"Las dos terceras partes del pueblo norteamericano creen que los veteranos de la guerra del Vietnam fueron a hacer el primo arriesgando sus vidas en una guerra equivocada, en un sitio equivocado y en una época equivocada." *Encuesta de opinión Harris, noviembre de 1979.*

Patrullabas bajo una incesante lluvia en la cual cada paso requería un esfuerzo sobrehumano para sacar la bota del barro pegajoso. Una mano te cogía por delante para sujetarte o para ayudarte a avanzar y después una voz tranquilizadora decía: "¡Vamos! ¡Pa' lante!" Esa voz podía ser del Bronx, de una ciudad rural de la confederación o de una fábrica de acero de Pensilvania: Litle America.

Sólo había agua salobre y contaminada. lo cual significaba que al beberla te intoxicabas y muchas veces te sobrecogía un fuerte sueño. Los soldados se arrancaban las sanguijuelas los unos a los otros, a oscuras, de una forma casi ritual, en una especie de ceremonia repetida infinidad de veces que servía para hacer más llevaderas las horas de espera y los segundos de terror.

De pronto, un campo en llamas y una cara atónita que se venía abajo mientras alguien intentaba reprimir un torrente de gritos de dolor in crescendo. Confusión general, pánico, miedo, horror, valentía, estoicismo y otra vez a esperar hasta que un destello y un rugir de motores indicaba que había llegado el helicóptero de rescate que se llevaría a un chico de 19 años destrozado.

Bob Muller pasó por todo eso. El precio que tuvo que pagar fue una columna vertebral fragmentada y dos piernas inútiles.

A Bob Muller no le conocí en Vietnam, cosa nada sorprendente teniendo en cuanta que allí fueron 3.700.000 soldados norteamericanos. Cuando le conocí me di cuenta de que ya le había visto en una convención del Partido Republicano en Miami Beach, en 1972, abucheando al candidato a la presidencia, Richard Nixon. El y otros veteranos del Vietnam que protestaban fueron desalojados del lugar en sus sillas de ruedas.

Cinco años mas tarde le volví a ver, aguantando el sol, en las escaleras del ayuntamiento de Nueva York. Aquel día era "Memorial Day", es decir el día en el que los Estados Unidos rememoran sus "guerras extranjeras". Se repartieron medallas, menciones y demás y al final, el ex lugarteniente Robert O. Muller de los marines de los Estados Unidos, un héroe con muchas condecoraciones —pero que nada tenían que ver con las de John Wayne—, cogió el micrófono y, sentado en su silla de ruedas, supo imponer el silencio incluso entre los peones de la obra en construcción que había detras del público. Dijo:

"Solamente en Nueva York hay 280.000 veteranos y un tercio de ellos no encuentran trabajo. En todo el país, el 60 por ciento de los veteranos negros están en paro. Casi la mitad de los veteranos del Vietnam tienen problemas con el alcohol y las drogas y seguramente un número de hombres igual al de los que dejaron su vida en el frente está muriendo ahora a consecuencia de los venenos que nosotros arrojamos sobre aquel país.

"Vosotros, los que no estuvisteis allí, no queréis oír hablar de nosotros. Vuestro sentimiento de culpabilidad hace socialmente inaceptable mencionar el hecho de que este país luchó en Vietnam. Además, a nosotros nos han dado piernas y brazos postizos para que *vosotros* no os deis cuenta de que somos veteranos mutilados.

"¿Por qué nos sentimos como si hubiéramos asaltado un banco cada vez que alguien nos pregunta sobre nuestras heridas? ¿Por qué creemos que deberíamos sentirnos culpables por no haber sabido ganar la guerra? O ¿por qué no podemos explicarnos ni a nosotros mismos por qué fuimos allí a matar civiles sin ninguna necesidad?

"Ocho de mis amigos, con piernas muertas como las mías, se suicidaron en cuanto regresaron a casa. Somos el colectivo con un índice más elevado de suicidios de todo el país. Eso es todo lo que os tenía que decir."

Al año siguiente por todo el país las banderas ondearon a media asta en recuerdo de los ocho soldados que murieron en el intento fallido de rescatar a los rehenes norteamericanos en Irán. El presidente Carter visitó a casi todas las familias de los 52 rehenes y se hizo un desfile patriótico en su honor. Dos años después los rehenes regresaron y fueron recibidos con todos los honores, con uno de los mayores desfiles de la historia. No hace falta decir que oficialmente fueron considerados héroes y a nadie se le ocurrió ponerles en evidencia apelando a la culpabilidad colectiva o echándoles en cara su fracaso. En su caso, la "victoria" se había comprado con una enorme suma de dinero.

Para las tropas del Vietnam, que configuraban el mayor ejército de la historia de los Estados Unidos, no hubo ningún desfile triunfal con sabor a multitud, como había ocurrido con los soldados que regresaron de la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Los del Vietnam regresaron a casa de uno en uno. "Nos escabullimos hasta nuestras casas", me dijeron muchos de ellos. En Vietnam murieron más marines que en toda la Segunda Guerra Mundial y hasta 1982 no se erigió, en Washington, un monumento a los muertos de la guerra más larga del país y no fue hasta 1985 que en Nueva York, donde tradicionalmente se rinden los honores a las tropas que regresan a casa, se hizo un desfile con confetti.

Contrariamente a los mitos y a lo que ocurrió en la Segunda Guerra Mundial, el 80 por ciento de los soldados que fueron a Vietnam eran voluntarios. La mayoría procedían de familias obreras y no podían escudarse en prórrogas de estudios para librarse del frente. De todas formas, debido a su patriotismo evangélico, ni se les pasó por la cabeza esta idea.

"Fui al juzgado, entré directamente en el despacho del juez, me saqué las piernas y las puse encima de su escritorio."

Encontré a Bob Muller en una oficina casi vacía del final de la Quinta Avenida, allá donde empiezan los hierbajos. Es un hombre moreno y delgado cuya apariencia parece estar reñida con su gran elocuencia y su fina ironia. Me contó que en 1976, cuando fundó la asociación de veteranos del Vietnam para ayudar

—esas fueron sus palabras— "a mis camaradas invisibles", estuvo de moda durante un corto período de tiempo:

"Grupos de distinta procedencia social me requerían constantemente. Carter se pasaba el rato hablando de los derechos humanos y yo, seguramente, era el derecho humano más convincente y que todo el mundo tenía más a mano. Me invitaron a una reunión con todos los peces gordos de Exxon, el Chase Manhattan Bank y algunos otros de esa misma clase. Me dijeron: "Vamos a hacer que vosotros, los veteranos, ocupéis el lugar que os merecéis. Os vamos a facilitar las cosas."

"Ahora lee esta carta que le escribí a David Packard, uno de esos hombres, que está entre los 10 más ricos del país. Su empresa hizo una gran fortuna con la guerra. Al día siguiente de que Packard me hubiera dado palmadas en la espalda paternalmente le escribí una carta pidiéndole un poco de ayuda para la asociación: poca cosa, sólo para los gastos de administración. Eso fue hace seis meses y todavía no he recibido ninguna respuesta. No podemos ni pagar la factura del teléfono. Claro que tampoco no nos encontramos completamente solos. También tenemos algunos amigos. El director del *Washington Post* me concedió una entrevista y dijo· 'Voy a hacer todo lo que pueda por vosotros'. Durante todo un año escribió un total de 36 editoriales y artículos sobre nosotros y al final me dijo: 'Nunca me había ocurrido que al hacer una campaña de este tipo, como respuesta obtuviera sólo el silencio. Es algo increíble...'"

Quizá la razón más importante para ese increíble silencio —así como para el desinterés deliberado por ese "ejército invisible— era que los veteranos del Vietnam llevaban consigo todos los secretos de la guerra. Es decir, ellos sabían realmente lo que era una guerra.

★ ★ ★

Mike Sulsona es un marine que, de pequeño. "estaba loco por las películas de John Wayne". Me recordaba a los reclutas que había conocido, que disparaban deliberadamente contra las cabezas de unos enemigos a los cuales habían llegado a respetar más que a sus propios oficiales.

"Los norteamericanos no somos peores que la gente de cualquier otro país", me decía. "Pero tampoco somos mejores. Y ése es nuestro problema. Tenemos demasiados mitos a los que imitar, como si nuestra moral estuviera en un constante desequilibrio; por un lado nos incitan a la violencia y por el otro nos frenan con la decencia."

Conocí a Mike en 1978, dos años después de que el presidente Carter ordenara realizar un estudio que aconsejaba la creación de 100.000 puestos de trabajo para los veteranos del Vietnam. Durante estos dos años 136 de ellos encontraron un empleo. Se ofrecieron puestos de trabajo a 500 de los 21.000 veteranos con graves deficiencias físicas Sólo se habían destinado cinco millones de libras para ayudar a los veteranos con problemas psíquicos. Eso equivalía, como Bob Muller dijo al propio Carter, "a cinco días de bombardear una recóndita colina vietnamita en una zona ya abandonada por el enemigo".

El contraste con el tratamiento recibido por los veteranos de la Segunda Guerra Mundial y de Corea era sobrecogedor. Los veteranos de esas otras guerras tenían unas cartillas especiales mediante las cuales tenían un rápido acceso a empleos, educación y cuidados médicos, durante toda la vida. El presidente Johnson reintrodujo de mala gana esta cartilla en 1966, pero con una diferencia: los veteranos del Vietnam iban a recibir 3 000 dólares menos que sus padres, que habían luchado en otras guerras. En 1972 el presidente Nixon vetó el Plan de Expansión de la Ayuda Médica a los Veteranos del Vietnam, que era uno de los beneficios de la cartilla, que —ahora estaba claro— había sido creada para otros héroes procedentes de otras guerras.

Mike Sulsona no recibió ninguna indemnización por la mano inútil y la sordera que contrajo cuando una mina de tierra le volo las dos piernas. Entonces tenía 19 años Como casi todos los veteranos que conocí, Mike no hablaba mucho de la guerra ni tampoco sentía autocompasión. "Di mi estrella de bronce al hijo del vecino —me dijo—. Le gusta jugar a soldados con ella".

Mike vive en Brooklyn, Nueva York, en una zona degradada que anteriormente era un ghetto judío. Al final de su calle está Coney Island, que en otra época fue el parque de atracciones mayor del mundo. De niño Mike iba a jugar allí, ahora es sólo un montón de hierros oxidados.

"Todos los empleos fijos que encontraba tenían que ser para personas que pudieran desplazarse con facilidad —dijo—. Y yo no puedo estar mucho rato yendo de un lugar para otro con las dos piernas inútiles y el bastón. Pero me parece que he tenido suerte. Un italiano que tiene una agencia de transportes oyó hablar de mí y me dijo: 'No te preocupes, echaremos a alguien a la calle.' Esos italianos son la monda."

Un breve y desagradable relato sobre la lucha particular de Mike con la burocracia ilustra a la perfección por lo que tienen que pasar muchos veteranos. Sentado en la pequeña cocina de su casa, con Beryl, a quién conoció después de la guerra y con quién se casó, me dijo:

"Desde el principio decidí que nunca saldría a la calle con la silla de ruedas. No quería que la gente me reconociera como un veterano porque no quería discutir sobre la guerra. Cada vez que salía me ponía las piernas ortopédicas, que duelen como un demonio, o cogía el coche.

"Yo creía que haber perdido las piernas sirviendo a mi país por lo menos me daría derecho de aparcar mi coche donde buenamente pudiera sin tener que pagar multas de aparcamiento. No quería desfiles ni recepciones oficiales ni todas esas tonterías; solamente deseaba poder aparcar mi viejo Volkswagen.

"Bueno, pues tal como puedes suponerte, al cabo de nueve años debía 7.000 dólares en multas de aparcamiento; más de lo que valía mi coche. Me hartaba de exponer mi caso, pero las multas seguían llegando. Y un día, para colmo, me retiraron el permiso de circulación. Beryl y yo fuimos al juzgado, entramos en el despacho del juez, me saqué las piernas y las puse encima de su escritorio El juez y su secretaria se pusieron rojos como tomates. Después, muertos de vergüenza, se marcharon y me dajaron a mi ahí sentado en calzoncillos y sin piernas.

"Entonces entró un agente y se disculpó por ellos. Yo entendí su actitud, pero ellos no quisieron entender la mía. Me dijeron que pagara 5 dólares y me devolverían el permiso de circulación. Yo les contesté que no pensaba pagar ni un centavo de aquellas multas. Y me quedé ahí sentado, en calzoncillos y con las piernas ortopédicas sobre el escritorio, hasta que empezaron a ceder un poco.

"Al final estuvieron de acuerdo en reducir los 7.000 dólares a 75 y yo tuve un momento de debilidad y acepté Cuando salía le dije a la mujer que se había encargado de todo. '¿No sabe que yo soy un veterano de Vietnam?', 'Sí', me contestó, 'pero por desgracia fuiste a una guerra que no le importa a nadie.' Y yo le dije: 'Está bien, pero no se lo diga a nadie.'"

Mike es escultor. Su obra principal es una estatua de siete pies de altura de un veterano con una pierna. Tardó dos años

en hacerla. "La estatua no puede quejarse —me dijo—. No sabe que es un chivo expiatorio... Es mi ofrenda personal a aquellos amigos que nunca regresaron."

★ ★ ★

Jay Thomas regresó en 1968, cuando tanto los movimientos en contra como a favor de la guerra se hallaban en su apogeo. Para una parte de la "nueva izquierda" norteamericana los soldados eran, como mínimo, asesinos de niños o, en el mejor de los casos, habían ido a hacer el primo y ahora ya no pintaban nada. Esta última opinión la compartían una porción considerable de la clase media y la extrema derecha.

Reagan, en calidad de presidente, pidió al Congreso que recortara unos programas destinados específicamente a ayudar a los veteranos del Vietnam.

Jay Thomas, ex marine, recibió serias heridas en el brazo y en el cuello y, como muchos veteranos, se había vuelto adicto a la heroína en Vietnam. Me describió el día de su regreso a América.

"Yo estaba haciendo autoestop para ir a mi casa desde el hospital naval de Filadelfia y llevaba puesto el uniforme. Andaba con la ayuda de un bastón y tenía el brazo y el cuello vendados. Era todo un espectáculo, te lo aseguro.

"Entonces una camioneta se paró a unos 20 metros delante de mí y me indicó que iba a recogerme. Pero cuando llegué hasta ella, me rociaron con ketchup, coca-cola y no sé qué más. Después pusieron la camioneta en marcha y se fueron."

Cuando Bob Muller conoció al presidente Reagan, se estaba celebrando la ceremonia del Día de los Veteranos, en la Casa Blanca. El presidente mencionó la lección que se había extraído de la Guerra de la Independencia, comentó la Primera y la Segunda Guerra Mundial, hizo referencia a la Guerra de Corea, pero no dijo ni una palabra sobre la guerra más larga de la historia del país. Cuando ya se marchaba, un hombre en silla de ruedas le bloqueó el paso, era Bob Muller:

"Entonces le dije. 'Presidente, ¿cuando nos va a escuchar a nosotros, los veteranos del Vietnam? Antes de que haga el nuevo presupuesto para defensa ¿no nos va a dejar que le contemos cómo es una guerra de verdad, hoy en día, con todas esas armas nuevas?'

"Fue increíble. Disimuló y me echó un discurso· 'El problema con Vietnam fue que nunca os dejamos luchar de la forma en que vosotros pudisteis y debierais haber luchado y de esa manera se os negó el derecho inalienable a la victoria del cual disfrutaron los otros veteranos de este país . Pero eso no volverá a ocurrir, Bob.'"

El 18 de agosto de 1980, durante la campaña presidencial, Ronald Reagan dijo que la administración Carter había sido injusta con los veteranos y afirmó: "Ya va siendo hora de que reconozcamos que en realidad nuestra causa era una causa noble... y que nos hemos portado mal con aquellos que regresaron... Esos hombres se merecen nuestra gratitud, nuestro respeto y nuestro apoyo constante "

Siete meses después, Reagan, en calidad de presidente, pidió

FRANK SPOONER PICTURES

ARRIBA: *Un desfile de veteranos del Vietnam. Sin embargo, las promesas del gobierno norteamericano se las ha llevado el viento demasiado a menudo.*

al Congreso que recortara unos programas destinados específicamente a ayudar a los veteranos del Vietnam a encontrar trabajo, a completar sus estudios y a seguir tratamientos contra la drogadicción y el alcoholismo (ambas secuelas de la guerra). También propuso clausurar 91 centros de orientación que se habían abierto en las zonas más pobres de las ciudades —donde vivían la mayoría de los veteranos— después de una larga lucha contra la burocracia de la administración central de veteranos en Washington. La lucha por la creación y la continuidad de esos centros era considerada por muchos mutilados de guerra como el último paso a cumplir para dar realmente por terminada la guerra e integrarse definitivamente en un país que los rechazaba Como consecuencia directa de la intervención del presidente muchos centros tuvieron que cerrar y otros pudieron continuar pero con unos recursos mínimos.

La historia de Roy Benavidez ilustra un poco más ese cinismo. En 1968 el sargento Benavidez fue alcanzado por detrás durante una emboscada del Vietcong a consecuencia de lo cual "sufrió una invalidez del 90 por ciento" en el estómago, espalda, muslos, cabeza y brazos. A pesar de sus heridas, dirigió el rescate de los soldados norteamericanos atrapados dentro de unos helicópteros que habían sido alcanzados y que seguían siendo atacados. Después le atribuyeron haber salvado la vida a ocho compañeros y se le concedió la condecoración más alta que otorga el país· la Medalla de Honor. En una emotiva ceremonia en la Casa Blanca, el presidente Reagan le dijo a Benavidez que "había demostrado un enorme valor y una inmensa valentía". Al cabo de un tiempo, dirigiéndose a un público de origen hispano en Austin, Texas, Reagan citó la medalla como un ejemplo de la preocupación de su administración por los ciudadanos hispanos. Cuando soldados como Benavidez, declaró el presidente, "exponen sus vidas por nosotros, tenemos que asegurarnos que sepan que les respaldamos y les estamos agradecidos por lo que hacen".

Dos semanas más tarde la administración Reagan anuló las pagas de la Seguridad Social a los veteranos mutilados y Roy Benavidez fue una de las primeras víctimas de esa nueva medida. El héroe de guerra, que en realidad estaba prácticamente imposibilitado, fue catalogado como "capaz para realizar alguna clase de trabajo".

## CAPÍTULO 3 EL PRECIO

Bob Muller, el ex marine parapléjico, regresó a Vietnam con un grupo de veteranos en 1981. Aquel viaje les causó a todos una fuerte impresión. Se sorprendieron al ver que Hanoi, la antigua capital enemiga en la cual ellos habían vertido más toneladas de bombas de las que los alemanes vertieron sobre Inglaterra durante toda la Segunda Guerra Mundial, no era una gran metrópolis enrobustecida por la industria bélica, sino una pequeña ciudad tercermundista y azotada por una implacable pobreza.

A las agencias de voluntarios norteamericanos se les han negado las licencias de exportación para enviar ayuda humanitaria a Indochina.

"Por primera vez —decía Bob Muller— vi a los vietnamitas como personas gente con lágrimas en los ojos, como yo. No encontré animadversión por ninguna parte, sólo generosidad e interés. La gente me paraba por la calle y me preguntaban dónde me habían herido. Yo se lo contaba y terminábamos desabrochándonos las camisas y comparando las cicatrices. Sé que tienen problemas terribles como consecuencia de la guerra. pero el hecho de que nos puedan ver no como enemigos sino como seres humanos o incluso como amigos, significa que la guerra terminó para ellos. En nuestro país la guerra todavía no ha terminado y seguimos haciendo creer que los vietnamitas fueron los malos de la película mientras hacemos todo lo posible para fustrar sus esfuerzos de recuperación Hasta que no demos por terminada la guerra y actuemos en consecuencia, no nos podremos librar de ella. Nuestras almas estarán atrapadas en aquel país."

En Vietnam murieron 58.022 soldados norteamericanos. Según un informe, más de 50 000 soldados se suicidaron al regresar a casa.

### VENGANZA

En abril de 1980 una delegación de norteamericanos fue a la Casa Blanca con una petición al gobierno de los Estados Unidos para que éste permitiera enviar ayuda humanitaria al Vietnam. Hablaron con Roger Sullivan, del Consejo de Seguridad Nacional, quien les dijo· "Para expresarlo en términos de dialéctiva china, la política de los Estados Unidos no persigue otro objetivo que hacer que Vietnam se vea obligado a depender solamente de la Unión Soviética. Y Vietnam. tarde o temprano, se dará cuenta de que la Unión Soviética no puede cubrir todas sus necesidades. . Si Vietnam tiene dificultades económicas, mejor que mejor."

Cuando en 1973 se firmó el acuerdo de paz en París. los detalles particulares de la negociación se mantuvieron en secreto. Por ejemplo. el Artículo 21 incluía la promesa de que "siguiendo con su política tradicional, los Estados Unidos contribuirán a sanar las heridas de la guerra y a la reconstrucción del país, en la postguerra", pero no se hacía referencia a ningún compromiso específico y en 1978 el presidente Carter afirmó· "El mal fue mutuo" y "no les debemos nada".

Eso era falso. En diciembre de 1975 los vietnamitas revelaron a un comité de congresistas estadounidenses encargado de las personas desaparecidas en el Sudeste asiático que el presidente Nixon había accedido a conceder una ayuda para la reconstrucción del país "valorada en unos 3,25 billones de dólares". Esta promesa de Nixon se hallaba en una carta dirigida a Pham Van Dong, primer ministro de la República Democrática de Vietnam (Vietnam del Norte), fechada el 1 de febrero de 1973. Posteriormente el Departamento de Estado confirmó la autenticidad de la carta y del acuerdo. Había un informe de ocho páginas escritas a un solo espacio con todos los detalles de ese acuerdo y en el cual se especificaba bajo qué formas se llevaría a cabo la ayuda norteamericana. El 85 por ciento del dinero se gastaría en los Estados Unidos. algunas empresas americanas ofrecerían contratos para construir plantas industriales, servicios varios e incluso una central térmica, en Vietnam

El 30 de abril de 1975, el día en que terminó la guerra y dos años después de haberse firmado el contrato de indemnización, el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos congeló un

REX FEATURES

activo vietnamita por valor de 70 millones de dólares. Dos semanas más tarde el Departamento de Comercio clasificó Vietnam como un país de la "Categoría Z", con lo cual todas las exportaciones hacia él tenían que ser aprobadas por el Departamento de Estado. Esos controles eran más estrictos que los aplicados para con Cuba y la Unión Soviética. Esa política económica no era más que una venganza.

Desde el final de la guerra, en Vietnam casi cada año ha habido una catástrofe natural. El 18 de octubre de 1982 el tifón "Nancy" arrasó la zona norte del centro del país destruyendo grandes extensiones de campos de maíz, patatas, cítricos y café. Una vez más, la gente empezaba a morirse de hambre En 1982 el embargo de la CEE sobre la leche en polvo hacía ya tres años que duraba. En abril de aquel año el director de investigación del Hospital Pediátrico número 2 de Saigón, el doctor Duong Quynh Hoa, dijo a Alfred McCreary, representante del Consejo Mundial de Iglesias y Ayuda Cristiana, que la prohibición sobre la leche había tenido unos efectos "devastadores". El precio de un kilo de leche en polvo llegaba a valer diez más que un kilo de carne. Y un estudio hecho siguiendo los baremos de la Organización Mundial de la Salud había puesto de manifiesto que un 30 por ciento de los niños menores de cinco años sufrían malnutrición. En el hospital infantil del doctor Hoa, McCreary vio "escenas escalofriantes: niños con los miembros atrofiados y malnutridos, u otros que estaban ciegos por falta de vitamina A". En aquella época la CEE enviaba gran parte de su excedente alimentario a países con gobiernos represivos como Haití, Uruguay y Chile. "Nuestro principal adversario en Vietnam era la Unión Soviética", escribió el ex Secretario de Estado norteamericano, general Alexander Haigh. Entonces los Estados Unidos enviaban gran parte de su excedente alimentario a la

ABAJO: *Los desperfectos de la guerra subsisten en el Vietnam actual, que se está viendo forzado a depender de la Unión Soviética por la negativa norteamericana a que se le proporcione ayuda básica.*

Unión Soviética, pero en cambio se lo negaban a Vietnam.

Desde 1981, bajo el Acta de Comercio con el Enemigo —un legado de la Primera Guerra Mundial—, a las agencias de voluntarios norteamericanos se les han negado las licencias de exportación para enviar ayuda humanitaria a Indochina Esta ayuda que nunca se ha podido enviar eran algunos instrumentos para procesar y almacenar semillas que Oxfam America había prometido a una cooperativa agrícola vietnamita y material para organizar una cooperativa apicultora destinada a producir miel que sería utilizada como complemento alimenticio para niños en edad preescolar y para los de las guarderías.

El uso de la venganza como política de actuación se ha internacionalizado. Durante seis meses el gobierno de los Estados Unidos estuvo intentando evitar que el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas ayudara a reconstruir la deteriorada red de ferrocarriles vietnamita. Los portavoces norteamericanos afirmaban que las 26 locomotoras destinadas a la región del sur permitirían que el Vietnam se acercara libremente "hasta la frontera de Camboya". Las Naciones Unidas señalaron que además de que los trenes eran un factor esencial para el resurgimiento de una economía agrícola, no había ninguna línea ferroviaria que pasara cerca de la frontera con Camboya ni tampoco en este país había trenes en aquella zona. Finalmente se aprobó la ayuda, pero la política de obstrucción llevada a cabo por los Estados Unidos está consiguiendo retrasar año tras año su puesta en práctica. De una forma similar, otras instituciones financieras internacionales que pudieron o podrían haber ayudado a Vietnam, encontraron difícil su propia existencia por las amenazas constantes de EE UU de retirar sus fondos de ellas.

Se cree que por lo menos un millón de vietnamitas están sufriendo los efectos del Agente Naranja. En 1983 los veteranos norteamericanos que habían sido rociados con el herbicida recibieron, extrajudicialmente, una indemnización de 180 millones de dólares. Los vietnamitas no recibieron nada. Durante el litigio, el Instituto Nacional para el Cáncer, de Washington, hizo unos estudios muy completos sobre los efectos del herbicida y llegó a importantes conclusiones Sólo una mínima parte de estas conclusiones llegaron a Vietnam, donde un distinguido grupo de doctores de Hanoi, dirigidos por los profesores Lan, Tung, Van y Tuyen, ha investigado, con unos recursos mínimos, los síntomas y las secuelas a largo plazo del Agente Naranja, especialmente en la población infantil. No tienen ordenadores ni sistemas modernos para elaborar estadísticas, incluso los microscopios que utilizan son viejos y pocos. En el Sur la mayoría de material médico es norteamericano y necesita piezas de recambio, que están embargadas.

Actualmente en Vietnam hay infinidad de problemas económicos derivados de la guerra y también los hay relacionados con los derechos humanos. Hay todavía miles de prisioneros políticos en los "campos de reeducación", a donde fueron enviados sin pasar por un juicio. La mayoría son antiguos militares y funcionarios del anterior régimen. También hay nacionalistas de la "tercera fuerza" que siguen siendo considerados unos "obstinados". La reconciliación, y no la venganza, seguramente dejaría en libertad a esos prisioneros.

En Vietnam son muchos los que desean, como uno de ellos me dijo una vez, "que nuestro país salga de la sombra". Creen que 40 años de guerra fría entre el bloque oriental y el occidental ofrece la oportunidad de crear una nueva síntesis, quizás una Yugoslavia asiática, pero la dependencia forzada de la Unión Soviética desequilibra la ecuación. No es ninguna paradoja que los norteamericanos sean bien recibidos en las calles de Hanoi mientras que a los benefactores soviéticos a menudo no se los ve con tan buenos ojos.

Pero también son bien recibidos simplemente por generosidad. ¿Cómo no va a ser por generosidad, en esas circunstancias? "Hicimos añicos su país —escribió Telford Taylor, fiscal de los Estados Unidos en el proceso de Nuremberg—, y no vamos al menos a preocuparnos de limpiar la sangre y los escombros Parece que no supimos aprender la lección que nosotros mismos propugnamos en Nuremberg " No se refería a Alemania, obviamente, sino a Vietnam.

ABAJO: *Mike Sulsona, ex marine, víctima de una mina del Vietcong y de la política del gobierno norteamericano No busca medallas, sólo quiere que se reconozca la difícil situación actual de los veteranos del Vietnam.*